



Sharon Kendrick

Escándalos y secretos

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

ESCÁNDALOS Y SECRETOS, N.º 2243 - julio 2013
Título original: A Scandal, a Secret, a Baby
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2013

I.S.B.N.: 978-84-687-3442-2
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Capítulo 1

Lo supo en cuanto ella entró en la catedral. Oyó el profundo silencio que se instaló en aquel lugar y los susurros que siguieron.

–¡Mira! Es Justina Perry.

Y la exclamación generalizada:

–¡Vaya!

Dante D'Arezzo sintió una punzada en el corazón mientras todos se volvían para mirarla. Todos querían saber si había cambiado, si tenía alguna arruga de más, o si se las había quitado con la ayuda de la cirugía. Querían saber si había engordado. O adelgazado. Querían saber cada maldito detalle sobre ella, porque tiempo atrás había sido una persona famosa y, cuando se es famosa, la gente cree que eres de su propiedad.

Dante lo sabía bien. Demasiado bien. ¿Acaso no había visto la vida desde el banquillo lo suficiente como para descubrir los oscuros aspectos de la fama? ¿Acaso no había visto cómo corrompía a la gente y se expandía por sus vidas como una sustancia corrosiva?

Con el atlético cuerpo tensado al máximo, la observó avanzar por el pasillo central de la catedral de Norwich donde iba a celebrarse la boda de su antigua compañera del grupo musical. Los cabellos oscuros estaban recogidos en la nuca en un elaborado peinado y el vestido, de satén y corte oriental, estaba bordado con dragones y flores. Una primera ojeada resultó desalentadora, hasta que la mujer dio un paso más sobre los altísimos tacones y el lateral del vestido se abrió para mostrar una espectacular pierna.

Una indeseada oleada de deseo lo invadió, seguida de inmediato de una fuerte sensación de ira. Al parecer, le seguía gustando exhibirse como la *puttana* barata que era. Y, al parecer, aún disfrutaba con la sensación de ser observada por otros hombres, de ser deseada, sabiendo que fantaseaban con ese cuerpo hecho para el pecado y complementado con la cara de un ángel.

Pero la ira no bastó para mitigar el exquisito deseo mientras la

veía tomar asiento en uno de los primeros bancos, volviéndose para sonreír a la persona que se encontraba sentada a su lado. El vestido bordado se ajustaba al delicioso trasero y Dante solo pudo recordar cuánto tiempo había pasado. Cinco largos años desde la última vez que la había visto. Tiempo más que suficiente para haberse curado del felino atractivo. Entonces, ¿por qué le martilleaba el corazón al mirarla? ¿Por qué se estaba poniendo tan duro que había tenido que taparse con la hoja de los salmos?

La ceremonia comenzó y él intentó pensar en otra cosa, pero no le resultó fácil, no cuando la boda empezaba a resultarle más larga de lo habitual, seguramente porque el novio era un duque. Dante siempre había cumplido con lo que se esperaba de él y en cualquier otra circunstancia se habría comportado como un invitado ejemplar. Sin embargo, en esa ocasión toda su atención estaba centrada en otra cosa, y sus pensamientos volvían insistentemente a Justina.

Justina retorciéndose debajo de él en la cama.

Justina, con el cabello de color ébano y la piel de magnolia, con esos increíbles ojos de color ámbar.

Recordó la dulce firmeza de su cuerpo, los pequeños pezones hechos para encajar dentro de la boca de un hombre. Sacudió brevemente la cabeza ante los inquietantes pensamientos. Quería olvidar que, por primera vez en su vida, había cometido un error. El fin del noviazgo había sido el único fracaso de una vida plagada de éxitos. Era un hombre orgulloso, perteneciente a la nobleza de la Toscana. Sus antepasados habían sido soldados, intelectuales y diplomáticos, una línea aristocrática siempre rica en tierras, pero pobre en dinero. Hasta que Dante se había hecho cargo del negocio familiar y lo había llevado directo a la estratosfera.

En esos momentos, la familia D'Arezzo poseía propiedades en casi todo el mundo, además de unas enormes extensiones de viñedos a las afueras de Florencia. Dante tenía todo lo que un hombre podría desear. Y, sin embargo, su corazón estaba vacío.

El ensordecedor tañido de las campanas marcó el final de la ceremonia, momento en que Roxy Carmichael, vestida de seda blanca y perlas, se volvió sonriente del brazo de su esposo, el duque. Dante sacudió la cabeza incrédulo. ¿Quién se lo habría imaginado? La última vez que había visto a Roxy estaba bailando

sobre un enorme escenario llevando poco más que un volantito con lentejuelas que pretendía hacer pasar por una falda.

Así era como solían vestirse las tres, Justina, Roxy y Lexi, cuando formaban parte del grupo Lollipops, el grupo musical femenino más importante del planeta. Cuando, durante un breve período de tiempo, él había sido algo más que un miembro de su amplio equipo.

Los asistentes a la boda empezaron a desfilar tras los novios y Dante se encontró observando, esperando, la reacción de Justina al verlo allí. ¿Se había lamentado alguna vez de sus decisiones? Unas decisiones que le habían empujado a él a rechazarla. ¿Alguna vez mentiría en la cama y lamentaría lo que podría haber tenido?

La noche anterior había cedido a la tentación, tanto tiempo reprimida, y había buscado a Justina en Internet. Seguía soltera y sin hijos, lo que le había hecho pensar. Rondaría los treinta y dos años. ¿No le preocupaba saber que debería tener hijos lo antes posible? Una cruel sonrisa curvó sus labios. Pues claro que no le preocupaba. ¿Qué atractivo podría tener un bebé para una mujer como ella? Su carrera lo era todo. Todo.

La vio acercarse y, por un segundo, le pareció que trastabillaba al fundirse sus miradas. Dante se sumergió en los ojos de color ámbar, dorados contra la nívea palidez de su piel. Esos ojos se abrieron desmesuradamente, incrédulos, antes de emitir un destello que no supo interpretar. Lo que Justina Perry pensara o sintiera le traía sin cuidado. Ya no le importaba. Pero habría sido de piedra si no hubiera disfrutado con el repentino movimiento de la garganta, indicativo de que había tragado con dificultad.

Estaba a su lado. Lo bastante cerca como para poder captar la estela de su perfume que le recordaba a jazmín y a miel. Y de repente desapareció y él fue consciente de una bonita rubia que le estaba dedicando su mejor sonrisa.

Pero la sonrisa que Dante le devolvió fue maquinal. No había acudido a la boda para encontrar a una chica. Aunque no se había parado a pensar seriamente por qué había aceptado una invitación de boda que no se había esperado recibir. ¿Pretendía enterrar a un viejo fantasma? ¿Convencerse de que ya no sentía nada por la única mujer que había conseguido traspasar la pétrea coraza de su corazón toscano?

Salió al brillante sol y aspiró el fuerte aroma de las flores que trepaban sobre las puertas de la catedral. Miró al otro lado del patio, donde estaba Justina, rodeada de personas que la adulaban, aunque era más que evidente que no les estaba escuchando. Su atención se hallaba fija en la puerta, como si hubiera estado esperando a que él saliera. Sus miradas se fundieron de nuevo y Dante sintió el deleite de algo que jamás se habría atrevido a describir, ni siquiera en su lengua materna.

Caminó hacia ella, vagamente consciente de las miradas femeninas que se volvían a su paso. Estaba acostumbrado a que las mujeres lo miraran. Justina se mordió la parte interior del labio inferior y al recordar los placeres que eran capaces de proporcionar esos labios, Dante estuvo a punto de marearse.

La gente que la rodeaba se volvió hacia él con curiosidad. Dante supuso que su aspecto italiano bastaba para despertar el interés de unas personas en su mayoría inglesas. Su rostro seguramente reflejaba hostilidad, pues rápidamente todos desaparecieron y se quedaron solos.

–Vaya, vaya, vaya –saludó él–. Mira a quién tenemos aquí.

Justina lo miró con el corazón acelerado. Sus sentidos despertaron bruscamente como si alguien les hubiera aplicado una cerilla. Sintió el cosquilleo de los pechos y el húmedo calor, y rezó para que ese bastardo no se diera cuenta. No quería desearlo. Quería mantenerse fría y distante, pero no era fácil. No con el masculino rostro a escasos centímetros del suyo, el rostro más hermoso, y al mismo tiempo brutal, que hubiera visto jamás. Los ojos oscuros la atravesaban y el fornido cuerpo lo ocupó todo. Justina se sintió como si alguien acabara de sacarle toda la sangre, sustituyéndola por agua.

«Eres fuerte», se dijo a sí misma. «No vas a mostrar ningún signo de debilidad. Porque se trata de Dante D'Arezzo, el hombre que confunde el amor con el control. El hombre que te abandonó porque no querías comportarte como su marioneta particular. El que se llevó a otra mujer a su cama y…».

Vio de nuevo la cama con las sábanas revueltas. Una mata de cabellos rubios y un trasero apuntando hacia arriba. Y vio a Dante, con los ojos cerrados, con una sonrisa extasiada en los traidores labios mientras la mujer desnuda obedecía a todos sus deseos.

Las vívidas imágenes de la traición se le clavaron como trozos de cristal y Justina apenas consiguió barrerlas de su mente, como había intentado hacer durante los últimos cinco años. No debía pensar en ello, no podía permitírselo. Debía centrarse en lo importante y conseguir deshacerse de él y que la dejara en paz.

–Gracias por arruinar lo que podría haber sido un día perfecto –ella le devolvió el saludo con expresión hostil y fría–. ¿Quién te invitó?

Dante no había esperado una hostilidad tan descarada, pero, por algún motivo que no comprendía, le gustó. Quizás se debía a que la perspectiva de tener una pelea con esa mujer era casi tan atractiva como la idea de tumbarla sobre el capó de ese coche cercano y montarla hasta llegar al orgasmo.

–¿Y quién crees que me invitó? –preguntó mientras daba un paso más hacia ella–. La novia, por supuesto. ¿O acaso crees que me he colado?

Justina no pudo reprimir un ligero estremecimiento ante la poderosa presencia. ¡Dante no había necesitado colarse jamás en ningún sitio!

–¿De verdad? –preguntó ella deseando no reaccionar ante ese hombre como lo hacía.

Tenía la sensación de que su cuerpo empezaba a descongelarse, como si fuera a morir si no volvía a tocar a Dante o a sentir sus labios sobre ella. Recordó cómo colocaba la cabeza entre sus piernas y pasaba la lengua por ahí mismo. Y se estremeció con un vergonzoso deseo. ¿Cómo lo conseguía? ¿Cómo hacía que lo deseara tanto si lo odiaba?

–No sabía que siguieras en contacto con Roxy.

–Y no lo estoy. Hace mucho que perdimos el contacto, más o menos cuando tú y yo rompimos –los oscuros ojos la miraron burlones–. Pero, al parecer, sintió un rapto de generosidad ante la perspectiva de casarse con un duque y decidió localizarme.

Justina sabía muy bien por qué lo había hecho. Un hombre como Dante siempre adornaba cualquier lista de invitados y aseguraría que las damas ronronearan encantadas. ¿Por qué demonios no le había advertido Roxy? ¿Acaso su antigua compañera del grupo temía que no se acercaría a varios kilómetros a la redonda de saber que él estaría allí?

Después de tantos años ya estaba inmunizada contra él. ¿No? No lo había visto en cinco años. Había madurado, al menos lo bastante como para que su presencia la dejara indiferente. Entonces, ¿qué le estaba sucediendo? ¿Por qué sentía ese cosquilleo en el pecho y un húmedo deseo entre las piernas?

Lo miró fijamente con fingida compostura, buscando en su interior una objetividad que era incapaz de aplicar a ese aristócrata toscano. Dante vestía traje, al igual que el resto de los invitados masculinos, pero había algo en su manera de llevarlo que le daba un toque especial. El exquisito corte de la prenda de color grafito se ceñía al atlético porte, acentuando la cintura y las largas piernas. Pero, a pesar del sofisticado exterior, una solo podía fijarse en el rudo hombre que había bajo la ropa. Era uno de esos hombres que, cuando veía algo que quería, iba a por ello. Un hombre que sabía cómo hacer gritar de placer a las mujeres, tal y como recordó ella dolorosamente.

–A lo mejor a Roxy le faltaban algunos invitados para completar la lista y por eso te llamó –Justina se encogió de hombros y fijó la mirada en la catedral–. La iglesia es muy grande y supongo que toda boda que se precie debería incluir a un aristócrata toscano.

–Ha pasado mucho tiempo, Justina –Dante sonrió como si el insulto no hubiera significado nada para él.

–Cinco años –contestó ella–. El tiempo vuela cuando te diviertes, algo que no podía decir cuando estaba prometida a ti.

Dante parecía ausente. Su mirada se deslizaba lentamente por el femenino cuerpo como si aún tuviera derecho a mirarla así. Como si fuera una de sus posesiones.

–Has perdido peso –observó al fin.

Justina sintió que le fallaba el corazón, aunque no supo si a causa de la desilusión o la ira. ¡Qué típico de Dante! Tomar algo de lo que ella se sentía orgullosa y darle la vuelta hasta conseguir que pareciera malo. Se había esforzado mucho por adelgazar. Cada mañana se arrastraba a la calle a horas intempestivas para correr. Y cuando viajaba, no faltaba la visita habitual al gimnasio del hotel para correr en la cinta mientras escuchaba música a través de los cascos.

Jamás comía hidratos de carbono después de las cinco de la tarde, y casi nunca bebía alcohol. Era muy disciplinada en cuanto a

su estilo de vida porque cuanto mayor se hacía, más difícil le resultaba mantener la línea. Estar bien físicamente la ayudaba a mantenerse en un negocio en el que la juventud lo era todo, una industria en la que te hundían sin misericordia si no eras capaz de aguantar el ritmo. Y había sacrificado demasiado por su carrera para tirarla por la borda.

–Pues me alegra, puesto que mi intención era, precisamente, la de perder peso –contestó ella mientras admiraba el traje de color grafito que no hacía nada por disimular la musculatura que se ocultaba debajo–. Podrías probarlo tú también, Dante. Prueba con un aspecto más estilizado, es lo que se lleva ahora.

–Creo que paso. Ya hago todo el ejercicio que necesito sin la necesidad narcisista de pasarme horas en el gimnasio –Dante se inclinó ligeramente hacia Justina y percibió la dilatación de sus pupilas. Y la deseó. Tanto que podría haberla tomado en sus brazos para besarla apasionadamente–. Mi cuerpo ya está lo bastante duro donde debe estarlo.

–Eres repugnante –Justina sintió que le ardían las mejillas ante la inquietante proximidad de ese hombre y su fanfarronería sexual, y dio un paso atrás.

–¿Eso crees? Pues antes, si no recuerdo mal, solía gustarte mi comportamiento repugnante.

–Eso fue hace mucho tiempo. Afortunadamente, he madurado desde entonces. Mis gustos han mejorado y ya no me atrae el tipo Neanderthal.

–Pues sí que has cambiado entonces. Nunca había conocido a una mujer que se excitara tanto como tú ante un maestro en la cama.

El provocador susurro devolvió a Justina unos recuerdos que creía haber enterrado para siempre. Recuerdos de los besos de Dante. Recuerdos de Dante hundiéndose dentro de ella. Recuerdos de Dante haciéndole eso mismo a otra mujer. Y sintió ganas de gritar, de abofetearlo, de exigirle una explicación. Sin embargo, no tenía sentido resucitar el pasado. Tenía otra vida y un futuro en el que él no estaba incluido.

Necesitaba apartarse de él.

Fijó la vista en un punto imaginario a espaldas de Dante y fingió reconocer a otra persona. Sonriendo, volvió a mirarlo a los ojos, ya

recompuesta y adoptando un aire de indiferencia.

–No debo monopolizarte más tiempo, Dante. Estoy segura de que habrá muchas personas con las que te apetecerá hablar. Es más, allí hay una jovencita que intenta llamar tu atención y estoy segura de que la tendrás en tu cama antes de que acabe el día.

Un poco temerosa de que fuera a intentar detenerla, Justina se apartó de Dante, que se limitó a entornar ligeramente los ojos, y atravesó la plaza de la catedral consciente de que su mirada la seguía. Le temblaban las manos y el corazón le latía desbocado y, por un segundo, consideró la posibilidad de marcharse de la boda. Nada se lo impedía. Podría regresar al hotel, recoger sus cosas y volver a Londres. Podría huir de su exnovio y los dolorosos recuerdos que su presencia habían evocado.

Pero Justina sabía que no iba a hacerlo. Roxy y ella habían vuelto a encontrarse recientemente y no podía abandonar a su vieja amiga en un día tan importante. Apartando el rostro de una cámara que parecía haber surgido de la nada, suspiró. Iba a tener que comportarse como una adulta. Iba a tener que asistir al banquete nupcial, intentando evitar a Dante. ¿Tan difícil sería? Se le daba bien evitar a la gente. Además, dudaba que él estuviera solo mucho rato.

Subió a uno de los autobuses rojos alquilados para transportar a los invitados y se sentó, sonriendo educadamente al caballero que de inmediato tomó asiento a su lado y se presentó. Sin embargo, no le resultó fácil concentrarse en lo que ese hombre le decía, a pesar de que se esforzaba al máximo por coquetear con ella y estaba deslumbrante con su uniforme militar cargado de medallas. Seguramente era algún héroe de guerra, un hombre atractivo a su modo.

¿Por qué no podía sentirse atraída hacia alguien como él? Era precisamente la clase de hombre que le convenía. Un tipo formal que la adoraría si le daba la menor oportunidad. El hecho de que nadie le hubiera hecho sentir lo mismo que Dante no era más que el reflejo de su propio fracaso emocional. Y por eso seguía soltera a los treinta años, sin ninguna perspectiva de mantener una relación estable o tener hijos.

Recordó la entrevista que había ofrecido a una revista la semana anterior. El insistente periodista había conseguido que se enfrentara

a un hecho incómodo. Al hecho de que, si esperaba demasiado tiempo, quizás nunca tendría hijos. Acorralada, ella había exclamado que por supuesto pensaba tener hijos algún día, antes de añadir socarronamente que antes debía encontrar a un padre para ese hijo.

El autobús avanzó por las estrechas calles de Norfolk. Un largo camino de grava conducía a la residencia del novio y Justina se quedó sin aliento al ver el precioso edificio del que tanto le había hablado Roxy.

Rodeado de una verde pradera, Valeo Hall estaba flanqueado por dos leones de bronce. Los pilares que bordeaban la escalera que conducía a la enorme puerta de roble estaban decorados con las mismas flores que la catedral. Justina aspiró el dulce aroma y pensó en la suerte de Roxy, que había conseguido un marido y una nueva vida. Tenía un futuro por delante. Era humano sentir una ligerísima envidia, ¿no?

Tras aguardar su turno en la fila para felicitar a los recién casados, le estrechó la mano al duque antes de fundirse en un caluroso abrazo envuelto en tul y satén.

–¡Oh, Jus! –exclamó una resplandeciente Roxy–. Qué alegría verte aquí. ¿Te ha gustado la ceremonia?

–Ha sido preciosa. Y tú estás preciosa, la novia más bonita que he visto jamás. Pero no me dijiste que Dante estaría entre los invitados –susurró Justina al oído de la novia.

–¿Y debería haberlo hecho? –Roxy sonrió picaronamente, pareciendo de nuevo aquella chiquilla de diecinueve años–. Ya sé que no estáis juntos, pero pensé en invitarlo de todos modos. Durante un tiempo, Dante fue una parte muy importante de mi vida. No te importa, ¿verdad?

Justina sonrió con tristeza. ¿Qué podía decir? ¿Iba a explicarle que volver a ver a Dante había rozado lo dolorosamente insoportable? Contempló el rostro resplandeciente de Roxy y recordó que se trataba más bien de un asunto de orgullo herido por su parte. Era el día de Roxy y por ella podría aguantar a Dante un rato.

–Pues claro que no me importa –contestó alegremente–. Siempre es bueno recibir un bofetón del pasado.

–Entonces, ¿ya no hay nada entre vosotros? –Roxy frunció el

ceño mientras se ajustaba la tiara de diamantes.

–¿Bromeas? –exclamó Justina–. Lo nuestro es historia.

Se apartó para dar paso al siguiente invitado y aceptó una copa de champán que le ofreció una camarera. Alzando la copa, se la bebió de un trago y continuó su marcha. ¿Por qué debía dejarse intimidar por Dante D'Arezzo cuando era lo bastante fuerte para hacerle frente? Era una mujer independiente, ¿no? Si se encontraba con él en el banquete, y su intención era mantenerse apartada de él para que eso no sucediera, permanecería fría y distante, tal y como había hecho en la catedral.

Miró a su alrededor. Los invitados empezaban a llenar el salón ocupado por las mesas. Del techo de la estancia colgaban impresionantes lámparas de araña que lo inundaban todo de luz. Las columnas estaban envueltas en flores y hiedra, y Justina tuvo la sensación de estar en un lugar encantado donde cualquier cosa podría suceder.

Encontró su nombre en el plano de los asientos y se felicitó al comprobar que le había tocado sentarse entre un general de brigada, que seguramente rondaría los ochenta años, y lord Aston, del que nunca había oído hablar. Pero sobre todo se sintió feliz al saber que Dante no estaría cerca. Al menos Roxy había tenido la delicadeza de sentarles en mesas separadas.

Cruzó el salón de brillantes suelos hacia su mesa, esforzándose por no sufrir ningún percance por culpa de los altos tacones y el vestido largo. No prestó gran atención a los demás invitados hasta que una mano de un bronceado tono oliváceo le sujetó la silla. Todas las alarmas saltaron.

Justina se quedó helada mientras contemplaba la brillante mirada oscura del hombre que una vez creyó que se convertiría en su esposo.

Capítulo 2

Con el corazón cabalgando furioso y una especie de indeseado deseo, Justina miró a Dante, deseando poder borrar la arrogante sonrisa de sus labios.

–¿Qué demonios haces aquí? –rugió despertando la mirada curiosa de una pelirroja que se hallaba sentada al otro lado de la mesa.

–No alces la voz, por favor, Justina –susurró él–. Esta es una boda aristocrática y no se toleran las salidas de tono.

Justina podría haberlo abofeteado o... algo. Algo que incluyera dar una patada en el suelo como si fuera una cría y pedir que cambiaran a ese hombre de sitio inmediatamente. Pero, dadas las circunstancias, poco podía hacer salvo sentarse en la silla que él le sujetaba. Porque tenía razón. Se trataba de la boda de una de sus mejores amigas y no podía provocar una escena exigiendo que le asignaran otra mesa, ¿verdad?

Dante la ayudó a tomar asiento y Justina se volvió hacia él, esforzándose por mantener un tono de voz bajo a pesar de que sus nervios aullaban ante el inesperado roce de sus manos sobre los hombros.

–Me sorprende que conozcas siquiera el significado de la palabra «tolerancia» –observó secamente–. ¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí antes que yo? Subí al primer autobús.

–Conduciendo mi coche.

Justina asintió. Por supuesto. ¿Cómo había podido imaginarse que caminaría obedientemente en fila, como el resto de los mortales, hacia el transporte facilitado por los novios? Era un obseso del control y todo tenía que suceder según sus condiciones.

–Lo que no comprendo –ella respiró hondo–, es qué haces sentado aquí.

–Supongo que lo mismo que tú. Espero a que nos sirvan la comida y poder brindar por los novios y desearles muchos años de felicidad matrimonial.

–Por favor, Dante, no finjas no entenderme. No me refería a eso y tú lo sabes –Justina posó la mirada en los rasgos del masculino rostro, suavizados únicamente por las sensuales curvas de sus labios. La barbilla estaba cubierta de la oscura sombra que nunca lo abandonaba por mucho que se afeitara.

¿Por qué tenía que ser tan malditamente sexy? ¿Y por qué reaccionaba su traidor cuerpo con tanto deseo mientras aspiraba su aroma y su calor?

–Miré el plano de las mesas y comprobé con alivio que tu nombre no estaba cerca del mío. Y ahora te encuentro sentado a mi lado. ¿Cómo ha podido suceder, Dante?

–Muy sencillo. Cambié los nombres –contestó él sin el menor atisbo de vergüenza.

Justina lo miró furiosa. ¿Cómo había podido olvidar el descaro de ese hombre?, esa costumbre de tomar lo que deseaba sin más.

–¡No puedes aparecer en una boda de alto copete y modificar la distribución de los invitados!

–Pues eso es lo que he hecho –Dante sonrió–. Y dado que nadie más se ha quejado, te sugiero que te relajes y disfrutes.

–¿Disfrutar? ¿Contigo al lado? Debes de estar de broma –Justina dejó el bolso en el suelo en una maniobra que pretendía ocultar el temblor de sus manos–. Si hubiera querido pasar la velada en compañía de una serpiente habría buscado algún foso.

Dante percibió la expresión desafiante del rostro de la joven y, por un instante, casi sonrió. Era la única mujer que no se había plegado a sus deseos, la que se había empeñado en hacerse oír, la que había insistido en que su profesión era tan importante como la de él.

Durante un tiempo había disfrutado con las peleas, siempre seguidas de reconciliaciones que habían alcanzado altas cotas de pasión. Hasta que no le había quedado más remedio que reconocer que Justina hablaba en serio, que sus objeciones no obedecían a alguna clase de flirteo sexual y que no tenía ninguna intención de modificar su estilo de vida tras el matrimonio. Era una cantante, una artista, así se lo había hecho saber. También le había explicado que no podía, que no quería, renunciar a las oportunidades que se le ofrecían. Y había tenido el descaro de exigirle, con una sonrisa, que dejara de comportarse como un troglodita y respetara su

carrera. Pero tras la sonrisa había percibido el brillo del acero y eso era lo que más había inquietado a Dante. Recordó haberse sentido furioso y luego, sorprendentemente, herido, hasta que se había convencido a sí mismo de la suerte que había tenido al encontrar la salida fácil. Porque una actitud como la de esa mujer no aguantaría una relación a largo plazo con alguien como él.

Dante se descubrió mirando los bonitos ojos de color ámbar, enmarcados exquisitamente por unas largas pestañas. Después de servido el vino, posó la mirada en la mano izquierda.

–Veo que no llevas anillo. Al parecer, no has tenido tanta suerte como tu amiga en el circuito del matrimonio.

–¿El circuito del matrimonio? –Justina casi se atragantó con el vino–. ¡Hablas como si fuera una carrera de caballos!

–¿Y no lo es? –Dante se encogió de hombros–. En cualquier caso, no deja de ser una carrera. La mayoría de las mujeres de tu edad busca una relación estable porque no puede evitar pensar en el reloj biológico. ¿Cuántos años tienes, Justina? ¿Treinta y uno?

–¡Ni siquiera llego a los treinta! –masculló ella entre dientes antes de comprender, por el brillo de la mirada de Dante, que había caído en una trampa.

Había reaccionado a la defensiva en cuanto a su edad simplemente porque le faltaba poco para cumplir los treinta años y aún no llevaba anillo de boda. Dante había conseguido aquello que tan bien se le daba: hacerle sentirse mal consigo misma. ¡Pero no se lo iba a permitir!

–Hoy en día te sorprendería saber que hay muchas mujeres que no necesitan llevar la marca de un hombre para sentirse realizadas.

–Veo que tu vena feminista, bastante agresiva por cierto, no se ha suavizado con los años.

–¿Acaso te sientes amenazado?

–Créeme, Justina, siento algo mucho más primitivo que una amenaza.

La mirada burlona se había deslizado hasta la entrepierna y Justina sintió que le ardían las mejillas con una mezcla de ira y deseo. Agarrando el tenedor se ensañó con un desprevenido espárrago, aunque no fue capaz de comérselo. ¿Qué le sucedía? Ese hombre la insultaba y, a pesar de la sensualidad con la que envolvía los insultos, ¿por qué reaccionaba de ese modo ante él?

Quizás fuera consecuencia de la ausencia, reflexionó mientras dejaba el tenedor a un lado. Desde luego en su interior había despertado un apetito sexual que había creído desaparecido para siempre. Dante era la última persona que le gustaría que le hiciera sentirse de ese modo. Se comportaba como si hubiera vivido desprovista de toda comodidad y placeres hasta la reaparición de ese hombre que simbolizaba todo lo que había echado de menos.

–¿Te has tomado la molestia de cambiar de asiento solo para dedicarte toda la velada a meterte conmigo? –preguntó ella.

–Venga ya, Justina. Sabes muy bien por qué lo he hecho. No puede extrañarte que sienta cierta curiosidad hacia ti, sobre todo teniendo en cuenta que hubo un tiempo en que pensamos en convertirnos en marido y mujer.

–Querrás decir hasta que decidiste disfrutar del sexo con esa... con esa –Justina quería escupir la palabra «fulana», o «zorra», pero eso le hubiera dado a Dante la impresión equivocada de que aún le importaba. Tomando la copa de vino, se bebió un buen trago–. Mujer –concluyó al fin.

–¿Quieres dejar de reescribir la historia? –le exigió él–. Sabes muy bien que lo nuestro había terminado para entonces.

Justina abrió la boca para protestar, pero decidió cerrarla de nuevo. ¿De qué serviría? Dante se había negado arrogantemente a reconocer que había obrado mal y nada de lo que pudiera decirle le haría cambiar de opinión. «Déjalo estar. Y deja de responder ante él porque eso es lo que busca».

Era un suplicio estar tan cerca de él, fingir que no sentía nada cuando el corazón le latía con tanta fuerza que le sorprendía que nadie le hubiera pedido que bajara el volumen.

–Muy bien –suspiró tras juguetear de nuevo con la comida–. Lo haremos a tu manera. Acabemos con las sutilezas cuanto antes. ¿Qué es de tu vida? Supongo que sigues viviendo en Roma.

–Ya no. Tengo un apartamento en Nueva York.

–¿En serio?

–Pareces sorprendida.

–En realidad, no. Sorprenderme exigiría cierto grado de interés por mi parte que, sencillamente, no siento –Justina empujó el plato a un lado y, olvidando la prohibición de tomar hidratos de carbono, empezó a mordisquear un trozo de pan–. Es que solías comportarte

como si el paraíso estuviera en Italia, a medio camino entre Umbria y Emilia Romagna.

–Mi amor por mi tierra no ha disminuido, Justina –susurró Dante–. Y regreso a casa siempre que puedo, aunque últimamente no suele suceder muy a menudo.

–¿Los negocios van bien? –preguntó ella en un tono deliberado de aburrimiento.

Dante fingió encogerse de hombros, pero la modestia no encajaba con ese hombre.

–El negocio va estupendamente. Hemos expandido nuestros intereses a Norteamérica y me encanta Nueva York. Cierto que no es la Toscana, pero no se puede tener todo.

Justina siguió mordisqueando el pan como si pretendiera llenar con él el vacío emocional que Dante había creado con sus palabras. No quería pensar en la Toscana, ni en el *palazzo* donde la familia D'Arezzo vivía desde hacía siglos. Le había impresionado la espectacular belleza de la región y el país entero, pero la visita a la residencia familiar no había ido bien, por decirlo suavemente. La aristocrática familia de Dante no había recibido con buenos ojos a su novia, una cantante inglesa de pop, sobre todo porque la visita había coincidido con la emisión de un vídeo promocional. Uno en el que salía bailando animadamente sin sujetador. Incluso ella se había sentido impactada por lo zafio del resultado, pero tampoco había sido cuestión de reconocerlo delante de todos.

Así pues, había sido catalogada como inadecuada para convertirse en la esposa de un D'Arezzo, además de una nefasta influencia para la pequeña de las hijas, y el viaje había terminado bruscamente antes de tiempo.

–¿No se puede tener todo? –repitió ella con sarcasmo–. Y lo dice el hombre que siempre pensaba poderlo conseguir. El que convirtió tenerlo todo en una forma de arte.

–Cuánta amargura, Justina –murmuró Dante–. Espero que tu actitud no esté motivada por la envidia o la avaricia. ¿Tu carrera musical se está hundiendo? ¿Es eso?

Justina estuvo a punto de mandarle al infierno, pero el poco orgullo que aún le quedaba se lo impidió. «Hazle saber que te has labrado una vida más que respetable», pensó. Quiso explicarle que los sacrificios realizados habían dado sus frutos. Era una mujer

independiente y orgullosa de serlo. Y nunca sería como su madre.

–Al contrario. Vivo en Londres y sigo escribiendo canciones, solo que para otra gente.

–¿Y tienes éxito?

–No me va mal –Justina mantuvo una tensa sonrisa en los labios. Podría haberle hablado del número uno en las listas de éxitos, o de la propuesta recibida para escribir las canciones de un musical, pero sabía que eso no impresionaría a Dante. No apreciaba la ambición, salvo que proviniese de un hombre–. Me mantiene en la brecha.

Dante la observó detenidamente. Seguía siendo el rostro más bonito que hubiera visto jamás. Los rosados labios estaban firmemente apretados como si aún estuviera decidiendo qué hacer con ellos y Dante sintió una acometida de lascivia que convirtió la sangre de sus venas en lava ardiente mientras se imaginaba besando esos labios.

Y en ese preciso instante supo que iba a hacerla suya una vez más. Supo que la fiebre no remitiría mientras no lo hiciera. Supo que el deseo que sentía era como un virus que había estado latente durante años y que al verla de nuevo se había reactivado.

–¿Y qué hay de los hombres? –susurró inclinándose ligeramente hacia delante.

–¿Los hombres?

–¿No hay nadie en tu vida que te guste lo bastante como para traerle como acompañante? –insistió Dante con la mirada firme, aunque la voz no tanto.

Justina lo miró a los ojos, decidida a no revelarle la verdad. Porque se reiría de ella o, peor aún, se sentiría pagado de sí mismo si supiera que su relación la había incapacitado para unirse a otros hombres.

¿Por qué no jugar a su mismo juego? ¿Por qué no fingir que le gustaban los hombres tanto como ella les gustaba a ellos? Su orgullo se lo exigía, pues Dante era un hombre anticuado y contemplaría su soltería como una especie de fracaso.

–Pues me va bastante bien –contestó al fin tras probar otro sorbo de vino.

El gesto sombrío que apareció fugazmente en el rostro de Dante le produjo un momento de satisfacción. Porque si lo que había percibido eran celos, no sería más que una fracción de lo que ella

había sentido aquel día al entrar en la suite del hotel y encontrarse a esa mujer retorciéndose encima de él. Reprimiendo una sensación nauseabunda, alzó las cejas como si le retara a continuar con el interrogatorio.

–¿Nadie permanente? –insistió él.

–No –contestó Justina en un tono que lo hacía parecer una elección voluntaria, no la situación indeseada a la que se había visto abocada.

Jamás se había imaginado lo difícil que resultaba encontrar el amor por segunda vez. Ni había sido consciente de que, tras comparar a todos los hombres con el arrogante toscano, ninguno la atraería.

–No soy amiga de las relaciones permanentes. Y ahora, sin ánimo de ofender, creo que ya hemos agotado bastante los posibles temas de conversación entre nosotros.

Justina se volvió hacia el militar que tenía sentado a su lado, aunque necesitó unos instantes para recomponerse. Por suerte, el viejo soldado fue una buena elección. Lo sabía todo sobre la historia de la casa y, una vez empezó a hablar, no hubo manera de pararle. La compañía de ese hombre le resultó sorprendentemente agradable, sobre todo teniendo en cuenta la errática educación que había recibido.

El estilo de vida, nómada y desenfadado, de su madre la había obligado a cambiar de colegio con más frecuencia de la normal. A los diecisiete años poseía una gran experiencia, pero no así una educación formal, a no ser que incluyera las clases magistrales de su madre en el arte de cazar fortunas. Sin embargo, desde muy joven había aprendido a hacer las preguntas acertadas y el soldado las contestó todas. Le habló de las batallas que se habían librado en la hermosa propiedad de Norfolk, y describió con detalle los tesoros de la casa, incluyendo el raro Tiziano que colgaba de la galería de cuadros.

Todo habría sido perfecto si hubiera podido bloquear de sus oídos la voz de Dante mientras hablaba con los demás compañeros de mesa. La pelirroja de pendientes de esmeralda tenía una risa especialmente chillona y Justina tenía que esforzarse por no dar un respingo cada vez que la oía. Y deseó poder borrar la dolorosa consciencia de la presencia de Dante. Casi podía sentir su calor y el

masculino aroma, tan suyo.

Alguien empezó a golpear una copa con una cuchara y, mientras el padre de la novia se ponía en pie para iniciar su discurso, Dante se inclinó hacia ella.

–Me has dado la espalda, Justina –le susurró al oído–, y nadie hace eso conmigo.

–Calla. Ya sé lo que te gusta hablar de ti mismo, pero debes permanecer en silencio. Están a punto de comenzar los discursos –Justina clavó la mirada en la mesa de los novios no sin antes captar la expresión de frustración que apareció durante un fugaz instante en el rostro de Dante.

El padre de la novia, que destacaba del resto de los invitados por su largo cabello y el traje de lino arrugado, empezó su discurso con unas cuantas anécdotas de dudoso gusto que deberían haber escandalizado a los aristocráticos parientes. Sin embargo, la ocasión era tan feliz que todos se rieron. Justina contempló los sonrientes rostros que la rodeaban y sintió un enorme vacío en su interior. Tenía la sensación de que todo el mundo estaba cómodamente sentado en torno a un cálido fuego mientras que ella permanecía sola y apartada del círculo. Era la forastera que no pertenecía a aquel lugar. ¿Acaso no había sido siempre así?

Aguantó el resto de los discursos y se rio cuando debía, pero tras la ceremonia de la tarta nupcial, recogió el bolso y miró a su alrededor. Dante estaba ocupado charlando con la pelirroja y dudaba de que el soldado la echara de menos. Fingiría dirigirse al tocador de señoras y se marcharía sin ser vista. Se acostaría pronto y al día siguiente despertaría a un nuevo día y empezaría de nuevo a olvidar a Dante.

Consiguió salir del salón de bodas sin que nadie se diera cuenta, pero apenas había llegado a la puerta y hundido la mano en el bolso para sacar el móvil cuando la suave caricia de un familiar acento la detuvo.

–¿Vas a alguna parte?

–Eso intento –Justina se volvió y se encontró a Dante bloqueándole el paso–. Si fueras tan amable, ¿podrías apartarte?

–Aún no ha empezado el baile.

–Ya lo sé. Pero ya he tenido bastante –«de ti», pensó.

–¿Regresas a Londres? –él frunció el ceño.

–Esta noche no. He reservado una habitación en un hotel de Burnham Market –suspiró ante la mirada inquisitiva de Dante–. Es un pueblo que está cerca de aquí.

–Te acercaré en mi coche –Dante sacó las llaves del coche del bolsillo del pantalón.

–Gracias, pero prefiero llamar a un taxi.

–No seas melodramática, Justina. Un taxi tardará mucho en llegar y yo tengo el coche aparcado ahí fuera.

Los oscuros ojos emitieron un destello.

–¿De qué tienes tanto miedo?

Justina se preguntó cómo reaccionaría si le contara la verdad. Tenía miedo de desearlo. De desear que la besara, aun a sabiendas de que estaba mal. Porque, ¿qué clase de persona sería si aún lo deseara después de lo que le había hecho pasar?

–No quisiera obligarte a abandonar la fiesta.

–No me importa. Además, tenía la intención de regresar a Londres esta misma noche, tengo que tomar un vuelo a los Estados Unidos mañana.

Después de aquello, la pertinaz reticencia de Justina empezó a resultar irracional, o quizás ya no tuviera la energía necesaria para seguir oponiéndose a él.

Así pues, salieron fuera y Dante entregó las llaves al aparcacoches.

–¿Qué pasó con Lexi? –preguntó Dante mientras esperaba a que les llevaran el coche.

Hacía mucho tiempo que nadie había mencionado a Alexi Gibson, o «Sexy Lexi», como solía apodarla la prensa, la tercera integrante de las Lollipops.

–¿No sabías que inició una carrera en solitario? –preguntó ella–. Ese fue el motivo por el que se deshizo el grupo.

–No lo sabía –hasta el día en que había recibido la invitación a la boda, había evitado deliberadamente cualquier referencia a las Lollipops en su vida–. ¿Ha venido hoy?

–No. Nadie la ha vuelto a ver desde que se casó con un famoso actor de Hollywood –Justina se preguntó brevemente si Lexi sería feliz y, por primera vez en mucho tiempo, se lo cuestionó ella misma.

«¿Soy feliz?». La respuesta llegó en forma de mazazo. No lo era.

Tenía éxito y vivía bastante bien y, desde luego, estaba desarrollando su carrera, pero… ¿feliz? En absoluto. Al menos no comparado con la felicidad que había conocido en el pasado, junto a Dante.

El aparcacoches llegó con el deportivo de Dante y Justina tuvo que hacer verdaderos malabarismos con el vestido, a pesar de la raja, para poder sentarse en el bajísimo asiento.

–¿Cómo se llama el hotel? –preguntó Dante con calma, fingiendo que la visión del muslo al descubierto no le había provocado una subida de tensión.

–Smithsonian.

Dante introdujo los detalles en el GPS observado atentamente por Justina, que se reclinó en el asiento mientras el potente deportivo se alejaba por el camino de grava de la casa. En el interior del coche reinaba un denso silencio y todo lo que no se dijeron llenó el espacio transformando la atmósfera en claustrofóbica.

El coche se detuvo frente al hotel situado en una bonita plaza georgiana. A pesar del alivio por el final del trayecto, ella se resistió a apearse sin más. Era curioso, pero cuanto mayor se hacía, más importancia le daba a las despedidas. A los veinticinco años no le había importado gran cosa volver a ver o no a Dante, pero en esos momentos era muy consciente de la improbabilidad de que sus caminos volvieran a cruzarse nunca más, de que seguramente era la última vez que lo veía y se sorprendió ante la inesperada punzada de dolor que sintió en el corazón.

–¿Justina?

La dulzura de su tono de voz resultó inquietante, al igual que la falsa intimidad generada por el limitado espacio del interior del vehículo. En la penumbra, Justina percibió el brillo de los oscuros ojos y fue consciente de lo cerca que estaba de ella.

–¿Qué?

–Sabes que aún te deseo –contestó él tras una pausa.

Qué descarado era ese hombre. Solo a Dante D'Arezzo se le ocurriría decir algo así.

–Bueno, pues el sentimiento no es mutuo.

–Venga ya. Llevas desnudándome con la mirada desde que me viste en la catedral.

–Creo que estás confundido. No me interesa un hombre que regala sus favores tan alegremente.

–¿Cuántas veces tengo que decirte que lo nuestro ya había terminado? –exclamó Dante exasperado–. Y lo sabes muy bien.

Justina fijó la mirada en el regazo. Desde luego había terminado, al menos para él. La decisión de marcharse de gira con las Lollipops había llevado a Dante a poner bruscamente fin al compromiso. Pero ella le echaba de menos, más de lo que habría creído posible echar de menos a alguien. La realidad de una vida sin él la había golpeado con fuerza y su ausencia había sido como caerse en un pozo sin fondo. De modo que había regresado inesperadamente a Inglaterra con la idea de acudir a su hotel y pedirle otra oportunidad, porque en el fondo estaba convencida de que se amaban lo suficiente como para superar sus diferencias. Pero había estado muy equivocada.

El último recuerdo que conservaba de Dante era el de su cuerpo tendido en la cama. Acompañado. Tenía los ojos cerrados y algo se movía entre sus piernas bajo la sábana. El grito de horror de Justina había interrumpido el movimiento y de debajo de la sábana había surgido una cabeza. Una rubia de cabellos revueltos que respondía al típico cliché.

Justina había conseguido darse media vuelta para marcharse a la carrera. Incluso había conseguido parar un taxi, pero tenía la sensación de que le habían golpeado el corazón con una barra de hierro.

Desde ese mismo instante había cortado toda comunicación con él y hecho todo lo posible por olvidarlo. Había destruido cada foto y vendido cada joya que le había regalado, y el dinero obtenido lo había donado a la beneficencia.

–¡Pero no esperaba que encontraras una sustituta tan pronto! –exclamó ella, consciente de la oscura mirada, pero decidida a que él no averiguara cuánto la había herido.

–¿Piensas que debería haber esperado? –preguntó Dante furioso–. ¿Después de haber tenido que esperar tanto tiempo? Esperar mientras estabas de gira por el mundo. Esperar mientras hacías una entrevista tras otra para la televisión y los malditos reportajes en la prensa. Sabías cómo era yo, Justina. Era joven y lleno de deseo, y esperaba que la mujer amada estuviera a mi lado,

apoyándome. Tenía ciertos apetitos que debían ser saciados y no podía soportar la clase de vida que me estabas obligando a llevar.

–Lo hecho, hecho está –contestó ella secamente mientras se le encogía el corazón dolorosamente al oír la referencia a la mujer amada–. Pertenece al pasado, Dante, y a la larga será lo mejor para todos.

Dante escrutó el bello rostro y sintió una punzada de arrepentimiento, y también de culpabilidad. No estaba preparado para el dolor de corazón, como si alguien se lo estuviera estrujando con dedos de hielo.

–No estaba previsto que me encontraras con ella –se disculpó–. Siento haberte herido.

Justina asintió. Tiempo atrás hubiera dado la vida por oír esas palabras de labios de Dante, pero en esos momentos le parecía una arrogancia, como si sospechara que ella realmente no fuera a ser capaz de pasar página sin oír esa excusa.

¿Y tanto se alejaba de la verdad? A pesar de sus intenciones, nunca lo había superado, ¿verdad? Una parte de ella seguía anclada al pasado, seguía recordando al amante que había tenido, un amante frente al que todos los demás hombres salían perdiendo.

Quizás el problema era que no había dejado de idealizarlo. Quizás sus innegables cualidades amatorias habían hecho que lo situara sobre un pedestal tan alto que había distorsionado la imagen que tenía de los hombres. ¿Por qué levantaba unos muros tan altos a su alrededor que ningún hombre era capaz de escalarlos?

–El dolor que sentí formó parte de mi crecimiento personal –el orgullo la ayudó a omitir la verdad, y las tablas sobre el escenario le permitieron sonar convincente–. Simplemente fuiste una parte necesaria de mi educación sexual, Dante.

–Debo admitir que me han descrito de muchas maneras –contestó él con cierta dosis de ira tras unos segundos de estupefacción–, pero nunca como lo acabas de hacer tú. Y cuéntame, ¿obtuviste buenas notas durante esa educación sexual que te impartí?

A Justina le falló el corazón y su cuerpo empezó a sentir todo el anhelo de los deseos olvidados. Sabía que debería abandonar ese coche mientras aún pudiera, pero las piernas parecían haberse convertido en columnas de piedra.

–No... no lo recuerdo.

–¿En serio? Pues es una lástima. Quizás debería refrescarte la memoria.

Ella lo miró a los ojos y se fijó en los labios entreabiertos. No recordó haber murmurado nada, ni haber indicado con su expresión que no le disgustaba la idea. Entonces, ¿qué fue lo que movió a Dante a acercarse más a ella?

Y de repente se estaban besando. Dante la sujetó por la cintura y deslizó las manos hasta los hombros. En cuestión de segundos le estaba acariciando los pechos cubiertos por el sujetador de satén y ella gemía desesperada.

Los dos cinturones de seguridad se soltaron bruscamente, pero en el coche había muy poco espacio y las ventanillas empezaban a empañarse. Cualquier movimiento resultaba dificultoso porque no había sitio y el vestido de Justina lo hacía aún más difícil. Ni siquiera había sido consciente del hecho de que estaban aparcados frente a la entrada del hotel hasta que oyó a Dante pronunciar unas palabras en italiano.

–Aquí no –murmuró él mientras se apartaba con expresión de frustración–. Así no. Llévame adentro, Justina –se inclinó para besarla de nuevo–. Llévame dentro de ti antes de que explote.

Capítulo 3

La habitación del hotel estaba impecablemente ordenada. Era una de las cosas que Dante recordaba de Justina. Mientras que el resto de los miembros de la banda convivían con bandejas con restos de comida y botellas de vino vacías, ella insistía en el orden como antídoto contra la crianza tan caótica y desordenada que había tenido.

Pero las reflexiones sobre el orden duraron el tiempo justo para cerrar la puerta de la habitación, tomarla entre sus brazos y presionar los labios contra su hambrienta boca. Sentía los inquietos movimientos del cuerpo de Justina contra él, pero a la vez tuvo la sensación de que su mente le estaba gritando toda clase de objeciones.

–Te deseo –murmuró mientras rozaba su boca con los labios en un movimiento deliberadamente lento y erótico–. Nunca he deseado a una mujer como te deseo a ti ahora.

Justina cerró los ojos al sentir los labios de Dante en el cuello y hundió los dedos en la espesa cabellera negra.

–Dante... –susurró.

El resto de la frase debía de ser algo así como: «No deberíamos estar haciendo esto», pero las palabras no fueron pronunciadas. ¿Cómo pronunciarlas cuando le estaba acariciando los pechos de esa manera?

–¿Qué demonios le pasa a este vestido? –preguntó él mientras buscaba la cremallera.

–Es un cheongsam, un vestido tradicional chino. Lo compré en Singapur y...

–¡No me interesa la historia! –la interrumpió él bruscamente–. Solo quiero saber cómo se quita esta maldita cosa.

–Tiene botones a un lado –susurró ella casi sin aliento.

–*Sono mille*! –exclamó Dante mientras con manos temblorosas empezaba a desabrocharlos–. ¿Cuántos hay?

Justina sintió el aire fresco en la piel y se dijo a sí misma que

debería poner fin a aquella locura. Pero no podía. Su cuerpo sentía demasiado deseo para resistirse a lo que ese hombre le estaba haciendo. ¿Acaso no se había pasado los últimos cinco años preguntándose si volvería a sentir ese incomparable deseo alguna vez? Y de repente comprendió que no deseaba permanecer pasiva. Si aquello iba a ser su canto del cisne particular, entonces lo harían juntos, como iguales, como nunca habían sido. Ya no era la amante virgen a la que Dante había tenido que enseñar. Se había graduado con honores, y quizás había llegado la hora de recordar lo mucho que había disfrutado del sexo con él.

Se libró de los altísimos tacones de dos patadas y empezó a tironear de la corbata de Dante.

–¿Impaciente? –preguntó él.

–¿Tú no? –susurró Justina centrando su atención en la camisa. Desabrochó los botones y retiró la prenda ansiosamente hasta revelar el atlético torso. Por último se agachó y deslizó la lengua contra la sedosa piel.

–*Dio* –Dante se estremeció y desabrochó otro botón del vestido.

Al fin le quitó la prenda con manos temblorosas, impropias de un hombre de su experiencia, aunque en esos momentos no podía importarle menos. Le siguió el sujetador. Las braguitas desaparecieron hechas jirones provocando un respingo de placer en Justina.

–Siempre te gustó que fuera un poco brusco, ¿verdad, *tesoro*? –preguntó él mientras terminaba de desnudarse.

Ella le sorprendió con la guardia baja y se abalanzó sobre él, tumbándolo de espaldas sobre la cama. En su rostro había una expresión que Dante no recordaba haber visto jamás. Tenía los ojos entornados y se mordía los labios como si intentara evitar que le temblaran.

–Hazlo –le ordenó él.

Pero Justina sacudió la cabeza. Estaba decidida a llevar la batuta esa noche. Iba a servirle de terapia. Disfrutaría de su cuerpo hasta saciarse. Permitiría que la luz de la realidad iluminara al semidios de su imaginación y a la mañana siguiente lo vería como el mortal que era en realidad. Se trataba de sexo, se dijo, y no iba a cometer el error de confundirlo con amor.

–Lo haré cuando esté preparada y dispuesta.

Dante gruñó mientras ella acomodaba las caderas rozando la dura erección con su núcleo íntimo hasta que casi pudo sentirla, aunque no del todo. Estaba lo bastante cerca para poder hundirse en su interior, y aun así el húmedo tesoro permanecía fuera de su alcance. Dante echó la cabeza hacia atrás y durante un instante sintió desesperación. Así no lo quería, al menos no con Justina. Le gustaba tener el control, el papel dominante. Pero ella se retorcía encima de él y, que Dios le perdonara, le gustaba.

–*Per favore* –gimió–. Por favor.

La desconsolada súplica hizo que Justina comprendiera que ya no podía esperar más, a pesar de estar disfrutando de ese momento de poder. Se colocó sobre él y se hundió lentamente, llevando la sedosa masculinidad hasta lo más profundo de su interior. Oyó gemir a Dante mientras la llenaba y, por un instante, no pudo moverse. Quiso derrumbarse sobre él, dejarse caer sobre su pecho y abrazarlo como si nunca fuera a dejarlo marchar. Quiso decirle que ninguna sensación era mejor que aquella, que ninguna lo sería. Pero había decidido que no sería pasiva, ni débil. Iba a disfrutar y a sacar el máximo partido de una situación que jamás volvería a repetirse.

«Una situación que no debería estar produciéndose», le recordó una burlona voz en la cabeza. Pero ella hizo oídos sordos y empezó a moverse. Los cálidos cuerpos se unieron y se reconocieron mientras ella sacaba y metía la ardorosa masculinidad fuera y dentro de su cuerpo. Y gimió mientras él jugueteaba con los pechos y, cuando le empezó a frotar el clítoris con el pulgar, echó la cabeza hacia atrás y soltó un tembloroso grito. La sensación era tan buena que quiso que nunca se acabara, pero lo hizo. ¿Cómo no iba a hacerlo si estaban tan cerca del precipicio? Intentó prolongar la erótica danza, pero las ardientes oleadas eran demasiado intensas para poderlas retener. Se agarró a los hombros de Dante y, basculando las caderas hacia delante, lo llevó hasta la cima.

–¡Justina!

–¡Dante! –fue la respuesta gemida al sentir la primera oleada de contracciones.

Y en ese momento, él la tumbó de espaldas y la penetró con creciente velocidad. Justina tuvo la sensación de que iba a explotar de placer ante los primeros espasmos y lo oyó gritar antes de dejar caer la cabeza sobre su cuello.

Justina mantuvo los ojos fuertemente cerrados sintiendo una punzada de melancolía mientras los cuerpos se relajaban poco a poco. Sin embargo, no estaba dispuesta a que se le notara. No iba a empezar a darle vueltas a lo bueno que había sido, ni a desear regresar a lo que habían tenido años atrás. Porque no podían, ¿verdad? No se podía volver atrás.

Y aunque pudiera, no quería hacerlo, no con Dante. Especialmente no con Dante. Porque ese hombre nunca la haría feliz. ¿O acaso lo había olvidado? ¿Había permitido que su urgente necesidad de satisfacción ocultara convenientemente la amarga verdad? Ese hombre la había herido más de lo que pensó que sería posible. Y seguía teniendo el poder de hacerlo. Y lo haría. Conocía todos los complejos aspectos que movían sus acciones. Sabía que había vivido parte de su comportamiento como una humillación a su orgullo masculino, y quizás aquella era su manera de tomarse la revancha. Tomar su cuerpo sin considerar sus sentimientos.

Consciente de que aún seguían unidos, se retorció un poco. Dante dormía, o al menos parecía hacerlo, y las largas pestañas rozaban los perfectos pómulos. Tiempo atrás habría sentido amor al mirarlo, pero esa emoción había sido sustituida por una mezcla de ira y arrepentimiento. ¿Por qué lo había hecho? ¿Cómo podía haberlo hecho? Le había llevado hasta su habitación de hotel para tener sexo con él, sin ningún preámbulo. Y, ¿por qué, de entre todos los hombres del mundo, había tenido que ser él y solo él el que le hiciera sentir de ese modo? El único hombre con el que había compartido su intimidad era el que más daño le había hecho. El que había destruido su confianza.

Lo sintió moverse en su interior, sintió la floreciente erección y recordó lo deliciosamente insaciable que solía ser. Años atrás se habría agachado sobre ella para volver a hacerle el amor. Pero en esa ocasión no iba a permitir que sucediera. «Por favor, dame la fuerza necesaria para apartarlo de mí», rezó en silencio. Pero fue Dante quien dio el primer paso.

La silenciosa retirada de su húmedo cuerpo estaba cargada de un oscuro simbolismo. No pronunció una sola palabra y el silencio que reinaba en la habitación parecía hacerse más intenso a cada segundo. Dante se apoyó sobre un codo y la miró desprovisto de todo apasionamiento, tal y como un científico podría contemplar al

objeto de su estudio.

–Menudo sexo –observó mirándola con frialdad.

Justina se mantuvo firme. «No permitas que se de cuenta de tus sentimientos. Oculta tu dolor, tu ira y tu humillación, y compórtate como las mujeres con las que suele acostarse».

–¿Te ha gustado? –preguntó con una tímida sonrisa.

–Estoy seguro de que no hace falta que te explique lo buena que eres –Dante hizo una pausa–. Casi me había olvidado de hasta qué punto eres buena.

Claro que nunca la había visto antes así. Y, a pesar de la intensidad de su vida amorosa tras la separación, sintió desagrado al pensar que ella hubiera hecho lo mismo. Intentó convencerse de que el cambio era bueno, que ya no era la chiquilla inocente y dulce a la que había iniciado en el sexo. Tampoco era lo que se había esperado de ella, ¿o sí?

–Supongo que has aprendido mucho de los hombres a los que habrás conocido después de lo nuestro.

–Tengo por norma no hablar de otros amantes cuando estoy en la cama con un hombre –Justina se encogió de hombros–. Me parece de mal gusto.

Dante adoptó una expresión tensa y saltó de la cama para dirigirse hacia el cuarto de baño, observado por Justina. El bronceado cuerpo desnudo era magnífico y las perfectas esferas, más claras, de su trasero contrastaban con la musculatura de los potentes muslos.

Reapareció minutos después y, sin pronunciar palabra alguna, empezó a vestirse.

–¿Te marchas? –preguntó ella con el mismo tono fingido de indiferencia.

–Tengo que tomar un vuelo mañana –contestó él tras hacer una pausa y mirarla con una mezcla de lascivia y desagrado–. Ya te lo dije.

–Es verdad –Justina no quería hacerle creer que le importaba, de modo que también se levantó de la cama y se puso una bata de seda–. ¿Te apetece tomar algo antes de irte? Puedo pedir al servicio de habitaciones que nos suba café. Hay un largo camino hasta Londres.

Dante sintió una punzada de celos y se preguntó si esa mujer

tendría la menor idea de lo profesional que sonaba. Daba la impresión de preguntar eso mismo a otros hombres casi a diario. Y a lo mejor lo hacía.

–No, gracias.

–¿Hay algo especial en Nueva York? ¿Algo que no pueda esperar?

–Una gran fiesta –contestó él mientras guardaba la corbata en el bolsillo de la chaqueta–. No me la quiero perder.

–¿En serio? –preguntó ella desprovista de toda emoción. Para el caso, podría estarle hablando de alguna inversión en bolsa–. ¿Algo especial?

Dante la miró detenidamente. Se había soltado el cabello y se disponía a cepillárselo. Lo recordaba más corto, pero seguía siendo espeso y negro. Le hacía parecer un hermoso ángel oscuro y, por un instante, quiso besarla de nuevo, hacerla suya. Tumbarla de espaldas sobre la cama y hundirse en su interior, una y otra vez, hasta vaciarse por completo. Pero no podía o, más bien, no iba a hacerlo. Porque si una vez había sido un error, dos sería una insensatez. Eran demasiado diferentes. Siempre lo habían sido.

–Es solo una fiesta –se encogió de hombros.

–¿De verdad? –Justina luchó contra un instinto que le advertía que lo dejara estar–. ¿De quién?

–De una chica.

Bajo la bata de seda, sintió un inmenso escalofrío. ¿Había vuelto a hacerlo? ¿Se había acostado con ella mientras mantenía una relación con otra persona? Sintió el corazón tan frío como su piel, pero, de algún modo, consiguió esbozar otra de esas tímidas sonrisas, como si no hubieran hecho más que tomar una taza de té. Porque en esa ocasión no se iba a desmoronar.

–Pues conduce con cuidado, y que tengas un buen viaje de regreso a Estados Unidos.

La boca de Dante describió una mueca. Esa mujer hablaba como si lo que acababan de hacer no hubiera significado nada. Porque, amargamente, comprendió que sí había significado algo. Y ambos lo sabían.

En su mente revivió las escenas eróticas que habían protagonizado. Justina cabalgando sobre él. Él cabalgando sobre ella hasta alcanzar la dulce liberación. El prohibido dolor del sexo

se expandió por sus venas y, en ese nuevo momento de deseo, se despreció casi tanto como la despreció a ella por lo que habían hecho.

Sin embargo no bastó para impedirle tomarla en sus brazos y posar los labios sobre una boca que permanecía cerrada, resistente. Solo necesitó un par de segundos para vencer esa resistencia, para que los labios de Justina se entreabrieran lo suficiente para deslizar la lengua en su boca. Y un par de segundos después le estaba devolviendo el beso, hundiendo los dedos en su cabello como siempre hacía cuando se excitaba. Podría tomarla allí mismo, en el suelo, y sospechó que si deslizaba un dedo entre sus muslos, conseguiría que ella llegara al orgasmo en escasos segundos. Tal y como siempre había hecho. ¿Acaso no estaba tentado de hacerlo?

Pero Justina lo empujó apoyando los puños contra el torso y apartando la boca de la suya. Tenía una profunda expresión de ira en la mirada y dio unos titubeantes pasos hacia atrás, respirando entrecortadamente.

–Ya has conseguido lo que buscabas. Ahora lárgate de aquí –le espetó. Jamás en su vida se había sentido tan utilizada–. Regresa a Nueva York y desaparece de mi vida.

Durante un instante se miraron. La ira y el deseo llenaban el aire a su alrededor. Y entonces, Dante recogió su chaqueta y se la colgó del hombro.

–Adiós, Justina –se despidió con una amarga sonrisa–. Gracias por el recuerdo.

Capítulo 4

Aquella pesadilla no podía empeorar.

No podía.

Unas gruesas y cálidas gotas de lluvia caían del cielo mientras Justina entraba corriendo en una tienda de la bulliciosa calle de Singapur. Corría todo lo rápido que le permitía su voluminosa barriga. El bebé que albergaba en su seno dificultaba los movimientos, sobre todo con el bochornoso calor tan típico de esa ciudad. En un minuto estuvo empapada y, un segundo después, temblaba de frío al sentir el golpe del aire acondicionado de la tienda sobre su húmeda piel.

Intentando ocultar su redondez tras un expositor de ropa de diseño, contempló la lluvia a través del escaparate. La gente abría apresuradamente los paraguas, o se guarecía en las paradas de los autobuses en un intento de evitar la cotidiana tormenta tropical. Nadie parecía mirarla. Nadie.

Justina sintió una repentina sequedad en la garganta. ¿Se estaría volviendo loca al imaginarse que la seguían, al pensar que algún fotógrafo surgiría de la nada para hacerle una foto? No entendía el interés de la prensa en su embarazo cuando muchas mujeres tenían hijos sin estar casadas y sin que ello las estigmatizara.

Y, sin embargo, no podía ignorar el interés de los medios, sobre todo desde la reedición de los éxitos de las Lollipops justo antes de la boda de Roxy y que estaba siendo número uno en ventas en todo el mundo. Todavía era una figura pública y aún podía encontrarse algún comentario en los periódicos sobre la mala suerte en el amor de Justina Perry, acompañado de especulaciones sobre por qué seguía soltera.

Aunque últimamente les había proporcionado una historia mucho mejor:

Aún soltera y embarazada. ¿Quién es el misterioso padre, Justina?

Una vez superada la primera etapa de desesperación y rechazo, había intentado ocultar el embarazo todo el tiempo que le había sido posible, y cuando se había convertido en algo evidente, se había mantenido retirada de los focos. Sin embargo, la prensa era como un perro hambriento. Cuando olisqueaban una buena historia no abandonaban el rastro. Últimamente se habían publicado muchas especulaciones sobre la identidad del padre de su bebé y ella solo podía rezar para que nadie la hubiese visto abandonar el banquete de boda de Roxy acompañada de Dante D'Arezzo. Sería carne de reportajes de cotilleo y su nombre permanecería por siempre ligado al del multimillonario italiano.

–¿Le traigo una silla, señora?

Justina se volvió y descubrió a una dependienta que la observaba con gesto de preocupación. Quizás le preocupaba que la inglesa de aspecto cansado se pusiera de parto en su tienda, pero ella no tenía por qué informarle de que aún le quedaban cinco semanas.

–No, gracias, estoy bien. Tomaré un taxi para regresar a mi hotel. Ya parece que deja de llover.

–¿Está segura, señora?

–Sí, gracias –una sonrisa apareció en su rostro–. Muy segura.

Pero durante el trayecto de regreso al hotel Raffles, donde siempre se alojaba cuando estaba en la ciudad, y aún temblando de frío, Justina no pudo evitar unos inquietantes pensamientos. La innegable verdad era que estaba embarazada de Dante y le aterrorizaba que lo descubriera.

Se frotó las sienes distraídamente. Ese hombre siempre era una mala noticia. Era un jugador, un hombre peligroso. Se había acostado con ella, llevándola hasta las estrellas antes de dejarla caer para que se estrellara contra el suelo. Y no podía censurarle por ello, puesto que era tan culpable como él. Prácticamente le había arrancado la ropa y lo había violado.

Sintió que se le encogía el corazón, pero más por ira que por dolor. Había sido una estúpida al ceder al deseo sin pensar en las consecuencias y por eso se encontraba en la situación en la que estaba. Pero de ninguna manera iba a acudir a él, no cuando ese hombre le había dejado claro que lo sucedido había sido un lamentable revolcón de una noche.

Justina no paró de decirse que tarde o temprano dejaría de despertar interés. En su mundo estaba permitido mostrarse evasiva en cuanto a la identidad del padre de un bebé. A la gente para la que escribía canciones le traía sin cuidado ese dato, aunque fuera el mismísimo diablo quien reclamara la paternidad. La única persona que se mostraba realmente interesada era el médico londinense que la atendía, y ni siquiera él hacía juicios de moral. Y ya no había nadie más a quien le afectara ese embarazo. Desde luego no podía contar con la ayuda de su madre, cuya reacción ante la noticia había sido totalmente predecible, y aun así algo triste.

–¡No estoy preparada para ser abuela! –había exclamado Elaine Perry haciendo caso omiso de la repentina palidez de su hija.

Justina había contemplado a la mujer con quien mantenía una complicada relación. La que otrora fuera una mujer hermosa, era incapaz de aceptar el paso del tiempo e intentaba compensar su deterioro físico con un exceso de maquillaje.

–Pero, mamá...

–¡No me vengas con mamá! Si crees que me voy a pasar el día tejiendo patucos o trabajando como niñera sin sueldo, te equivocas, Justina –la mujer mayor sonrió tímidamente mientras jugueteaba con un mechón de sus cabellos–. Sigo teniendo una intensa vida social, ¿sabes?

Justina, sintiéndose asqueada por muchas razones, no había respondido. ¿Qué compasión podía esperar de una mujer que había vivido como la amante de una sucesión de hombres ricos a los que había exprimido hasta el último centavo? Una mujer que en esos momentos se veía obligada a conformarse con un viejo decrépito con quien vivía en el centro de París.

El taxi paró frente a la entrada del hotel y Justina se apeó, todavía temblando. La atmósfera del bonito vestíbulo del hotel siempre le había transmitido una sensación de paz. Los sillones desgastados y los tiestos de altas palmeras siempre le hacían pensar en una época más elegante de la que se sentía formar parte durante su estancia allí. Sin embargo, en esa ocasión la magia del Raffles no pareció funcionar. Se sentía a la deriva sobre una endeble barcaza en medio del océano, sin un lugar en el que echar el ancla.

Quizás con un buen baño y una taza de té bien cargado...

–Justina.

Alguien había pronunciado su nombre de un modo que solo una persona podía hacer. La incredulidad hizo que se le helara la piel. Esa voz había atormentado sus pensamientos y sus pesadillas durante los últimos siete meses y medio. Sacudió la cabeza con la esperanza de que desapareciera. Se lo estaba imaginando. Tenía que estárselo imaginando.

Lentamente, se volvió hacia la oscura y peligrosa figura de Dante D'Arezzo y el corazón empezó a galopar alocadamente en su pecho. No. No se lo estaba imaginando. No había nadie más en el mundo que hablara así, ni que tuviera ese aspecto. Dante estaba allí, en carne y hueso, con aspecto impecable y una mirada cargada de furia.

Los angulosos pómulos ensombrecían sus rasgos y los labios estaban apretados y sin el menor atisbo de sonrisa. Nunca lo había visto tan tenso. Lo único que parecía moverse en él era un pequeño músculo en la sien. Durante un instante, la impresión de verlo hizo que Justina se tambaleara como si fuera a desmayarse. Al parecer, Dante lo había anticipado, pues la agarró de los brazos con fuerza y ella sintió los ardientes dedos hundiéndose en su helada piel. Que Dios la perdonara, pero de inmediato se excitó ante el contacto y se estremeció.

–¿Qué... qué haces aquí? –preguntó con voz temblorosa sintiendo la furiosa mirada sobre ella.

A Dante se le aceleró el corazón mientras contemplaba el pálido rostro de Justina. ¿Qué se creía que estaba haciendo allí? ¿Pensaba que estaba de vacaciones por el Lejano Oriente y que se había tropezado con ella por casualidad? ¿Pensaba que estaba allí para invitarla a una copa en el bar del hotel?

–Tenemos que hablar –contestó con amargura.

Justina se mordió el labio inferior mientras unos alocados pensamientos comenzaban a poblar su mente. Podría pedir auxilio al personal de seguridad del hotel, contarles que estaba siendo acosada. Tratándose de una mujer embarazada, seguro que la tomarían en serio. Dante sería inmediatamente expulsado del hotel y quizás incluso del país.

Sin embargo, Dante era capaz de salir del apuro con su manejo de las palabras. Se lo imaginaba desplegando todos sus encantos ante el personal de seguridad para convencerles de que todo era por

culpa de las hormonas. Unas hormonas que eran, precisamente, la causa de su presencia allí. No estaba allí porque la echara de menos o porque la quisiera de vuelta en su cama. Quería hablar con ella sobre algo bastante evidente para ambos y ella debía acceder a sus demandas. Al menos le debía eso.

–Aquí no –contestó con la garganta tan seca que apenas podía hablar–. Podemos tomar un café en el bar y...

–No –la interrumpió Dante–. No tengo la intención de mantener esta conversación mientras tú actúas para el resto de la gente, Justina. Llévame a tu habitación –un significativo destello escapó de los ojos de Justina y él sonrió con sarcasmo mientras la voz quedaba reducida a un cruel susurro–. Y, por favor, no te preocupes por si quiero seducirte. Te aseguro que es lo último en lo que estoy pensando ahora mismo. Es más, te lo diré claramente: aunque tú y yo estuviésemos solos en una isla desierta, creo que optaría por el celibato antes que arriesgarme a acercarme a un metro de ti, zorra manipuladora.

El veneno que destilaba su voz hizo que Justina se tapara horrorizada la boca. ¿Tanto la odiaba? Aunque lo hiciera, no tenía derecho a hablarle de ese modo. Llevaba a un bebé en su interior y aunque él deseara que no fuera suyo, desde luego era el de ella, y lo iba a defender con su vida.

«No permitas que te intimide. Habla con él, sabes que se lo debes».

¿No era precisamente eso lo que había estado esperando y temiendo desde hacía meses? ¿No era esa reunión el motivo por el que viajaba tanto desde que había descubierto que estaba embarazada? Nunca permanecía mucho tiempo en un mismo sitio por miedo a que él la encontrara. Así pues, se había convertido en una especie de voluminosa fugitiva, en una mujer que huía de lo inevitable. Pero lo inevitable la había atrapado.

–De acuerdo –Justina se encogió de hombros–. Hablemos. Pero, para empezar, podrías dejar de maltratarme –contempló fijamente una de las manos que la sujetaban con fuerza por los brazos y luego levantó la vista hacia los oscuros ojos.

Lo peor de todo era que le gustaba que la agarrara. A pesar de sus crueles palabras y del miedo ante lo que pudiera desear Dante, le gustaba cómo le hacía sentir. Y, por mucho que le avergonzara

reconocerlo, lo que sintió cuando él la soltó fue vacío más que alivio. Con pasos titubeantes, se dirigió hacia las escaleras.

Justina era plenamente consciente de las miradas que atraían camino de la zona de habitaciones del hotel y supuso que debían de hacer una extraña pareja. Ella llevaba la ropa húmeda y revuelta tras sufrir la tormenta tropical, y Dante parecía indómito, salvajemente hermoso, atrayendo las miradas de todas las mujeres que había allí.

Caminaron en silencio hacia la suite, atravesando una zona de terrazas de madera con muebles de rafia y el aroma de las flores inundando el aire. Justina consiguió calmarse ligeramente y para cuando al fin llegó a la puerta de su habitación, se sentía como si fuese un elástico al que hubieran estirado tanto que el menor movimiento haría que se rompiera.

Sin embargo, se negaba a sentirse asustada y vulnerable. Debía mantener el control y no olvidar que trataba con un experto controlador. Una parte de ella deseaba mantener la puerta abierta, pero sabía que el sonido de sus voces se oiría desde fuera y no quería tal cosa. Con un fuerte suspiro de resignación, la cerró.

–Necesito ir al baño –se excusó.

Parecía algo muy íntimo, extraño, dadas las circunstancias, pero Justina necesitaba algo más que aliviar su débil vejiga. Lo que le quedaba de orgullo le empujaba a peinarse y adecentarse con un poco de lápiz de labios.

Respiró hondo y se preparó para enfrentarse a él. Sentía náuseas a causa de los nervios, los mismos que sentía antes de salir al escenario, aunque mucho peores. En el escenario, el miedo desaparecía al sonar la primera nota y su profesionalidad tomaba el mando. Pero en ese momento no tenía ni idea de cómo iba a reaccionar ante lo que la esperaba. Aquello era nuevo para ella y no había visto en su vida nada más intimidante que la expresión del rostro de Dante mientras abría la puerta y entraba en el salón de la suite.

Estaban de pie frente al ventanal que dominaba la terraza, pero la presencia de Dante hacía que todo lo demás pareciera insignificante. Su rostro era pétreo y los ojos fríos mientras posaba la vista en la enorme barriga como si no acabara de creerse lo que veía.

–Será mejor que te sientes –le sugirió secamente.

–Prefiero quedarme de pie –ella sacudió la cabeza. Maldito fuera por fingir estar preocupado.

Durante unos segundos, Dante sintió una profunda frustración. Qué típico de Justina, tan malditamente independiente que se negaba hasta a actuar con sensatez. A pesar de su inmensa palidez, se negaba a sentarse simplemente porque él se lo había sugerido.

–Haz lo que quieras.

–Eso pretendo hacer. ¿Cómo me has encontrado, Dante?

–No fue muy difícil. No se puede decir que pases desapercibida precisamente. Leí los artículos sobre tu... estado, y me pregunté si el bebé sería mío. Pero no dejaba de pensar que si lo fuera, te habrías puesto en contacto conmigo –Dante la taladró con la mirada–. Esperé a que me llamaras, y al ver que no lo hacías, pensé...

Dante se interrumpió. Había pensado que quizás estuviera equivocado y el bebé no fuera suyo. La idea le había vuelto loco de celos.

¿Acaso solo había sido uno más de la larga lista de hombres que habían disfrutado de su cama? Era una sensación que no lo había abandonado, al igual que la extraña certeza que le había hecho subirse al avión privado rumbo a Singapur, donde le habían informado de que se alojaba en el hotel Raffles.

La miró detenidamente mientras el corazón le latía con fuerza en el pecho. Lo peor era el deseo que había sentido de correr hasta ella para apoyar la mano sobre la barriga, como si quisiera convencerse de que era cierto. Si lo hacía, evitaría que despertara de nuevo en él el deseo hacia esa mujer. ¿Por qué, por mucho que intentara convencerse de lo contrario, no conseguía dejar de desearla?

–¿Hay algo que quieras contarme?

Justina asintió mientras la oleada de emoción amenazaba con desbordarla, aunque consiguió contenerla. «No actúes como si estuvieras avergonzada o intimidada», se dijo a sí misma. «Haz frente a los hechos». No resultaba fácil porque, enfrentada a la acusación reflejada en los oscuros ojos, sentía que el deseo empezaba a despertar en su interior. Deseó que todo hubiera sido diferente. Deseó que fueran las mismas personas que habían sido tiempo atrás, una pareja enamorada con planes comunes para el

resto de sus vidas.

Pero la realidad era distinta. Muy distinta, y no servía de nada perder el tiempo deseando algo que no podía ser. «Finge que estás en una entrevista para la televisión», se aconsejó a sí misma. «Compórtate con calma. Elimina toda emoción del tema e intenta no convertirlo en un enfrentamiento».

–¿Es esta tu forma de preguntar si eres el padre, Dante? –inquirió con voz casi dulce.

Capítulo 5

Lo soy? –Dante la miró fijamente y sus ojos nunca habían tenido una expresión tan fría–. ¿Soy yo el padre de tu bebé, Justina?

Durante un instante, ella titubeó tentada de negarlo. ¿No sería lo más sencillo? Él regresaría a Nueva York y a la vida que se había construido allí. Y ella no tendría que volver a verlo jamás. Jamás. Económica y, con suerte, emocionalmente, se las arreglaría para ser una buena madre soltera. Como tantas otras mujeres.

Pero entonces pensó en el bebé que llevaba en su seno. Un bebé que en esos momentos estaba dando unas patadas dignas de un jugador de fútbol. ¿Qué derecho tenía a negarle a su hijo la existencia de un padre porque ese padre no la amaba? Sería muy egoísta por su parte, sobre todo proviniendo de alguien que conocía bien el dolor de la privación de un padre. Iba a dejarle un inmenso vacío que nada podría llenar. Sentía un enorme instinto de protección hacia ese bebé, y ese instinto anulaba todo rastro de egoísmo. Para ella sería mejor que Dante desapareciera de su vida, pero no tanto para el bebé.

–Sí –susurró antes de tomar aire para hablar con más contundencia–. Sí, lo eres.

Dante permaneció en silencio durante unos segundos. Sintió una oleada de adrenalina recorrer su cuerpo y se puso en alerta, preparado para luchar o para huir. Fijó la mirada en la elegante mesa que había a su lado y sobre la que descansaba un cuenco de frutas tan perfectas que podrían haber estado hechas de cera. Durante un instante tuvo el impulso de atravesar esa fruta de un puñetazo, de ver cómo se desintegraban las manzanas y se aplastaban las naranjas. El deseo fue tan fuerte que apretó los puños y casi alzó uno de ellos. Aquello duró hasta que se obligó a enfrentarse a los hechos y hacer gala de su habitual control, que había amenazado con abandonarlo.

«No olvides lo testaruda que es esta mujer», se recordó mientras contemplaba los grandes ojos de color ámbar. «Hará lo que haga

falta para conseguir lo que quiere». Conocía bien su ambición, había sido testigo de ella. Había visto cómo anteponía su carrera a él, motivo principal por el que había tenido que anular la boda. Necesitaba conocer todos los hechos, no solo los que ella había decidido proporcionarle.

–¿Y cómo sabes que es mío?

Justina percibió la amenaza en la voz. La pregunta dolía, sobre todo porque parecía sincera, no un intento de insultarla. ¿De verdad pensaba así de ella? ¿Creía que elegía a un hombre en una boda y se lo llevaba a su habitación para tener sexo con él? Se preguntó cómo reaccionaría si supiera que era el único hombre con el que se había acostado jamás. Por eso estaba segura de que era el padre. ¿Se reiría de ella o sentiría lástima si supiera que no había sido capaz de seguir adelante durante los últimos cinco años?

–Estoy segura –contestó secamente.

–Tendrás que hacerlo mejor –Dante sacudió la cabeza.

–¿De qué estás hablando?

–Recuerda que me confesaste que te iba bien con los hombres –él sonrió amargamente recordando la manera tan desenfadada de decirlo y la punzada de celos que había experimentado–. Tuve la clara impresión de que yo no era el único en disfrutar de tus favores, sobre todo por la manera tan entusiasta con que cabalgaste sobre mí y por cómo movías esas caderas tuyas con habilidad y destreza. Estoy seguro de que lo sucedido aquella noche tras la boda no fue un caso excepcional.

Era la cosa más cruel que podría haberle dicho jamás y Justina rezó para que no se le notara el sufrimiento en la mirada. Ese hombre acababa de acusarla de ser una furcia.

–Entonces, ¿qué haces aquí? –preguntó–. ¿A qué viene esta teatral aparición, asaltándome en el vestíbulo del hotel?

–Estoy aquí porque quiero saber la verdad.

–¿Y por qué no me llamaste por teléfono? Habría sido lo más sencillo para un hombre tan ocupado como tú.

–¿Y habrías contestado a mi llamada? –él le sostuvo la mirada.

Justina se estremeció ante la intensidad de esa mirada. Quería salir airosa, contestarle algo humillante para herirle tanto como la había herido él. E, instintivamente, quería hacer aquello que sabía le escandalizaría tanto que seguramente se marcharía para siempre

de su vida. Quería rechazarlo, hacerle comprender que no lo necesitaba. Quería darle la libertad de marcharse.

–Seguramente no –contestó al fin.

Dante asintió y se giró para mirar por la ventana. Le resultaba más fácil contemplar el jardín que la redondez de la barriga de Justina. El breve respiro bastó para permitirle recuperar la compostura y, volviéndose hacia ella, asintió de nuevo.

–De modo que es cierto –susurró con la voz cargada de sedoso veneno–. Me han acusado de ser un cínico, pero ni siquiera yo puedo creerme que una mujer pueda ser tan manipuladora como tú. Al parecer, me equivoqué –hizo una pausa para mirarla de arriba abajo, sintiendo el traidor deseo surgir de nuevo en él–. Solo querías un semental, ¿no es así, Justina?

–¿Un semental? –ella lo miró perpleja a los ojos–. ¿De qué... de qué me estás hablando?

–Hablo de la entrevista que concediste poco antes de la boda de Roxy –Dante hizo una mueca–. Aquella en la que afirmaste que desearías tener un bebé.

Justina percibió el tono de condena de la voz de Dante y, durante un instante, se sintió vulnerable. Era cierto que lo había dicho, pero en ocasiones se decían medias verdades por muchos motivos. Sobre todo cuando un periodista la acorralaba. Él tenía que saberlo.

–Lo dije porque se suponía que debía pensar así –se defendió ella–. Porque las mujeres que no quieren tener un bebé son consideradas como unos monstruos.

–Yo estaba seguro de que no querías tener un bebé –las oscuras cejas se enarcaron–. ¿Cómo puedes querer un bebé cuando tu maldita carrera es más importante que cualquier otra cosa? Me dijiste que no tenías tiempo para hijos, y no veo que tu vida haya cambiado.

Ella sacudió la cabeza frustrada. En su momento había pronunciado esas palabras como consecuencia del miedo y la ambición, ¿cómo no se había dado cuenta? Su carrera era importante porque simbolizaba su éxito y su supervivencia. Estaba en pleno ascenso y había significado demasiado para ella como para abandonarlo todo. Dante había expresado su deseo de dejarla embarazada en cuanto estuvieran casados y eso la aterraba, y no

solo por lo joven que había sido. Había intentado explicarle que, en parte, quería esperar un poco por la mala experiencia que había tenido con su propia madre, pero él se había mostrado inflexible. Las mujeres se casaban y se quedaban embarazadas, fin de la historia.

–No lo comprendes, Dante.

–Más de lo que tú te crees, Justina –él sacudió la cabeza y soltó una carcajada cargada de cinismo–. Lo entiendo muy bien. Tuviste sexo conmigo después de cinco años sin vernos. La mayoría de las mujeres me habría abofeteado por intentarlo siquiera, pero tú no. De eso nada. Tú me buscaste desde el instante en que entraste en la catedral. Lo vi en tus ojos tan claramente como si me hubieras hecho una proposición.

–¡Siento mucho no encajar en el estatus inmaculado de tus otras amantes!

–¡No utilizamos ninguna protección!

–No sabía yo que la responsabilidad de eso fuera exclusivamente de la mujer.

–Pensaba que seguías tomando la píldora –le espetó él, consciente de que debería haberse asegurado antes.

Pero no lo había hecho. En ese momento solo le había preocupado hundirse de nuevo en la estrecha y calidad humedad del cuerpo de Justina después de tanto tiempo. Y había sido estupendo, como estar en el cielo. Tragó con dificultad mientras intentaba borrar los eróticos recuerdos de su mente, pero no pudo. Esos recuerdos le habían estado atormentando desde esa noche. ¿Cómo podía pretender que desaparecieran cuando la mujer que lo había seducido se encontraba frente a él?

–¿Por qué te la jugaste con un hombre al que probablemente no ibas a volver a ver en tu vida?

Justina contempló el masculino rostro que reflejaba un intenso reproche. La respuesta era que no había pensado con sensatez. Había estado tan cegada de pasión que el sentido común no había encontrado hueco. ¿Por qué le había hecho sentir así? ¿Por qué, incluso en esos momentos, conseguía hacerle sentir así? Si Dante se acercaba a ella e intentaba besarla, sinceramente no sabía cómo iba a responder.

–Dímelo tú –contestó ella si rastro de emoción en la voz.

–De acuerdo, lo haré –los ojos de Dante la miraban con dureza–. Te diré exactamente lo que creo que sucedió. Quizás deseabas tener un bebé. Habías alcanzado una edad en la que comprendías que debías ponerte en marcha si querías ser madre. Pero quizás lo que buscabas era un bebé sin la molestia de tener que aguantar a un hombre al lado. ¿No es esa la aspiración de toda mujer triunfadora hoy en día, Justina? Un bebé a la carta que te permita continuar con tu vida a la carta.

Justina dio un respingo. ¿De verdad la creía capaz de hacer algo así a sangre fría?

–Es la cosa más absurda que he oído nunca.

–¿Y qué mejor candidato para ser el padre de tu bebé que yo? –continuó él como si ella no hubiese hablado.

–¿Tú?

–Sí, yo –siseó orgulloso echando los hombros hacia atrás–. Fuerte y viril. El macho alfa de la manada. Las mujeres estáis programadas para buscar a un hombre como yo para que sea el padre de vuestro bebé. Por eso se arrojan a mis pies en cuanto tienen la menor oportunidad.

Durante un segundo ella estuvo tentada de hacer algún comentario jocoso, pero comprendió que no era el momento, no cuando ese hombre la acusaba básicamente de haberlo utilizado como una especie de donante de esperma.

–No pienso continuar con esta ridícula conversación –sentenció–. Márchate y medita sobre tus disparatadas teorías conspiratorias en alguna otra parte. Estoy cansada y aún tengo que hacer la maleta. Tengo que tomar un avión.

–¿Vuelves a tu casa? –Dante la vio frotarse la frente con gesto de cansancio.

–Sí, Dante, regreso a casa. Por si te interesa, me queda muy poco para no poder volar, según la normativa legal.

–¿Y por qué demonios vas a volar? ¿Por qué no haces lo que la mayoría de las mujeres en tu estado y te tumbas en un sofá con los pies en alto en lugar de recorrer el mundo?

–He estado trabajando.

–Por supuesto. Debería habérmelo figurado.

–Ya sé que para ti suena a algo sucio cuando surge de labios de una mujer, pero así son las cosas. He estado trabajando, y ahora

necesito hacer la maleta. De modo que, si no te importa, te agradecería que me dejaras en paz.

–Pues da la casualidad de que sí me importa –por primera vez, Dante apreció las ojeras que subrayaban la mirada de Justina–. Supongo que habrás reservado el billete de avión.

–Desde luego no tenía pensado extender los brazos y volar hasta Inglaterra, si era eso lo que temías.

–Eso está fuera de lugar –Dante suspiró exasperado–. Viajarás conmigo. En el jet de D'Arezzo.

–¿Tienes un avión privado? –preguntó ella atónita.

–Sí, tengo mi propio avión –le espetó el–. Ya te dije en la boda que la empresa va bien, pero tú ni te molestaste en preguntar cómo de bien. Lo que no sé es por qué me sorprende, dado que mi carrera nunca te llamó la atención. Siempre se trató de ti, ¿verdad, Justina?

La manera de expresarlo enfureció a Justina. Ese hombre pretendía hacerse con el control de la situación, utilizar su poder y su dinero para controlarla. Aquella misma mañana se había sentido sola, pero en esos momentos comprendía que había cosas peores que tener que enfrentarse sola a un embarazo no buscado. Por ejemplo, que Dante diera una orden y esperara que ella se plegara a sus deseos.

–No viajaré en tu avión –contestó con calma–. Ya tengo mi billete y tengo la intención de utilizarlo. Y antes de que me lo preguntes, voy a viajar en primera clase y estaré muy cómoda. No necesito tu dinero y lo que puede comprar, por eso siempre he ganado el mío. Por eso he sido siempre tan celosa de mi carrera y mi independencia. ¿No te has dado cuenta de que tu riqueza no me impresiona, Dante? Nunca lo ha hecho.

Hubo un tenso silencio durante el que sus miradas se fundieron en una especie de duelo silencioso de voluntades. Desde luego, pensó él, siempre había dejado muy claro que no lo necesitaba.

–Yo no intentaba impresionarte –se defendió él–. Al contrario, solo intento hacerte entrar en razón. Porque ya no se trata solo de ti y de lo que te hace feliz, aunque Dios sabe que ha sido tu objetivo principal durante tanto tiempo que no será fácil que cambies de actitud. Pareces olvidar que llevas a mi hijo en tu seno, y tengo una responsabilidad hacia ese ser.

–Pero tú no…

–Podemos hacerlo de dos maneras –la interrumpió Dante–. Puedes obligarme a arrastrarte, pataleando y chillando, hasta el vestíbulo de este hermoso hotel, con la vergüenza y la publicidad que te reportará. Una publicidad detestable para la compañía D'Arezzo, aunque si tengo que pasar por ello, lo haré, no te quepa la menor duda –tras una pausa, continuó–: O podemos hacerlo de la manera más sencilla. Tú preparas la maleta y me dejas llevarte de regreso a Inglaterra. Solo tienes que sentarte tranquilamente y dejar que ocurra. Será mucho mejor para ti, y para el bebé. Supongo que hasta tú lo comprenderás.

Justina frunció los labios temiendo hacer alguna estupidez, como echarse a llorar. Ese hombre creía que podía entrar en su habitación y tomar las riendas de su vida. Peor aún, no solo lo pensaba, iba a hacerlo con su habitual tozudez. La tenía acorralada y lo sabía, del mismo modo que sabía que las palabras de Dante eran ciertas. En efecto, era lo mejor para el bebé y ya no se trataba únicamente de ella.

Además, no podía negar el hecho de que las palabras de Dante le habían resultado en cierto modo reconfortantes. Era una sensación inquietante porque durante mucho tiempo había estado ausente de su vida. Desde hacía meses había compaginado el trabajo con los viajes mientras la barriga crecía. Había intentado convencerse de que era el ejemplo perfecto de la mujer independiente. Pero en los últimos tiempos se había sentido sola y en ocasiones, en medio de la noche, había tenido miedo.

Pero en ese preciso instante lo que sentía era cansancio, y Dante se erigía ante ella como el símbolo de todo lo que era fuerte y vital. Ceder sería muy peligroso. Todo lo que él hacía obedecía a un propósito. Dante nunca hacía nada sin exigir mucho más a cambio. Y eso era algo que no debía olvidar.

–Parece que, como siempre, vas a salirte con la tuya –contestó ella al fin.

Dante soltó una carcajada llena de amargura. ¿No se daba cuenta esa mujer de que era la causante de que él no se hubiera salido con la suya y que con ello había frenado su récord personal de éxitos? ¿No se daba cuenta de que era la única persona del mundo que había osado desafiarlo?

–Pues no deberías olvidarlo, Justina –observó–. Podría ahorrarte

muchas inútiles pataletas en el futuro.

Capítulo 6

Vives aquí?

Justina luchó contra un incontenible agotamiento mientras Dante permanecía de pie en medio del salón y soltaba la pregunta cargada de crítica. A pesar del innegable lujo del jet privado, estaba agotada tras el largo vuelo y el intenso tráfico desde el aeropuerto hasta su casa. Y en esos momentos se veía obligada a aguantar a ese hombre que dominaba su espacio íntimo, lo que le hacía sentirse aún más irritable. Deseó que se marchara y la dejara en paz, pero sabía de sobra que no se iba a ir a ninguna parte.

Porque no habían aclarado nada.

Durante el vuelo desde Singapur no habían tomado ninguna decisión sobre el bebé. Dante se había dedicado a trabajar ignorándola por completo. En su momento, Justina había agradecido el respiro de no tener que abordar un asunto tan delicado delante de la escultural azafata del avión. Había hecho un intento de trabajar un poco en su última canción, pero al fin se había rendido ante la inquietud que la dominaba. Había intentado aprovechar para repasar los motivos de la volatilidad de sus emociones, pero le había resultado prácticamente imposible conservar la calma y permanecer inmune a Dante. Renegaba del deseo que sentía cuando estaba cerca, como si su cuerpo hubiera sido programado para desearlo incluso estando embarazada. No sabía cómo deshacerse de ese sentimiento y empezaba a darse cuenta de que no iba a poder posponer la inevitable charla sobre el futuro.

–Sí, vivo aquí –contestó mientras dejaba el correo sobre la mesa–. ¿Qué le pasa?

Dante miró a su alrededor sin molestarse en disimular su desagrado. El apartamento era diáfano, lo cual era perfecto para una mujer moderna, pero no tanto para un bebé. Había demasiadas esquinas afiladas, demasiado cristal y los muebles eran de color avena, nada práctico para las manchas. Había visto muchos

apartamentos como ese, pero siempre lo dejaban indiferente. En la Toscana poseía un *palazzo* de varios siglos de antigüedad, y su apartamento de Nueva York estaba repleto de antigüedades. No le gustaba lo moderno, una diferencia más entre esa mujer y él. Ella no demostraba ningún amor por el pasado. En una ocasión le había confesado que sin duda se debía a que su pasado estaba repleto de demasiados puntos oscuros, y sin embargo el suyo era lo que le definía.

Se acercó a la ventana y contempló la cúpula de la Catedral de San Pablo y los altos rascacielos iluminados al fondo antes de volverse de nuevo hacia ella.

–Este no es lugar para un bebé.

Justina había pensado lo mismo en varias ocasiones durante los últimos meses, pero oírlo de boca de Dante era diferente que pensarlo ella misma.

–No me lo digas: un bebé solo puede ser feliz si vive en una casa monísima con rosas en el jardín –observó ella con sarcasmo–. O, como en tu caso, en un impresionante *palazzo* sobre las colinas de la Toscana.

–No seas ingenua, Justina. ¿Cuántas madres con hijos viven en este edificio?

–¿Y eso qué tiene que ver? –Justina frunció el ceño.

–Ya empiezas a condenarle al aislamiento social.

–¿A un recién nacido?

–¡Y a ti también! –le espetó Dante–. Las madres primerizas necesitan tener gente a su alrededor, por muchos motivos. ¿Y qué me dices de ese diminuto ascensor?

–¿Qué le pasa al ascensor?

–¿Cómo demonios vas a meter un cochecito ahí dentro? –preguntó él mientras miraba a su alrededor, como si buscara algo. Al fin la oscura mirada se posó nuevamente en ella–. ¿Dónde está el cochecito?

–¿El cochecito?

–Por favor –la voz de Dante adoptó un tono peligrosamente tranquilo. Parecía estar eligiendo las palabras con sumo cuidado–, por favor, dime que has comprado algo para trasladar a nuestro hijo. Dime que le has comprado una cuna y ropa, y todas esas cosas que él o ella necesitará. ¿Tienes todas esas cosas, Justina? Y si la

respuesta es afirmativa, ¿te importaría decirme dónde están?

Ella lo miró a los ojos sin haberse recuperado de la impresión de oírle hablar de «nuestro hijo», con tanta naturalidad. Lo miró a los ojos y se sorprendió de la oleada de culpabilidad que la asaltó.

–No –contestó en apenas un susurro–. Todavía no he comprado nada.

–Todavía no has comprado nada –Dante repitió sus palabras tras un momento de silencio.

Esa mujer parecía a punto de explotar de lo gorda que estaba, y no le sorprendería en absoluto que se pusiera de parto allí mismo, sobre el sofá de color avena.

–¿Por qué no? –preguntó–. ¿A qué esperas?

Las palabras sonaban como proyectiles y Justina se sentía como si se hubiera quitado el chaleco antibalas. Toda determinación se desvaneció porque, ¿cómo podría explicar que no había parado de trabajar y viajar durante las últimas treinta y cinco semanas? ¿Cómo explicarle que le aterraba rechazar cualquier encargo desde la primera vez que había contemplado espantada la rayita azul que había confirmado el embarazo? ¿Cómo explicar su obsesión por que la gente no pensara que se iba a retirar o a tomarse un respiro? Necesitaba trabajar, con o sin bebé, y esa necesidad era permanente, en parte para compensar esa sensación de inseguridad que siempre la acompañaba.

Lo más sencillo había sido llenar su vida de trabajo. Era mucho más sencillo estar ocupada que pensar en un futuro que jamás había considerado y que seguía sin ser capaz de imaginar. Pero al mirar a Dante a los ojos comprendió que esas razones podrían ser fácilmente tomadas por egoísmo. Y el egoísmo había sido la principal acusación que había lanzado siempre contra ella. La consideraba de esa clase de mujeres que se negaban a anteponer las necesidades de otras personas a las suyas propias, sobre todo se negaba a anteponer las necesidades de su hombre.

–Lo he estado aplazando –contestó al fin–. Seguramente era una forma de negación, de resistirme a creer lo que estaba sucediendo. He asistido a todo el curso de preparto…

Justina se interrumpió al recordar la humillación de esas clases. Todas las demás embarazadas habían acudido con sus parejas, unos hombres que daban orgullosas palmaditas a las barrigas de sus

mujeres y que realizaban escrupulosamente los ejercicios de respiración. Uno de ellos incluso había dejado de tomar queso y alcohol para poder compartir la experiencia de su esposa. Justina se había sentido como un bicho raro. Los demás parecían sentirse ligeramente azorados al verla sin pareja, al ver cómo se cerraba en banda cada vez que alguien le preguntaba por el padre del bebé. También recordó la inmensa sensación de soledad.

–Me parecía sencillamente irreal –continuó ella lentamente–, como si no me estuviera sucediendo a mí. Como si una mañana fuera a despertar y comprobara que todo había sido un error.

Dante la miraba fijamente y ella se preparó para un largo discurso reprobatorio por haberse negado a atender las necesidades materiales de un D’Arezzo. Pero, para su sorpresa, no hubo ningún estallido, simplemente esa oscura mirada ligeramente desesperada, lo cual era infinitamente peor. Justina pensó que nunca había estado tan lejos de ella como en esos momentos. El atlético cuerpo parecía absorber toda la luz en su habitualmente luminoso apartamento. Pero también había algo conmovedor en él y que le impedía mirar hacia otra parte.

–¿Qué haces para relajarte? –preguntó él de repente.

La pregunta había sido tan inesperada que Justina no tuvo tiempo de preparar una mentira convincente.

–No se me da muy bien relajarme –contestó encogiéndose de hombros.

–Eso se nota. Pareces agotada –continuó Dante con dulzura–. ¿Por qué no piensas en el bebé por una vez en lugar de en tu deseo de ser la número uno en las listas de ventas? Prepárate un baño. O algo. ¿No es lo que suelen hacer las mujeres para relajarse?

–Tú deberías saberlo mejor que yo –Justina estaba a punto de añadir que se prepararía un baño cuando le diera la gana, pero el teléfono de Dante empezó a sonar.

Él contestó la llamada mientras alzaba un dedo, indicándole a Justina que permaneciera en silencio. Ella consideró seriamente decirle que hablara por teléfono en otro sitio. Desde luego no iba a quedarse allí de pie, como una sumisa secretaria, mientras esperaba a que finalizara la llamada. Así pues, se dirigió al cuarto de baño y, tras echar el cerrojo, abrió los grifos de la bañera y echó un generoso chorro de espuma de lima y mandarina. Después encendió

el aparato de música y se sumergió en la bañera.

Lo primero que había hecho al trasladarse a ese apartamento años atrás, había sido instalar un sofisticado sistema de sonido que emitía música en todas las habitaciones. Eligió un disco en concreto, *Metamorphosis*, uno de los álbumes de mayor éxito de las Lollipops. Un éxito con un elevado precio a pagar.

Era el álbum que había estado escribiendo mientras se rompía su relación con Dante. Durante años no había sido capaz de escuchar las canciones, pero tenía importantes motivos para hacerlo en ese momento. Importantes no, vitales. Necesitaba regresar a ese lugar oscuro. Necesitaba recordar el dolor y la desesperación que había sentido, recordar que una ocasional punzada de soledad no era nada comparado con el dolor que había sentido en el pasado.

Permaneció sumergida en la bañera, con el brillante montículo de la barriga asomando sobre la superficie del agua, mientras la música llenaba el cuarto de baño.

Dolía. Mucho más de lo que se había esperado. La letra de una canción en particular le provocó la misma sensación que si le hubiesen echado un cubo de sal en una herida abierta y dio un respingo a medida que los recuerdos regresaban a su mente. Esa canción había sido número uno en ventas. Las mujeres la habían comprado en masa. Incluso le habían propuesto utilizarla como banda sonora de una comedia romántica, pero ella se había negado a pesar de que su agente se había enfurecido al saberlo. No soportaba verla asociada a una comedia cuando para ella representaba el peor momento de su vida. En realidad, siempre había lamentado lanzarlo como un single. La habían puesto en la radio hasta la saciedad y ella había acabado por no escuchar la radio por miedo a volverse loca.

La había escrito tras encontrar a Dante en la cama con esa rubia y había vertido todos sus sentimientos en ella porque no soportaba la vergüenza de contarle a nadie lo ocurrido. La había titulado *Ella*, y la letra seguía siendo insoportablemente dolorosa.

¿Sabe ella las palabras que pronunciabas
Tumbado en mi cama?
Tus palabras de amor se convirtieron en una calumnia
Cuando se las susurraste a ella.

Justina tenía ganas de gritar, de apagar la música y, con ella, las imágenes que le evocaba, pero se sentía incapaz de moverse. Estaba atrapada en una bañera, sintiéndose y pareciendo una ballena varada. No le quedaba ningún rastro de su habitual agilidad. De modo que cerró los ojos y esperó al final de la canción.

El agua se había enfriado cuando al fin salió con mucho cuidado, esperando que Dante hubiera captado la indirecta y se hubiera marchado.

Pero no lo había hecho. Seguía hablando por teléfono, en italiano, mientras miraba por la ventana. Debió de oírla entrar en el salón, a pesar de que iba descalza, pues se volvió y la miró con los ojos entornados.

Quizás debería haberse puesto unos vaqueros y un jersey, y no la bata de seda ajustada sobre la barriga. Pero ¿por qué iba a tener que modificar sus hábitos por él? Iba vestida para irse a la cama, y eso era lo que pensaba hacer. Con suerte, él captaría la indirecta y se marcharía.

La voz de Dante quedó reducida a un susurro antes de acabar la llamada y guardar el móvil en el bolsillo de la chaqueta.

–Pensaba que ya te habrías ido –observó ella mientras se dejaba caer torpemente en el sofá.

–Estaba escuchando la música. Y debo decir que no me sorprende que la acústica en este apartamento sea de lo mejor que he oído nunca –la sonrisa fue breve aunque condenatoria–. Explícame una cosa, ¿siempre escuchas tus canciones mientras te bañas?

Si contestaba que nunca, indicaría que su presencia aún la alteraba lo suficiente como para hacer que se comportara de una manera inhabitual en ella. Y no tenía por qué justificarse ante él.

–Eso no es asunto tuyo. Puedo escuchar la música que me plazca. Francamente, me sorprende que sigas aquí, sobre todo porque esa canción debe de haberte hecho sentir muy incómodo. Aunque quizás no –ella lo miró desafiante, a pesar de que estaba muy lejos de lo que sentía en realidad–. A lo mejor oír tus andanzas en una canción ha alimentado tu inmenso ego.

–Pues en el caso de esa canción en particular, no –contestó Dante–. Fue imperdonable por tu parte exponer nuestras

desavenencias en público.

–Quizás si no te hubieras comportado como un auténtico gusano se me habría ocurrido algo bueno que escribir sobre ti.

–¿Un auténtico gusano?

Dante entornó los ojos, pero por el modo de tamborilear con el dedo índice contra el labio, ella supo que estaba furioso.

–¿Así me ves, Justina?

Dante avanzó hacia ella con un destello en la mirada que la hizo estremecerse. En realidad, Justina hacía mucho más que estremecerse. El núcleo íntimo empezaba a desperezarse lentamente. Tenía que moverse, marcharse, pero la posición en que se hallaba tumbada en el sofá le impedía ir a ninguna parte. Y en el fondo tampoco deseaba hacerlo.

–Lo que yo piense de ti no tiene importancia.

–¿En serio?

–No. Tú ya no significas nada para mí, Dante.

Durante un instante sus miradas se encontraron y Justina contuvo la respiración mientras él rodeaba el sofá y se colocaba a su espalda, impidiéndole verlo. En el aire empezaba a percibirse una extraña tensión.

–Pues yo sí creo que tiene importancia –él deslizó un dedo por su cuello–. No te gusto mucho, ¿verdad, Justina?

–No –ella sacudió la cabeza.

–Brutal, pero sincera –murmuró él deslizando el dedo en sentido contrario, como si le fascinara esa parte del cuello en particular.

–¿Qué haces? –Justina intentó ignorar la sensación de placer que le había despertado la caricia.

–Intento hacer que te relajes –Dante empezó a masajearle los hombros–, pero no resulta fácil porque estás muy tensa, *tesoro* –observó–. Muy, muy tensa.

Justina tragó saliva. Tenía que imponerse, ordenarle que parara. Pero... ¿cómo hacer algo así cuando la sensación era tan agradable? Los dedos de Dante aflojaban la tirantez de sus hombros, disolviendo los nudos como por arte de magia. Y los pulgares empezaron a describir círculos en la nuca. Imposible resistirse. Se dijo que las caricias de esos dedos sobre su piel eran peligrosas, pero hacía tanto tiempo que no la habían tocado... desde aquella noche en Norfolk, cuando habían engendrado al bebé.

–Dante... –susurró con los ojos cerrados.

–Calla –los dedos continuaron con el rítmico movimiento–. No digas nada.

–No deberías hacer eso.

–Solo te estoy relajando.

Sin embargo, eso no era todo y él debía de saberlo. Porque la tensión del ambiente había sido sustituida por otra muy distinta. Justina lo sentía a su alrededor. Era como la electricidad que se percibía antes de una violenta tormenta. Sintió el ardiente dolor entre los muslos y el cosquilleo en los pechos, y deseó que él los tocara. Era del todo inmoral que una mujer a punto de dar a luz tuviera tamaño deseo.

«¡Haz que pare!», exclamó una voz en su cabeza.

–No creo que... –tenía la garganta tan seca que apenas podía articular palabra.

–Mejor así –la interrumpió él–. No creas nada, limítate a sentir.

Era, desde luego, lo más fácil. Pecaminosamente fácil. Las manos de Dante se hundían más y más en sus hombros y los pulgares se acercaban peligrosamente a la caja torácica. El corazón de Justina galopaba alocadamente. Tenía que haberse equivocado porque... porque no acababa de deslizar las manos sobre sus pechos, ¿o sí? Otra vez. Sin lugar a dudas.

–Dante...

–¿Te importaría cerrar el pico por una vez en tu vida? –exclamó él mientras describía círculos con el pulgar alrededor de un erguido pezón.

Justina empezó a retorcerse excitada sin poder evitarlo. Deseaba gritar su nombre. Quería que Dante rodeara el sofá, la tomara en sus brazos y empezara a besarla y a hacerle el amor. Pero él no iba a hacer tal cosa. Él iba a... a...

Dante se inclinó sobre ella y posó los labios sobre su cabeza. Justina oía perfectamente la profunda respiración, mimetizada por la suya propia. Olía el aroma a sándalo de la loción para después de afeitar y sentía el calor que emanaba de su cuerpo cuando la tocaba. Las manos se deslizaron sobre la protuberante barriga y empezaron a abrir la bata de seda. Ella sintió separársele los muslos, como si fuera una marioneta manejada por otro. Y eso era precisamente lo que estaba haciendo Dante. Empezó a dibujar

círculos sobre la parte interior de los muslos hasta que ella jadeó desesperadamente de placer. Y entonces acarició el sensible y húmedo núcleo, incendiándolo, y ella separó aún más los muslos. Un nuevo suspiro surgió de sus labios ante el familiar y anhelado movimiento de los dedos de Dante, pero al mismo tiempo sintió miedo de que fuera a pararse.

Pero no lo hizo. Continuó acariciando su punto más íntimo hasta que a ella, víctima de sus propias y urgentes necesidades, ya no le importó nada. Y gritó su nombre, como una traición.

Sucedió en un instante. Subió a la deliciosa cima, aún temerosa de no llegar. Pero Dante siempre lo ofrecía todo hasta el final. Siempre. Aunque nunca de ese modo. Retorciéndose desesperadamente en pequeños espasmos alrededor del dedo de Dante, ella emitió unos pequeños gritos que sonaban a súplica.

El tiempo transcurrió con mayor lentitud a medida que regresaba del irreal estado de dicha sin saber muy bien qué hacer a continuación. Lo único cierto era que Dante volvía a taparla con la bata para, a continuación, depositar un ligero beso sobre su cabeza.

Después rodeó el sofá y se colocó frente a ella con una expresión en el rostro que fue incapaz de descifrar aunque hubiera tenido la energía necesaria para intentarlo. Sentía las mejillas ardientes y una intensa sequedad en la boca que le dificultaba enormemente el habla. La cabeza le pesaba como el plomo, pero se obligó a mantenerla alta. No iba a acobardarse e intentar fingir que no había sucedido nada.

–¿Por qué has hecho eso?

–¿Ahora vas a decirme que has aborrecido cada instante? –él soltó una carcajada.

–Eso es irrelevante –Justina deseó que desapareciera el delatador rubor de sus mejillas y el tono ronco de su voz.

–Pues a mí me parece que es muy relevante –Dante se encogió de hombros y sus labios se curvaron en una sonrisa de innegable satisfacción–. Estabas muy tensa y por eso empecé a masajearte los hombros. Y de repente, me pareciste tan... excitada, que hice exactamente lo que tú querías que hiciera.

Durante unos segundos, ella lo miró incrédula, pero la expresión impenitente de su rostro era casi tan condenatoria como sus palabras.

–¡Eres un odioso bastardo!

–Culpable de todos los cargos –él entornó los ojos–. Pero, aunque me odies, Justina, espero que no seas tan hipócrita como para negar que aún me deseas. Lo has dejado bastante claro.

Del mismo modo que él la deseaba a ella. Justina tenía el rostro ruborizado y sus ojos emitían furiosos destellos. La tentación casi fue demasiado fuerte para Dante. ¿Sería el fin del mundo si se unía a ella sobre el sofá y empezaba a besarla? Sentía el palpitante deseo entre las piernas y se imaginó la dulzura de los femeninos dedos acariciándole ahí mismo. Se la imaginó guiándole hasta la cálida y húmeda abertura. Y se preguntó qué postura debería utilizar para que le resultara más cómodo, porque nunca le había hecho el amor a una mujer embarazada.

El deseo entabló un feroz combate con la razón. Esa mujer estaba embarazada, se recordó, embarazada de su hijo. Quizás no debería haberla tocado de ese modo, pero el inquieto contoneo del inesperadamente sensual cuerpo le había obligado a hacerlo.

–Y por mucho que odie apartarme de esa mirada asesina –Dante consultó su reloj–, tengo que irme. Mi avión ya estará listo para despegar de nuevo y regreso a los Estados Unidos.

–Eso es lo único bueno que he oído hoy de ti –Justina se ajustó la bata.

–Seguro que sí, pero no te preocupes, porque regresaré para el parto.

–No hace falta.

–Yo creo que sí. Puede que tú no me necesites, Justina, pero mi bebé sí –Dante extrajo una tarjeta de visita de su cartera y la dejó sobre la mesita–. Ahí tienes todos mis datos, incluyendo mi número privado.

–¡Madre mía, qué privilegio el mío! Aunque quizás no tanto. Me pregunto cuántas mujeres estarán en posesión de ese número.

–También encontrarás el número de mi secretaria, que ha recibido instrucciones de atenderte –continuó él con voz suave, como si la interrupción de Justina no hubiera sido más que un irritante detalle sin importancia–. Puedes llamar a Tiffany para cualquier cosa que necesites, es muy eficiente. Por lo que se ve, no eres capaz de enfrentarte a la necesidad de amueblar su habitación. Ella puede hacerlo todo desde Nueva York.

El letargo que se había apoderado de ella tras el orgasmo fue sustituido por una creciente sensación de ira. ¿Tiffany? ¿Quién demonios era Tiffany? Dante pretendía que su secretaria comprara todo lo necesario para el bebé. Y lo decía de tal manera que la hacía parecer una perfecta inútil.

Con un gran esfuerzo, Justina consiguió incorporarse ligeramente y lo miró furiosa.

–¿Y qué más hace Tiffany? –preguntó–. ¿Los extras para el jefe forman parte de sus cometidos?

–Procuro no mezclar nunca el placer con el trabajo –contestó él con frialdad–. Y no deberías alterarte tanto. Ya has tenido bastantes emociones por una tarde. ¿Por qué no intentas descansar un poco?

–Márchate –Justina cerró los ojos para no ver el hermoso rostro de Dante. Y los mantuvo cerrados hasta que oyó abrirse la puerta y volver a cerrarse instantes después.

Al abrirlos de nuevo, comprobó que él ya no estaba y suspiró. No iba a resultarle tan sencillo deshacerse de los recuerdos de lo que acababa de permitirle que le hiciera.

Capítulo 7

Dante desea saber si ha recibido el folleto, señorita Perry.

Los dedos de Justina se cerraron alrededor del teléfono mientras escuchaba las palabras de Tiffany Jones, pronunciadas con el característico acento de Nueva York, y se preguntó por qué no había dejado que saltara el contestador. Ya se sentía bastante agotada sin tener que soportar una más de las amables, y excesivamente frecuentes, llamadas provenientes de la oficina de Dante en Nueva York.

Sería degradante ceder al impulso que sentía de preguntarle a esa mujer si se estaba acostando con el padre de su hijo. Debía comportarse con la misma eficiencia y frialdad que Tiffany.

–Sí, muchas gracias, lo he recibido –contestó Justina mientras pensaba en el archivo adjunto que había recibido la semana anterior, mostrándole una serie de objetos de lujo para el más afortunado de los bebés.

–¿Y le gustó? –la voz de Tiffany tenía un toque de ansiedad–. ¿Le gustaría que encargásemos la cama y el carrito?

«¿Encargásemos?». Justina agarró el teléfono con más fuerza, imaginándose que se trataba del cuello de Dante. Resistiéndose a la urgencia de contestarle a esa mujer que en Inglaterra se decía «cuna» y «cochecito», se dirigió al más pequeño de los dos dormitorios para contemplar esos dos artículos, nuevos y relucientes. Las paredes amarillas habían sido decoradas con escenas de la jungla y un móvil de tigres y leones giraba colgado del techo. Una sonrisa de satisfacción curvó sus labios. Por todo el jaleo que estaba armando Tiffany con la decoración de la habitación, cualquiera creería que estaban hablando de neurocirugía.

–¿Podría explicarle a Dante que nada de eso será necesario? –contestó ella secamente.

–Puedo transmitírselo –contestó la secretaria algo dubitativa–, pero creo que preferiría hablar con usted personalmente, señorita Perry.

«¿Y entonces por qué no me ha llamado personalmente en lugar de pedirle a la maldita secretaria que lo hiciera?».

–Me temo que no tengo tiempo para...

–¿Justina?

La aterciopelada voz de Dante atravesó la línea y a Justina le entraron ganas de gritar. ¿Por qué nadie le hacía caso?

–¿Qué quieres? –preguntó ella sin ninguna amabilidad.

–Quiero saber cómo te sientes hoy.

–¿De verdad quieres saberlo? Estoy cansada y me siento como una ballena. Y estoy harta de tus habituales interrogatorios.

–¿Y has pensado en mis propuestas?

–He pensado largo y tendido en ellas, y mis sentimientos no han cambiado –ella respiró hondo–. No quiero a nadie a mi lado durante el parto, sobre todo a ti. No es obligatorio ir al paritorio acompañada de una pareja.

Al otro lado de la línea se oía perfectamente a Dante tamborilear sobre el receptor.

–Ya sé que no es obligatorio –contestó él–. Pero, desde luego, es preferible. No puedes hacerlo tú sola, Justina.

–Al contrario, puedo perfectamente. Y, es más, voy a hacerlo –un agudo e inquietante pinchazo en el estómago hizo que se parara en seco–. No necesito a nadie para superar un proceso perfectamente natural. Además, nosotros dos no mantenemos ninguna relación, ¿verdad?

Sus recuerdos la llevaron de vuelta a la última vez que lo había visto, cuando un, aparentemente, inocente masaje en los hombros se había convertido en un acto sensual que aún le provocaba sonrojo cada vez que pensaba en ello. No era de extrañar que la tratara como a una especie de marioneta si era así como se comportaba.

«Demuéstrale que no eres ninguna marioneta».

–Soy una mujer independiente, Dante. Por si acaso lo habías olvidado.

–¿Cómo puedo olvidarlo si no dejas de recordármelo? –preguntó él con acritud.

–Entonces, ¿por qué no me escuchas, para variar, en lugar de imponerme tu voluntad? Podría...

Un lacerante dolor surgió de su barriga, interrumpiendo la frase

y paralizándola.

–Justina, ¿sigues ahí?

La intensidad del dolor fue tan inesperada que Justina tapó el auricular del teléfono con una mano para que Dante no escuchara los jadeos al otro lado de la línea. Cuando se le pasó, habló de nuevo, con voz exageradamente alegre.

–Lo siento... creía haber oído a alguien en la puerta.

–¿Estás bien? –se notaba que Dante no se lo creía.

–Estoy bien.

–¿Cuándo viste al médico por última vez?

–El día que tenía que verlo, la semana pasada. Tengo todas mis citas apuntadas en la agenda y no me he saltado ni una. ¿Quieres dejar de darme la lata? –exclamó exasperada–. Soy perfectamente capaz de tener un bebé sin que tú me vigiles cada cinco minutos como si fueras una comadrona desquiciada. Tengo que colgar, estoy escribiendo una canción y necesito apuntar la letra antes de que se me vaya de la cabeza. No te preocupes, Dante, en cuanto haya noticias te las haré llegar.

Justina colgó sin permitirle decir nada y se acercó a la ventana. Intentaba deshacerse de la extraña inquietud que sentía y del poder que tenía ese hombre para desestabilizarla. Lo que menos necesitaba en esos momentos era sentirse más inquieta de lo que ya se sentía, y tampoco podía ser bueno para el bebé. Sentía una gran opresión. Llevaba una semana lloviendo y no había salido de su casa, pero tampoco le apetecía enfrentarse a los elementos de la naturaleza.

Debería ver una película, o leer un libro, el último éxito de ventas que se había comprado y cuyo protagonista parecía desear emular al marqués de Sade. Era consciente de que la relajación era esencial en esa última etapa del embarazo, pero su elevado sentido de la responsabilidad le hacía sentirse culpable si no estaba ocupada.

Encendió el televisor y se detuvo en un canal en el que una mujer gritaba unos incomprensibles insultos a un hombre. Aunque al principio resultaba divertido, al cabo de unos minutos pasó a ser inquietante, porque el motivo de la frustración de esa mujer era que el hombre se negaba a darle lo que ella le pedía: amor.

«Yo nunca seré como esa mujer», se juró decidida mientras otra

aguda punzada de dolor parecía atravesarle el abdomen. «Nunca esperaré de un hombre algo que jamás podrá darme, porque esa es la receta de la infelicidad». Era mucho mejor ser independiente y libre de cualquier dolor emocional.

Sin embargo, en esos momentos estaba más pendiente de otro dolor, un dolor físico que la tomó por sorpresa. Era tan fuerte que tuvo que quedarse inmóvil, aferrándose al respaldo del sofá. Pero no fue hasta que empezaron a repetirse con regularidad cuando comprendió que estaba de parto.

Intentó mantener la calma y recordar lo que debía hacer. «Quédate en casa todo el tiempo que puedas. Cronometra las contracciones y llama al hospital». Una nueva contracción pareció partirla por la mitad y, jadeando, llamó al hospital para hablar con una comadrona.

–Véngase ya –contestó la otra mujer–. ¿La acompaña alguien?

–Voy de camino –contestó Justina, evitando la incómoda pregunta.

Pero en el hospital volvieron a hacérsela mientras la tumbaban en la cama de la habitación y le tomaban la tensión.

–¿El padre del bebé está en camino, señorita Perry?

–No –Justina sacudió la cabeza–. Está en Nueva York.

–¿Sabe que está de parto?

Justina se imaginó a Dante viéndola en ese estado y pensó en cómo había sido un capricho del destino lo que les había unido. ¿No le había explicado que era una mujer independiente y que no le necesitaba? Pues no había sido una fanfarronería, lo había dicho en serio.

–No, no lo sabe –ella sacudió la cabeza.

–Alguien de aquí podría...

–No quiero que esté aquí –la interrumpió Justina.

¿Fue su imaginación o la comadrona cruzó una mirada de desaprobación con su alumna? No pudo reflexionar más sobre juicios morales porque otra punzada de dolor, tan fuerte que anuló todo lo demás, la atenazó nuevamente.

El tiempo pareció ralentizarse y Justina se sentía desorientada, únicamente las puntuales contracciones le devolvían a una cruda realidad. Las horas pasaron inmersas en el dolor mientras intentaba recordar lo que había aprendido en las clases de parto. Caminó por

la habitación, se puso a cuatro patas. Intentó no jadear, pero le resultó imposible cuando la comadrona la examinó y anunció que había entrado en la «segunda fase».

–¡Me da igual en qué fase estoy! ¡Solo quiero que salga el maldito bebé! –gritó Justina.

Oyó jaleo junto a la puerta y a la alumna de la comadrona hablar con alguien. Alguien que hablaba con un marcado acento italiano en un tono de voz exigente.

–Pregúntele, por favor.

La joven se acercó a la cama de Justina con las mejillas sonrojadas.

–Hay un hombre ahí fuera que dice ser el padre de su bebé y que quiere entrar. Dice que se llama Dante D'Arezzo y que le pregunte si puede pasar.

En un breve respiro entre dos contracciones, a Justina se le ocurrió que seguramente era la primera vez que Dante había tenido que pedir algo sin tener garantizada la respuesta deseada. De repente, sus motivos para excluirle del parto parecieron nimios al lado de lo que estaba sucediendo. Miró hacia la puerta y lo vio, más de un metro ochenta y cinco de pura determinación. Y fuerza, comprendió al calibrar la tensión que evidenciaban sus hombros. ¿Y no le iría bien un poco de esa fuerza en esos momentos?

–Que pase –cedió con voz ronca.

Dante debía de haberla oído, pues en menos de un segundo estuvo a su lado, mirándola con expresión impenetrable. Sin embargo, las palabras de recriminación que ella había esperado escuchar de su boca no surgieron y se limitó a retirarle del rostro un mechón de húmedo cabello con suma dulzura.

–Ya estoy aquí –anunció a modo de saludo.

–¿Y se supone que debe hacerme sentir mejor?

–Eso espero.

Pero, por algún motivo, le hizo sentirse peor.

–Dante, yo no quería...

–Calla. Da igual. Estoy aquí –repitió él–. Y eso es lo único que importa.

–Duele mucho –Justina tragó con dificultad.

–Entonces agárrate a mí. Adelante, agárrate con todas tus fuerzas. Hazme daño, si eso te alivia.

Ella se dijo que era una estupidez querer agarrarse a él. Agarrarle tan fuerte que él nunca la dejara marchar. Todas sus inhibiciones parecían esfumarse a medida que las necesidades de su cuerpo tomaban el mando, y por eso se agarró a él como el ahogado se agarra a una rama que pasa flotando.

–Tengo calor –se quejó.

–Pues quítate el camisón –los labios de Dante se curvaron en una sonrisa–. A fin de cuentas no te sienta demasiado bien.

Ella casi consiguió sonreír mientras se quitaba el empapado camisón del hospital con la ayuda de Dante. El aire fresco supuso un alivio sobre la sudorosa piel, pero una nueva contracción tomó el protagonismo y cuando al fin pudo articular palabra, soltó todos los temores que amenazaban con desbordarla.

–Tengo mucho miedo de que algo salga mal.

–Es casi imposible que algo salga mal –Dante la envolvió en su oscura mirada y le acarició los labios con la mano que le quedaba libre–. Estás en las mejores manos posibles, y lo sabes, Jus. Me lo has repetido hasta la saciedad. ¿Cómo lo explicabas? Se trata de un proceso perfectamente natural que atraviesan las mujeres desde el principio de los tiempos.

¿De verdad había dicho eso? ¿De verdad había parecido tan estúpidamente confiada cuando en esos momentos estaba tan nerviosa como un niño el primer día de colegio?

–¡Quiero empujar! –las uñas se clavaron en la mano de Dante.

–Pues entonces empuja, *tesoro* –la urgió Dante con dulzura tras intercambiar una mirada con la comadrona–. Adelante y empuja todo lo que quieras.

–¡Aaaah!

El grito de angustia llenó a Dante de impotencia. Jamás en su vida se había sentido más inútil. La frustración lo dominaba viéndola allí, retorciéndose de dolor, pero aun así hizo lo poco que pudo para ayudarla. Le retiraba el cabello del rostro cuando ella sacudía la cabeza violentamente contra la almohada, y le mojaba las sienes con agua fresca que le arrancaba un breve gemido de gratitud, aunque muy breve.

De repente la tensión se disparó, junto con el creciente volumen de los gritos de Justina. Dante observó las ágiles maniobras de las comadronas, aunque una de ellas hizo una pausa para alzar la

cabeza.

–¿Le gustaría ver nacer a su bebé, señor D'Arezzo?

Dante consultó a Justina con la mirada y ella asintió. Durante un segundo pensó que iba a contestarle algo ingenioso y quizás si no hubiese estado en medio del parto lo habría hecho. Sin embargo, Justina se limitó a cerrar los ojos y tensar el rostro.

Todo sucedió muy deprisa. El aire se llenó de improperios y gritos mientras Justina daba un fuerte empujón. Dante se quedó sin aliento al ver surgir una mata de oscuros cabellos seguida de la aparición, casi mágica, de un bebé magullado y cubierto de sangre. Y sintió una enorme opresión en el pecho cuando ese bebé abrió la boca y emitió un alarido.

–¡Es un niño! –anunció alguien.

Colocaron a la resbaladiza criatura en los brazos de su padre mientras cortaban el cordón umbilical. Dante apenas podía respirar. Era su bebé. Su hijo. Diminuto e indefenso. Sentía las lágrimas escociéndole en los ojos mientras la comadrona tomaba a su hijo y lo limpiaba antes de colocarlo junto al pecho de Justina, del que enseguida empezó a mamar con la mirada fija en los ojos de su madre, como si se conocieran desde hacía mucho tiempo. En silencio, Dante observó a Justina acariciar la suave mejilla del bebé y ofrecerle una sonrisa de complicidad.

Y nunca jamás, como en ese momento, deseó tanto a esa mujer.

Capítulo 8

Justina observaba a Dante, con la cabeza agachada, manipular con sorprendente destreza al diminuto bebé. Era increíble lo cuidadoso y tierno que podía ser ese hombre. Trataba a Nico como si fuera de porcelana y no de carne y hueso. De vez en cuando, la expresión de concentración de su rostro se suavizaba y sonreía a su hijo con suma ternura mientras pronunciaba algunas palabras en italiano. Al verlo, ella sintió una indeseada emoción que se acercaba peligrosamente a la nostalgia.

Contemplando la brillante cabellera negra de Dante, obligó a sus pensamientos a alejarse del sentimentalismo y regresar a lo puramente práctico.

–Jamás pensé que te vería cambiar un pañal –observó.

Dante besó la barriguita de Nico antes de levantar la vista para mirar a Justina, que lo observaba sentada en el sofá con expresión de sereno interés. Era increíble que hubiera dado a luz hacía menos de un mes pues, aunque desde luego lucía más curvas que antes, seguía delgada como un junco. Llevaba el cabello recogido en una coleta que le caía sobre uno de los hombros y el rostro totalmente desprovisto de maquillaje. Aun así, no había visto a una mujer más deseable que ella. Su piel era suave y clara, y los ojos brillantes. Se le ocurrió que debía de tratarse de algún mecanismo de la Madre Naturaleza para conseguir que un hombre sintiera un abrumador deseo hacia la mujer que acababa de alumbrar a su hijo.

–Cambiar pañales no es difícil –contestó él mientras tomaba al adormilado Nico en sus brazos y lo acostaba en la cunita.

–Eso es evidente –observó Justina mientras deseaba que Dante no se mostrara tan razonable.

Se trataba de Dante, recordó. El poderoso Dante, que no hacía ni decía nada sin un buen motivo.

–Claro que yo pensaba que un macho como tú...

–Haces que parezca uno de esos tipos que llevan el pecho desnudo y una gruesa cadena colgada del cuello. No hay nada

escrito que diga que el más masculino de los hombres no pueda manejar a su propio bebé –Dante se encogió de hombros–. Aunque es cierto que en la época de mi padre las cosas eran diferentes. Estoy seguro de que no cambió un pañal en su vida.

Justina se dispuso a doblar una de las diminutas camisetas de Nico. Las palabras de Dante la obligaron a enfrentarse a algo que habían estado evitando hasta entonces.

–No me has dicho cómo ha reaccionado tu familia a la noticia. Porque supongo que se lo habrás dicho…

–Por supuesto. Les llamé la noche en que nació –la mirada de Dante se suavizó al recordarlo–. Mi madre está loca de contenta. Es su primer nieto y está ansiosa por conocerle. Toda mi familia lo está.

Justina asintió. Era lógico que lo estuvieran, tenían derecho a estarlo. También era consciente de que no podía seguir retrasando la inevitable reunión. Desde el nacimiento de Nico, tenía la sensación de vivir en una burbuja, una sensación reforzada por la inesperada ayuda de Dante. A lo mejor le preocupaba que fuera incapaz de ocuparse ella sola del bebé, o que cayera en una depresión postparto. A lo mejor por eso se había trasladado desde Nueva York a Londres, instalándose en una habitación del cercano hotel Vinoly para poder ver a su hijo a diario.

Nada más regresar a casa del hospital, había recibido un gran ramo de flores, gardenias, rosas, estefanotes y muguetes, que apenas cabía por la puerta. El aroma que desprendía había resultado embriagador y la breve nota de agradecimiento que lo acompañaba casi había logrado que se le saltaran las lágrimas. Sin embargo, lo último que quería hacer era llorar. Siempre era lo último. Llorar te volvía débil y nunca había necesitado de su fortaleza tanto como en esos momentos.

Recordó haberse enfrentado a Dante como si lo que le hubiese enviado hubiera sido una caja de explosivos, consciente del repentino temblor de las manos al acariciar los blancos pétalos.

–¿Por qué me has enviado flores?

–¿No es lo habitual que el padre envíe flores a la madre del bebé?

Justina había sacudido la cabeza. Por supuesto que era normal, pero ellos dos no eran una pareja normal. Nada entre ellos lo era. El

bebé había sido engendrado por dos personas que ya no estaban juntas. Dos personas que ni siquiera se gustaban. Dante no era un hombre en quien poder confiar y no debía olvidarlo nunca. Quizás la estuviera envolviendo en dulces palabras y consideraciones, pero si lo hacía era por algún motivo. Y, al parecer, acababa de aparecer uno de esos motivos.

–¿Quieres decir que tu madre quiere venir? –Justina respiró hondo y lo miró a los ojos.

–Mi madre odia viajar –Dante sacudió la cabeza–. Estaba pensando que tú y yo podríamos llevar a Nico a la Toscana. Creo que ya es hora de que conozca sus raíces italianas.

Justina quiso protestar. Alegar que un bebé de cuatro semanas no se daría cuenta ni de en qué país estaba. Pero conocía a Dante lo bastante bien como para saber que sus palabras caerían en oídos sordos. Siempre había sido un apasionado de su tierra natal, y nada de lo que pudiera decirle iba a cambiarlo. En realidad, le sorprendía que hubiera tardado tanto en sacar el tema. «Por eso se ha estado mostrando tan inusualmente atento», se dijo a sí misma. Las flores, los cambios de pañales y la insistencia en que se relajara con un baño mientras él cuidaba de Nico, no eran más que balas envueltas en terciopelo en su batalla por conseguir lo que quería.

Pero, a pesar de la sensación de haber sido manipulada, Justina no tenía intención de rechazar su propuesta, por difícil que le resultara regresar al hogar familiar de Dante. Nico necesitaba una familia, y la suya jamás iba a pasar de la línea de salida.

–¿Todavía me odian? –preguntó en un tono de voz que le resultó totalmente ajeno.

–Opino que esa manera tan emotiva de exponer la situación está totalmente fuera de lugar, Justina.

–Yo pensaba que una de tus quejas hacia mí era que no me mostraba lo suficientemente emotiva.

Esa había sido la principal acusación que siempre había vertido contra ella, normalmente a gritos y justo antes de partir de gira.

–Recuerdo que me decías que una mujer que tuviera corazón no dejaría a su hombre para irse de gira.

Dante la miró fijamente a los ojos ambarinos. Era cierto que le había resultado difícil asimilar que soportara estar alejada de él tanto tiempo. Al principio había pensado que con el tiempo su

carrera perdería atractivo frente al hombre al que aseguraba amar. Sin embargo, al parecer no había sido así. Justina se había negado a relajar sus ambiciones y él se había mostrado cada vez más impaciente ante sus frecuentes ausencias. Al final, las ausencias fueron las que erosionaron su relación y las reconciliaciones se habían empleado, en gran parte, en volver a conocerse. En ocasiones, la sensación había sido de caminar marcha atrás. Y al final, el inevitable ultimátum había surgido cargado de furia.

–Mi familia no te odia –le aseguró él con calma.

–Pues no me hicieron sentir muy bien acogida cuando les conocí –se quejó ella tras una pausa, con la voz cargada de nuevo de cierta inseguridad.

–Creo que lo intentaron, lo hicieron lo mejor que pudieron –Dante se agachó sobre la cuna y acarició la cabecita de Nico–. Pero mi madre es una mujer anticuada que no aprobaba tu elección profesional y todo lo que llevaba aparejada.

–¡De tal palo, tal astilla! –observó ella con amargura, aunque era cierto que la madre de Dante no había sido la única en oponerse. El hermano, Luigi, tampoco lo había aprobado, y los primos D'Arezzo se habían manifestado en el mismo sentido.

Su mente regresó a la fiesta de bienvenida que le habían ofrecido durante su primera, y única, visita a la propiedad de los D'Arezzo. ¡Ojalá la hermana de Dante no hubiera insistido en mostrarles a todos el último videoclip de las Lollipops! Justina recordó a toda la familia contemplando horrorizada sus evoluciones ante la pantalla, vestida únicamente con un pequeño tutú y un diminuto chaleco. Después de aquello la habían tratado como si fuera una especie de cabaretera y no la compositora y cantante que era.

–Ellos no creían que yo fuera la persona adecuada para ti –añadió–. No cumplía los requisitos. Y, por supuesto, ser inglesa no mejoraba mi situación.

–Todas las madres italianas desean que sus hijos se casen con una chica italiana –Dante se encogió de hombros.

–Sobre todo si tienes frente a ti a una don nadie ilegítima cuya madre es famosa por destrozar un matrimonio tras otro.

–Creo que mi madre se preguntó cómo iba a funcionar nuestra relación si tú te dedicabas a viajar por todo el mundo –tras una

pausa, los ojos negros centellearon inquisitivos–. Y debes admitir que no le faltaba razón.

Justina miró a Nico durmiendo en la cuna e intentó imaginarse a Dante así de diminuto una vez.

–¿Y cómo reaccionó cuando descubrió quién era la madre de tu hijo?

Dante dudó un instante mientras intentaba encontrar las palabras que mejor describieran la reacción de su madre. Había esperado ira, rabia. Un discurso sobre la inglesa que había protagonizado ese vídeo promocional tan soez y que se había mostrado medio desnuda ante todo el mundo. Había esperado un dramático estallido sobre su afán de protagonismo y la manera en que había comprometido a su poderoso hijo quedándose embarazada.

Sin embargo, no había contado con los efectos apaciguadores de la edad, ni con el primitivo deseo de ver continuada la estirpe familiar. Su madre se había quedado viuda hacía muchos años y Dante era su hijo mayor. Era lógico que fuera el padre del primer bebé nacido en la familia, le había asegurado. La idea de toda una nueva generación de D'Arezzo había bastado para suavizar el impacto de la identidad de la madre, y el hecho de que no estuvieran casados.

–Aunque, por supuesto, tendrás que casarte con ella –había sentenciado finalmente–. Si este bebé es un D'Arezzo, deberá ser legítimo.

Dante recordó la sonrisa de su madre. Era la sonrisa de una mujer consciente de que cientos de candidatas se casarían con su hijo sin dudarlo un instante. Pero él sabía que no sería tan sencillo, no con Justina. La mayoría de las mujeres mataría por casarse con un D'Arezzo, pero no esa mujer que se enorgullecía de su independencia. Una mujer que no le encontraba ningún sentido a casarse por el bien de un bebé, sobre todo dado el fracaso de su relación la primera vez. Aun así, había un hecho irrefutable: el feroz orgullo familiar no permitiría que su hijo fuera ilegítimo.

–¿Dante?

–¿Sí? –Dante levantó la cabeza.

–Te he preguntado cómo reaccionó tu madre cuando le anunciaste que era abuela.

–Como todas las abuelas, supongo. Contenta y emocionada. Supongo que la tuya hizo lo mismo.

–¿Bromeas? –Justina retorció un mechón de sus cabellos entre los dedos–. Cree que es demasiado joven para ser abuela.

A pesar de la desenfadada respuesta, Dante percibió un destello de tristeza en los ojos de Justina y sintió una oleada de rabia. ¿No podía haberse comportado esa mujer con normalidad por una vez en su vida? ¿No podía haber estado allí para su hija?

–¿Le ha comprado algo a Nico?

–Un servilletero de plata que seguramente no utilizará jamás –Justina soltó una carcajada.

–Vamos a tener que hacerle el pasaporte enseguida –anunció Dante de repente–. Si vamos a llevarle a la Toscana...

Acababan de pasar de una conversación sobre un hipotético viaje a la Toscana a sacarle el pasaporte. Muy típico de Dante. Primero lo intentaba con discreción, antes de pasar a la coacción, pero al final el resultado era siempre el mismo: conseguía exactamente lo que quería.

Los planes para el viaje se pusieron en marcha y Justina decidió comprarse ropa nueva. Después de meses llevando ropas amplias y sueltas, deseaba ponerse algo normal y favorecedor. Pero había algo más. La última vez que había visto a la *signora* D'Arezzo, estaba en lo más alto de la fama y vestía como una estrella del pop, pero casi seis años después sus gustos habían cambiado. Seguía vistiendo a la moda, pero menos llamativa.

Llenó la cesta de la compra de seda y cachemir y añadió algo de ropa interior nueva. Intentó convencerse de que el motivo era el cambio de talla que había experimentado, pero se sintió ruborizar al imaginarse a Dante arrancándole un tanga de raso.

Cargados con las cosas del bebé, se dirigieron a un aeródromo privado a las afueras de Londres donde les esperaba el jet D'Arezzo. Abandonaron Inglaterra en un día gris y lluvioso y aterrizaron en la Toscana donde únicamente unas pocas nubes flotaban en el cielo azul. Justina intentó recordar cuándo había sido la última vez que había disfrutado de algo parecido a unas vacaciones.

En el aeropuerto de Pisa pasaron rápidamente los controles de

aduanas recibiendo toda clase de adulaciones. Justina no había recibido un tratamiento parecido desde sus últimas giras con las Lollipops, pero aquel era el territorio de Dante, recordó. La gente lo conocía. Lo reverenciaba y lo respetaba. La familia D'Arezzo había vivido en la región desde hacía siglos, y su aspecto aristocrático nunca había resultado tan evidente como cuando la gente lo paraba para hacer algún comentario halagador sobre el bebé.

Caminando varios pasos tras él, al verlo transportar a Nico, se sintió algo melancólica. Todos sonreían resplandecientes y acariciaban los rizos negros del bebé. Pero también la miraban a ella de soslayo y no faltaban las ojeadas a su mano izquierda, donde no se percibía ningún anillo o alianza que denotara alguna relación con Dante D'Arezzo.

«A lo mejor creen que soy la niñera», pensó Justina mientras se dirigían hacia el coche que les aguardaba. Se acarició la chaqueta de seda que llevaba sobre los pantalones vaqueros para recordarse quién era en realidad. La chaqueta se la había comprado con su dinero. Era autosuficiente y estaba orgullosa de ello.

–¿Estás bien? –preguntó Dante tras ajustar el cinturón de seguridad del coche en torno al capazo de Nico.

–Estoy bien –contestó ella mientras intentaba ignorar el revuelo de mariposas que sentía en el estómago.

–Estás estupenda –observó él con dulzura tras arrancar el coche.

–¿En serio? –el cumplido la pilló por sorpresa y Justina levantó la vista, horrorizada ante la simpleza de su reacción.

–Desde luego. Nadie diría que acabas de tener un bebé.

–Hasta que ven al bebé –bromeó ella en un intento de olvidar el cosquilleo que sentía en la piel.

Recordó que ese hombre era un especialista en hacer que las mujeres se sintieran el centro del universo. «Es un jugador, y los jugadores hacen esas cosas. Se acostó con otra apenas una semana después de haber roto el compromiso. Ese no es comportamiento para un hombre que juró amarte a ti y solamente a ti».

Pensó en todas las cosas que no se habían dicho. Pensó en la extraña intimidad que habían compartido durante el nacimiento de Nico, cuando Dante había permanecido a su lado de un modo que jamás habría pensado. Se había mostrado fuerte y cariñoso, y en esos momentos tan emotivos, había vuelto a sentirse cerca de él.

Había creído que no le gustaría tenerle a su lado, pero en esos momentos no se imaginaba lo que habría sido aquello si no hubiera estado.

Pero también había cosas que habían permanecido sin decir, cosas de las que no se sentía orgullosa. Ninguno de ellos había mencionado el erótico encuentro en el sofá, tras el que Dante se había marchado del apartamento como si no hubiera sucedido nada. Desde entonces no había dado ningún paso hacia ella, ni siquiera después de que su cuerpo hubiera recuperado la forma habitual y que tuvieran establecida una rutina en torno a Nico.

No dejaba de recordarse que la ausencia de intimidad física era lo mejor. Cuando un hombre te estaba haciendo el amor era muy fácil construirse unos sueños. Sin embargo, todos esos razonamientos no le impedían desearlo ni ser muy consciente de su presencia. Era como si su cuerpo hubiera sido programado para excitarse cada vez que él se le acercara.

Contempló el paisaje a través de la ventanilla del coche e intentó concentrarse en la belleza de la Toscana. Lo más importante en esos momentos era ser una buena madre para su bebé.

Al poco rato la autovía dio paso a unas carreteras más rurales y, aunque habían pasado más de cinco años desde la última visita, a Justina le sorprendió lo familiar que le resultaba todo. El hogar de los D’Arezzo no era visible desde la carretera, fundamentalmente porque los jardines habían sido dispuestos de tal manera que el edificio se fundiera con su entorno. Un largo paseo conducía hasta la casa tras la cual se levantaban unas verdes colinas atestadas de olivos centenarios y una gran variedad de árboles frutales. Un poco más abajo se divisaban los galardonados viñedos D’Arezzo.

El *palazzo* se hizo evidente con sus muros dorados y contraventanas. Justina levantó la vista hacia la torre del reloj y las alas que habían sido añadidas a lo largo de los años, y no pudo evitar sentirse impresionada, tal y como lo había estado la primera vez que había posado sus ojos en el edificio. Ante ella se erguían siglos de estabilidad y continuidad, y un lugar destacado en la comunidad. Eran cosas que ella no había tenido jamás y sintió un nudo en la garganta al comprender que no se trataba únicamente de la herencia de Dante, sino también de la de Nico. Su sangre le convertía en parte de ese lugar y no tenía derecho a negarle su

herencia.

El coche se detuvo en el patio y a Justina le sorprendió ver a la madre de Dante esperándoles ante la puerta. La última vez que había estado allí, habían sido recibidos por la gobernanta y la reunión con Beatrix D'Arezzo se había aplazado hasta el momento de la cena.

Justina observó atentamente a Dante llevar a Nico en presencia de su madre y se quedó un poco atrás mientras Beatrix se inclinaba expectante hacia el bebé. Le vio acariciar su mejilla antes de exclamar:

–*Caspita, e uguale a suo padre*!

Justina sonrió mientras Beatrix se acercaba a saludarla. Del cursillo acelerado de italiano que había seguido años atrás solo le habían quedado unas pocas y rudimentarias palabras, pero suficientes para comprender las pronunciadas por la madre de Dante. Desde luego, Nico era la viva imagen de su padre.

–¡Justina! –exclamó la mujer más mayor con una sonrisa–. Bienvenida otra vez. Y felicidades por el nacimiento de este bebé tan hermoso.

Las palabras parecían sinceras y Justina asintió, muy consciente de ser observada por Dante.

–*Mille grazie, signora* D'Arezzo –contestó con una sonrisa–. Es precioso, ¿verdad?

–Desde luego que lo es, y la viva imagen de su padre a la misma edad –observó Beatrix–. Pero tú pareces cansada, Justina. Viajar siempre resulta agotador, sobre todo para una madre tan reciente. ¿Te gustaría que te enseñara tus habitaciones por si quieres instalarte?

–Eso sería maravilloso –Justina sonrió agradecida–. Gracias.

–¿Dante? –la señora D'Arezzo se volvió hacia su hijo y pronunció unas palabras en italiano antes de volverse de nuevo hacia Justina–. Hace mucho tiempo que no tenemos ningún bebé por aquí, pero haremos todo lo posible para que estéis cómodos.

Lo que más afectó a Justina fue la amabilidad de Beatrix. O quizás era algo más complejo, porque la madre de Dante exhibía hacia ella un cariño maternal al que no estaba acostumbrada. Su madre nunca había sido muy dada a los abrazos, a no ser que fueran dirigidos hacia un hombre con una gran billetera. Había

tratado a su hija más como a un adorno que como a una persona real, y esa era una de las cosas que Justina estaba decidida a no repetir con su bebé. Estaba decidida a demostrarle su amor desde el principio.

Siguió a Dante, que llevaba al bebé, por los serpenteantes pasillos de la villa hasta unas enormes puertas de madera. Al otro lado estaba la estancia principal de la suite, de altos y abovedados techos. Una de las paredes estaba cubierta de libros antiguos y una enorme chimenea, lo bastante grande como para asar un jabalí entero. Las ventanas, en las otras tres paredes, dominaban el paisaje toscano y ella suspiró de placer.

–¿Te gusta? –preguntó Dante.

–¿Cómo no iba a gustarme? –ella contempló los cuadros, el mobiliario en tonos oscuros, las alfombras de seda–. Es un lugar de ensueño.

Dante señaló una puerta a través de la cual se veía una cuna antigua sobre la que se sentaba un desgastado osito de peluche.

–Nico dormirá aquí, es evidente –él sonrió–. ¿Te gustaría ver dónde dormiremos nosotros?

Al principio, Justina creyó no haberlo comprendido. Sin embargo, su corazón empezó a latir alocadamente cuando él abrió otra puerta y le mostró una habitación dominada por una enorme cama.

–¿Vamos a compartir la habitación? –ella soltó una risita nerviosa–. ¿Bromeas?

–En absoluto –Dante se encogió de hombros sin asomo de vergüenza–. Mi madre se esfuerza en ser una mujer moderna y nos ha puesto juntos porque cree que somos pareja.

–¿Y no se te ha ocurrido ilustrarle sobre el hecho de que no lo somos?

–Desde luego no le he explicado que estamos aquí por culpa de un revolcón de una noche, si es eso lo que quieres decir –la respuesta de Dante fue brutal e hiriente.

¿Lo había hecho intencionadamente?

–Qué curioso que la última vez que estuvimos aquí como pareja, nos alojábamos cada uno en una punta de la casa –observó ella con gran esfuerzo por el nudo que sentía en la garganta–. Tenías que colarte furtivamente en mi habitación por las noches.

–Pues no recuerdo que pusieras demasiadas objeciones, *tesoro*. En realidad, si no recuerdo mal, el toque furtivo te excitaba.

Justina se abstuvo de contestar que no había sido el furtivismo lo que le había excitado, había sido él. Dante solo había necesitado mirarla para que ella se sintiera derretir de deseo. Lo miró a los burlones ojos y el repentino vuelco de su estómago le confirmó que nada había cambiado. Seguía siendo capaz de ponerla en marcha con una mirada. Y eso era muy peligroso, dada la proximidad que iban a disfrutar. Por un lado, era lo bastante sincera como para admitir que se sentía desesperada por practicar sexo con él, pero por otro lado era muy consciente de que se trataba de una auténtica locura.

Nico se removió y ella alargó los brazos para tomarlo, aliviada por poder apoyar la ardiente mejilla en la suave cabecita.

–Será mejor que le dé el pecho –observó.

Dante asintió. No le había pasado desapercibida la mirada confusa que había nublado los ambarinos ojos y se preguntó con cuánta fuerza iba a luchar contra él. Contra ella misma.

–¿Por qué no lo haces ahí? –preguntó señalando una vieja mecedora situada frente a una ventana–. Mientras, yo desharé el equipaje.

Justina llevó a Nico hasta la ventana, dedicándole dulces palabras antes de desabrocharse la blusa de seda y acercarle al pecho. Era la primera vez que se sentaba en una mecedora y el crujiente ritmo resultó extrañamente sedante. Le hacía sentirse segura. Cediendo a la ensoñación, acarició la cabecita del bebé mientras a sus espaldas oía a Dante abrir cajones y cerrar armarios.

Para cuando el bebé hubo terminado, Dante estaba de regreso y la observaba atentamente. Su mirada era dulce y ardiente y, de repente, ella se sintió casi tímida. ¿Cómo era posible sentir timidez después de lo que había sucedido entre ellos?

–¿Qué miras? –optó por reaccionar con descaro.

–Te miro a ti. Estás increíble. Como una *madonna*. Una *madonna* vestida con vaqueros.

–¿Te importaría dejarlo ya? –Justina sentía arder las mejillas–. Estoy ocupada alimentando a tu hijo.

–Y lo haces muy bien.

–Se trata de una función biológica, Dante –contestó ella

secamente–. Lo hacen todas las mujeres.

Y, sin embargo, no todas las mujeres lo hacían y Dante lo sabía. Una vez más, Justina le había sorprendido. Había llegado a pensar que iría a destetar a Nico y dejarlo en manos de una niñera para poder concentrarse en escribir canciones. Pero no lo había hecho. Había abrazado la maternidad con un entusiasmo que jamás se habría imaginado en ella. Y precisamente por eso, toda la escena adquiría un tinte más milagroso. Justina sentada en una mecedora en el *palazzo* de los D'Arezzo, dando de mamar al bebé. Parecía estar a años luz de aquella seductora que solía saltar al escenario ante el rugido de admiración de sus miles de fans.

No dejó de observarla mientras acostaba a Nico, pero sintió la tensión que se instaló en ella al apartarse de la cuna, como si se hubiera alejado de su zona de confort. No quería que estuviera tensa. La quería dulce y relajada, como se la había imaginado en sus fantasías últimamente.

–El cuarto de baño está ahí –le explicó–. Quizás te apetezca refrescarte un poco.

Feliz de poder escapar del escrutinio de los ojos negros, Justina se dirigió al cuarto de baño, donde se desnudó y se duchó mientras intentaba sacarse a Dante de la cabeza, lo cual era más fácil de decir que de hacer cuando el deseo insistía en llenar su mente de oscuros y peligrosos pensamientos.

Regresó al dormitorio envuelta únicamente en una toalla y encontró a Dante todavía allí, mirándola con expresión insondable. Pensó que debería decir algo así como «No sabía que aún estuvieras aquí», pero habría sido una mentira. ¿Dónde iba a estar si se suponía que compartían el dormitorio?

–¿Está bien Nico? –preguntó torpemente.

Durante unos segundos, Dante permaneció inmóvil y cuando al fin asintió, Justina percibió que el atlético cuerpo estaba tan tenso como se sentía ella.

–Profundamente dormido. ¿Quieres verlo?

Asintiendo, ella lo siguió hasta el dormitorio contiguo, donde su hijo dormía en una cuna antigua de madera muy oscura que destacaba contra las inmaculadamente blancas sábanas. Durante unos segundos se limitó a observar el lento y rítmico movimiento del pequeño pecho, maravillándose al imaginarse el diminuto

corazón que latía en su interior, y el hecho de que Dante y ella habían creado ese milagro viviente. La hermosa criatura había surgido de un descuidado acto de pasión.

De repente se preguntó qué iba a ser de la vida de Nico. ¿Iba a sufrir como ella había hecho por la unión entre un hombre y una mujer, igual que se habían unido Dante y ella? No habían pensado en las consecuencias de sus actos, solo habían pensado en el fuego de la pasión del momento y en el abrumador deseo. De pequeña había odiado su ilegitimidad y, sin embargo, había legado ese mismo dolor a su hijo.

Sin poder contener un pequeño gemido, se volvió y salió del dormitorio, apenas consciente de que Dante la seguía de cerca, hasta que sintió su mano sobre el hombro desnudo.

–Justina, ¿qué sucede?

Ella sacudió la cabeza. ¿Cómo admitir el enorme caldero de inseguridad que hervía en su interior cuando lo único en lo que podía pensar era en los ardientes dedos sobre la piel desnuda?

–Esto está mal, toda esta farsa de venir aquí con nuestro bebé y compartir una habitación como si fuéramos una especie de familia feliz –exclamó desesperadamente agitando las manos en el aire–. ¡Lo nuestro está mal!

–¡No!

La voz de Dante resonó feroz y temblorosa mientras la tomaba en sus brazos y apretaba el rostro contra el suyo. Estaba tan cerca que ella sentía el calor de su aliento acariciarle la piel.

–Lo nuestro nunca ha estado mal. ¿Cómo puede estarlo cuando siento esto cada vez que te toco?

–Dante...

–Bésame –rugió él–. Y después, vuelve a decirme que lo nuestro está mal. Si lo haces, no volveré a tocarte jamás.

Ella abrió la boca para protestar porque aquello era hacer trampas, para decirle que no quería besarlo. Pero habría sido mentir porque era precisamente lo que deseaba hacer. En el fondo llevaba mucho tiempo deseando ese contacto con el cuerpo de Dante y su respuesta ante él. Desesperadamente, sus labios buscaron los de Dante, que tiró de la toalla hasta que se deslizó hasta el suelo, dejándola completamente desnuda.

Durante un instante, él se apartó para poder contemplarla,

conteniendo la respiración hasta que la negra mirada quemó la piel de Justina, que se sintió tan perdida en el momento y el modo en que le hacía sentir que no pudo articular palabra. Sentía los pezones volver a la vida bajo el ardiente escrutinio, y el fundente deseo que se acumulaba insistentemente en su interior, y entre los muslos.

–Dante –susurró respirando entrecortadamente–. Esto es...

–Inevitable –la interrumpió él mientras se desabrochaba el cinturón–. Hace mucho tiempo que es inevitable. Porque eres hermosa. La mujer más hermosa que he visto jamás y me muero de deseo por ti. Estoy loco por ti, *tesoro*.

Aquello era una locura, pensó ella. Dante hablaba con una emoción que no había percibido en él desde hacía mucho tiempo, mientras se arrancaba la ropa con despiadada eficacia bajo su mirada. Justina se mordió el labio inferior al ver liberada la erección y una oleada de deseo la invadió al sentirle sujetarla por las caderas antes de empujarla sobre la cama.

–Dante –susurró ella de nuevo–, no podemos hacer esto.

–¿Qué te apuestas?

–Pero... tu familia... –intentó a la desesperada.

–Aún faltan horas para la cena.

–Pero...

–Basta de «peros», Justina. Sobre todo cuando los dos sabemos que no lo dices en serio. ¿No te das cuenta de que es la hora de la siesta y que estamos en Italia?

–¡Oh! –exclamó ella cerrando los ojos al sentir los ardientes labios de Dante sobre el cuello.

–Quiero besar cada centímetro de tu cuerpo –susurró él–. Quiero tocarlo todo. ¿Lo sabías?

–Yo... ¡oh! –exclamó Justina cuando le acarició con habilidad el erecto pezón del sensible pecho.

–Tus pechos son más grandes que antes.

–¿Y eso te parece... bien?

–Desde luego –Dante sonrió con los labios pegados a la boca de Justina–. Muy bien.

–¡Dante! –exclamó ella al sentirle acariciarle el estómago.

–Relájate. ¿Por qué estás aguantando la respiración?

–Porque mis pechos no son lo único más grande. ¡Mi estómago es enorme!

–Tu estómago es perfecto –él apoyó la mano plana sobre el estómago–. Tú eres perfecta.

–No, no lo soy.

–¿Quieres callarte y venir aquí?

Dante la besó y ella casi se ahogó en la dulzura de ese beso y en las palabras que acababa de dedicarle. ¡Pensaba que era perfecta! Se aferró a él mientras las masculinas manos se deslizaban hacia la rodilla para luego ascender por el muslo, donde empezaron a dibujar pequeños círculos hasta arrancarle un gemido, momento en que se deslizó hasta la húmeda abertura y ella empezó a jadear. De repente, la posesión fue más importante que el placer inmediato. Quería sentirlo. Lo quería dentro de ella. Profundamente dentro.

–Dante... –susurró.

–¿Qué?

–Por favor.

–¿Ya no aguantas más?

–No.

–Yo tampoco, *tesoro*. Yo tampoco.

Justina contuvo la respiración mientras Dante se acomodaba sobre ella y el mundo pareció haberse paralizado mientras la penetraba con una fuerte y profunda embestida. Se sintió inundada de una intensa calidez y dejó escapar el aire que había estado conteniendo. Incluso le pareció que Dante sonreía contra sus labios antes de volver a besarla. Y entonces se dejó ir, parecía lo más sencillo. Olvidar lo que les había llevado hasta allí y concentrarse en lo que sentía.

–¡Oh! –exclamó de nuevo.

–¿Te ha dolido? –preguntó él despertando ligeramente de la neblina de su propio placer.

–En absoluto. Es... maravilloso.

–Te entiendo perfectamente. Yo siento lo mismo –Dante cerró los ojos y se perdió en el ritmo.

Había pensado que el sexo sería diferente, y lo era, pero no solo del modo en que se lo había imaginado. Justina seguía siendo igual de apetecible, pero aquello era más que sexo. Había algo que se introducía más profundamente que el placer físico. ¿Sería debido a que esa mujer había alumbrado a su hijo, porque parte de él había crecido dentro de ella?

Sintió los muslos de Justina cerrarse sobre su espalda y los dedos clavándosele en los hombros. Sintió aproximarse el clímax femenino y, aunque habría podido llegar en un instante, se reprimió, a pesar de que lo estaba matando, y solo cuando ella empezó a llegar se dejó ir en un orgasmo que parecía no terminar nunca.

Durante unos segundos la habitación quedó sumida en un profundo silencio, salvo por el sonido de la respiración entrecortada de ambos a medida que recuperaban el control. Parecían dos náufragos intentando respirar tras casi haberse ahogado. Y cuando la respiración se calmó, Dante la besó durante largo rato, hasta que la necesidad de bostezar fue incontrolable.

–Qué romántico –bromeó ella mientras le acariciaba la rugosa mandíbula.

–Hago lo que puedo –murmuró él.

Justina percibió el tono de cansancio en su voz y se acurrucó contra él, deleitándose en el cálido abrazo. Dante tenía los labios presionados contra su cuello y ella se sintió segura. Quiso explicarle que nadie le había hecho sentirse así jamás. Quiso contarle todos los secretos que había guardado tantos años.

Pero Dante le había hecho mucho daño. ¿Cómo iba a arriesgarse a que todo sucediera de nuevo? ¿Por qué estropearlo todo con un estallido emocional cuando era mucho mejor jugar a lo seguro? Tenía que protegerse de la amenaza de que le rompiera el corazón, por su bien y por el de Nico. Porque una madre con el corazón roto no era una buena madre. Nadie mejor que ella para saberlo.

«Duérmete», se dijo a sí misma. «Aprovecha esta oportunidad para descansar. Estás agotada, hace poco que has tenido un bebé y esta noche deberás soportar la cena familiar».

Dante oyó suavizarse la respiración de Justina acurrucada contra él y contempló los cabellos de color ébano que se extendían por la almohada. Estudió la oscura curvatura de sus pestañas y la pálida piel que acariciaban. La tenía abrazada tan fuerte que sentía los latidos de su corazón, y algo parecido a la certeza lo invadió lentamente.

Pensó en el bebé que dormía en la habitación de al lado. Pensó en las firmes e inequívocas palabras de su abogado al reconocer una verdad indiscutible. Deseaba esa... familia. Y tal y como le había dicho ella, lo deseaba todo. A Nico. A ella. A todos, juntos.

Y Justina iba a tener que empezar a ver las cosas a su manera.

Capítulo 9

Justina se despertó, sola, de un sueño inquieto en el que verdes montañas se mezclaban con las íntimas caricias de un fuerte cuerpo masculino, y oyó un silencio allí donde debía haber escuchado el llanto de un bebé. Sobresaltada, se sentó de golpe en la cama.

¡El llanto de un bebé!

Momentáneamente desorientada, miró a su alrededor intentando recuperar la compostura, pestañeando ante la ligera sensación de estupefacción. Estaba en la villa familiar de Dante. Más concretamente, en la cama de Dante. Contempló el espacio vacío a su lado. Se había marchado. ¿Adónde?

Saltó de la cama y se envolvió con una sábana arrugada antes de dirigirse a la habitación contigua y asomarse a la cuna de Nico… vacía.

Un gemido escapó de su garganta mientras luchaba por controlar una creciente sensación de pánico. ¿Dónde estaba su bebé? Corrió de vuelta al dormitorio y se puso apresuradamente unos vaqueros, un jersey y unas chanclas, todo mientras corría en su busca.

El *palazzo* era enorme y aunque llamó a Dante y a Nico con gritos cada vez más agudos, solo recibió un profundo silencio como respuesta.

Salió al exterior y escudriñó el horizonte hacia las lejanas montañas y los olivos brillantes bajo el sol. Y entonces lo vio, junto a los viñedos. Un hombre alto y moreno empujaba un cochecito de bebé. El corazón le latió aliviado, aunque sintió algo más mientras corría hacia ellos. Algo que se parecía mucho al miedo.

–¡Dante!

Lo vio pararse. Lo vio inclinarse sobre el cochecito, como si le estuviera diciendo algo al pequeño ocupante. Y luego se irguió y permaneció muy quieto, esperándola mientras ella se aproximaba respirando con dificultad.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó angustiada mientras

inspeccionaba el cochecito con la mirada.

La angustia disminuyó al comprobar que Nico dormía plácidamente.

–Me he llevado a Nico a dar un paseo para que respire aire fresco –contestó él con cierta frialdad al percibir la nota acusatoria de la voz de Justina–. ¿Qué creías que hacía?

–Yo... pensé... –los temores que habían parecido tan reales empezaban a diluirse.

–¿Qué pensaste, Justina? –preguntó Dante secamente–. ¿Creías que había secuestrado a nuestro hijo?

–Me desperté sola –en medio de la belleza del atardecer toscano, la respuesta parecía ridícula.

–Pensé que te vendría bien dormir.

–Yo... –ella se interrumpió. Quería explicárselo, borrar ese gesto frío y duro del rostro de Dante–. Todo esto me exige hacer unos ajustes. No solo el venir aquí, también acostumbrarme a tener un bebé a mi lado. Es la primera vez desde que nació que me despierto y no está junto a mí –respiró hondo.

Dante asintió lentamente. Comprendía su razonamiento, pero también percibía algo más. Sabía que sus acciones estaban motivadas por algo más profundo que el sentimiento maternal. Nunca había buscado o deseado el juicio de una mujer, pero, por primera vez en su vida, comprendía que debía formular la pregunta que nunca había hecho en voz alta.

–¿No confías en mí, Justina? –preguntó con calma.

Justina lo miró. Sabía lo que debería contestar. Debería decirle que sí, que por supuesto que confiaba en él. Así suavizaría mucho la situación. Él sonreiría, se besarían y dedicarían unos cuantos cumplidos a Nico. Cualquiera que los estuviera viendo desde la casa pensaría que formaban una familia ideal. Pero aquello no era una obra de teatro, se recordó. Aquello era la vida real, y haberse acostado con él aquella tarde había hecho que sus defensas se derrumbaran. No podía seguir ocultándose la verdad simplemente porque fuera dolorosa. Dante le había formulado una pregunta inesperadamente sincera que se merecía una respuesta igualmente sincera.

–Pues lo cierto es que no.

Dante se puso rígido. En cierto modo había esperado, deseado,

oír otra respuesta.

–¿Entonces no cuenta para nada que estuviera a tu lado durante el parto y después de eso?

–No sabía que lo hubieras hecho para ganarte algún premio –ella lo miró fijamente.

–Y no lo hice –se defendió él indignado con un nudo en la garganta mientras contemplaba el largo y oscuro cabello de Justina.

Y, de repente, sintió la necesidad de dejarle muy claro cuál era su posición respecto a las mujeres.

–¿No te das cuenta de que no he mirado a ninguna mujer desde que volví a verte en la boda de Roxy?

–¿Y cómo se supone que debía saberlo? –preguntó ella con calma–. No sé leer el pensamiento.

–Déjame que te explique lo que sentí al verte de nuevo después de tantos años –comenzó él lentamente–. Me tumbaste de espaldas, igual que la primera vez. No podía apartarte de mi mente. Me decía que debía mantenerme alejado de ti, que no éramos buenos el uno para el otro. Lo sabía. Pero la tentación al encontrarte de nuevo fue demasiado fuerte.

Justina no respondió porque las palabras de Dante no habían reflejado la más mínima emoción. Habían sonado más bien a adicción. ¿Era Dante un adicto al peligro emocional que siempre había existido entre ellos? ¿Lo era ella?

–Y entonces descubrí que estabas embarazada –continuó él–. Y mi deseo se transformó rápidamente en ira. Ira porque no te habías molestado en contármelo. Porque estabas dispuesta a mantenerme ignorante del hecho de que iba a ser padre.

–Pero supongo que comprenderás por qué lo hice.

–En realidad, no. ¿Lo hiciste por cierta sensación de poder? ¿De control?

Viéndolo de pie contra el fondo del atardecer toscano, Justina pensó que jamás lo había percibido tan indómito y, a la vez, tan arrogante que casi no podía respirar.

–Me parece increíble que me digas eso a la cara –contestó ella al fin–. Me dijiste que no había sido más que el revolcón de una noche. ¿Por qué debería informarte sobre las consecuencias de ese encuentro? Ibas a tener un bebé con una mujer a la que despreciabas. ¡No, por favor! –alzó una mano en protesta al ver que

Dante abría la boca para hablar–. Déjame terminar. Esto es importante. Pensé que un bebé sería lo último que desearías, y por eso no te dije nada. Ahora comprendo que me equivoqué, pero intentaba ser una mujer independiente.

–Por supuesto.

–Debería haberte dado la posibilidad de elegir hasta dónde querías implicarte en lugar de dar por hecho que no lo deseabas en absoluto –Justina ignoró el irónico comentario.

–A lo mejor era lo que tú deseabas, Justina… –la voz de Dante era suave como la seda–. ¿Deseabas que yo no tuviera ningún contacto con nuestro hijo?

Ella lo miró a los ojos. En ocasiones, una mentira era más amable que la verdad. Lo más sencillo sería negarlo. Aun así, también era consciente de que habían sobrepasado el punto de retorcer la verdad para no herir los sentimientos del otro.

–Por supuesto que lo deseaba. No quería que regresaras a mi vida, de ninguna manera posible. Llevas aparejadas demasiadas complicaciones, Dante.

Dante percibió la frialdad de la voz de Justina, acompañada de una mirada cargada de candidez. Las palabras le dolieron más de lo que se habría imaginado, pero su sinceridad resultaba refrescante. Le dejaba muy claro dónde se encontraba y lo que debía hacer.

–Supongo que con eso ya nos hemos dicho todo lo necesario sobre el tema de la paternidad –observó–. Quizás ahora deberíamos hacer algo más civilizado, como entrar en casa y tomarnos un café.

–Eso se ajusta bastante a lo que necesito –ella asintió, conmocionada por la franqueza de la conversación, pero encantada ante el inesperado giro que había dado.

Como si atendiera a una señal, Nico empezó a moverse. Justina lo miró y se vio asaltada por un feroz sentimiento de amor.

–Hola –susurró–. ¿Tienes hambre?

Caminaron de regreso a la casa, donde Justina dio de mamar y cambió el pañal a Nico. Poco después, la madre de Dante golpeó la puerta con los nudillos y pidió permiso para presentar a su nieto al servicio.

–¡No! No te molestes en ayudarme –le advirtió la mujer a su hijo.

Tras la marcha de la *signora* D'Arezzo se instaló un profundo

silencio entre ellos mientras se oían los pasos de la mujer cada vez más lejanos. Dante tomó la mano de Justina y se la llevó a los labios.

–¿Un café? –propuso.

–Si quieres... –ella se estremeció ante el contacto de sus dedos con los labios de Dante.

–¿Mejor la cama?

Justina se dijo que el café era la opción más sensata. Entonces, ¿por qué sonreía como una colegiala y le permitía conducirla hasta la cama donde las sábanas seguían arrugadas? Se agachó para estirarlas, pero la caricia de la mano de Dante sobre su trasero la detuvo.

–No lo hagas –le ordenó–. Sería perder el tiempo.

Ella se dio la vuelta y fue tumbada sobre la cama, donde él empezó a besarla.

Parte de la ternura había desaparecido, sustituida por una inequívoca urgencia. Dante le arrancó la ropa con impaciencia y ella hizo lo propio con la de él. Los cuerpos desnudos se encontraron en una cálida colisión de piel y Justina sintió la inmediata sacudida de familiaridad y lascivia. Poderoso y oscuro, Dante se movió sobre ella, rígido y contenido mientras ella le acariciaba la sedosa masculinidad.

–No hagas eso –gruñó él.

–¿Estás seguro? –ella lo torturó con movimientos ascendentes y descendentes.

Dante le tomó la mano y la retiró, sujetándola por encima de su cabeza y aprisionando a Justina bajo su peso. Era fuerte, poderoso y dominante y ella descubrió que le gustaba. Le gustaba esa sensación que iba más allá de su control, le gustaba someterse a la voluntad de Dante, ¿no le evitaba eso tener que pensar si debía o no estar haciéndolo?

El orgasmo llegó bruscamente y después se durmió hasta las siete. Justina se obligó a levantarse para darse una ducha. A su regreso, en el dormitorio seguía reinando el silencio. Dante ya se había vestido y se estaba ajustando unos gemelos de oro. Levantó la vista y sonrió al contemplar la blanca toalla en la que envolvía su cuerpo.

–Estoy teniendo una especie de *déjà vu* –murmuró–. ¿Eres

consciente de que me tienes en un permanente estado de excitación por tu manía de pasearte por ahí de esa guisa?

Con la ardiente mirada aún fija en ella, Justina se sentó ante el tocador y procedió a aplicarse el rímel en las pestañas. Dante se acercó y, levantándole la mata de húmedos cabellos, se agachó y le besó la nuca.

–Hueles muy bien.

–Es el jabón.

–Pues ese jabón es delicioso.

–Dante... –ella cerró los ojos.

–¿Sí?

–No nos queda mucho tiempo antes de la cena.

–Ya lo sé, *tesoro*, pero quiero que sepas que estoy loco por ti. Que te deseo y que tenemos muchas cosas que recuperar –Dante deslizó una mano hasta su pecho y Justina abrió los ojos para ver la erótica imagen reflejada en el espejo.

–Márchate –susurró ella.

–Ya me voy, pero durante toda la cena estaré pensando en lo mucho que voy a disfrutar tocándote así más tarde.

Justina sintió una punzada de soledad cuando él se apartó y prosiguió aplicándose el maquillaje con manos temblorosas, muy consciente de la oscura mirada sobre ella. Ese hombre le hacía sentirse más expuesta que cuando estaba subida a un escenario ante miles de personas. Como si esos ojos negros pudieran arrancarle la piel de un único vistazo.

Se puso un vestido de color café y unos zapatos de color beige y tacón altísimo. Llevaba el cabello recogido en un complejo moño y como única joya unos pendientes de perlas y diamantes que brillaban contra su cuello.

–¿Quién te los ha regalado? –preguntó él bruscamente.

Justina terminó de aplicarse el brillo de labios y se volvió sorprendida ante la tensión que reflejaba la pregunta.

–¿Por qué las joyas de una mujer siempre tienen que haber sido compradas por otra persona?

–Normalmente lo son, al menos cuando son tan caras como deben de ser estas.

–Pues para tu información, me los compré yo –contestó ella tras una pausa.

–Cómo no –Dante soltó una carcajada y su voz adquirió un tono de dureza, como si acabara de recordar algo–. La ultra-independiente Justina Perry.

–Esa soy yo –contestó ella alegremente, aunque las palabras de Dante le habían hecho daño, tal y como, sospechaba, había sido su intención al pronunciarlas.

Quizás era un oportuno recordatorio de que entre ellos nada había cambiado. Antes de permitirse creer que podía arriesgarse a volver a amarlo, necesitaba un golpe de realidad. Cierto que el sexo era impresionante, pero al margen de eso, seguía siendo el mismo hombre crítico.

–¿Y qué pasó con las joyas que yo te regalé?

–Intenté devolvértelas.

–Y yo te dije que te las quedaras. Salvo el anillo, por supuesto, que, como bien sabes, es una reliquia de familia. ¿Dónde están? –insistió tras una pausa.

Justina se removió incómoda. ¿Por qué no contárselo?

–Las vendí.

–¿Todas? –él frunció el ceño.

–No hace falta que me mires así, Dante. Entregué el dinero a obras de caridad.

–Te dije que te las quedaras –repitió él.

Recordó un brazalete que había encargado personalmente, un aro de diamantes amarillos, elegido porque le había recordado a sus ojos. Recordó la sonrisa de Justina al deslizarlo por su muñeca y la manera ensoñadora en que había afirmado que, algún día, su hija lo llevaría puesto. ¡Menuda fidelidad a su juramento!

–Las elegí para ti y solo para ti. No quiero que las lleve puestas ninguna otra mujer.

–Venga ya, Dante –Justina no sabía si explicarle lo mucho que esas joyas le habían hecho sufrir cada vez que las miraba. Unas joyas que serían la envidia de cualquier mujer, pero que para ella no habían sido más que la manifestación de un fracaso. Le recordaban al hombre que había amado y perdido. ¿Quién habría podido vivir con algo así?–. ¿Cuántas chicas conoces que sigan llevando las joyas que les han regalado sus ex?

La campanilla que anunciaba la cena puso fin a la conversación, aunque Dante recordó una frase en particular que su abogado había

repetido machaconamente: «Las mujeres independientes son los peores adversarios en una batalla por la custodia, Dante. Una mujer apurada siempre es mucho más dócil».

Y no había mujer más feroz en todo el planeta que la que tenía enfrente.

–Vamos –ordenó abruptamente.

Justina era muy consciente de la frialdad de Dante mientras se dirigían por el pasillo hacia el comedor. Tímidamente le tomó del brazo en un intento de relajar esa expresión tensa y sombría.

–¿Quién estará en la cena? –preguntó dulcemente–. Aparte de tu madre.

–Evidentemente, mi hermano. ¿Te acuerdas de Luigi?

–¿Cómo podría olvidarlo?

–Mi hermana ha llegado desde Roma. Mis primos tienen muchas ganas de volver a verte, pero pensé que sería muy agobiante para ti reunirte con todos el primer día, de modo que lo dejaremos para más adelante.

Justina le soltó el brazo al entrar en el comedor, donde el hermano de Dante arrojaba un leño al fuego.

–Hola, Luigi –saludó Justina.

Luigi era un hombre alto y de porte atlético, igual que su hermano, aunque su piel era más morena evidenciando que pasaba más tiempo al aire libre. Dante le había explicado que Luigi había dirigido la extensa propiedad desde la muerte de su padre y era uno de los mayores expertos en vino del mundo. La impresión que recibió de su mirada era fría y desconfiada.

–Justina –saludó él–. Qué placer tan inesperado.

–Me alegra volver a verte –ella sonrió.

–Lo mismo digo. Supongo que debo felicitarte por alumbrar al hijo de mi hermano.

–Gracias –contestó ella mientras pensaba en la manera, tan típicamente posesiva de los D'Arezzo, de felicitarle por el bebé.

–¿Os apetece una copa?

Justina se moría por una copa de vino, pero estaba dándole el pecho a su bebé y optó por un vaso de agua con gas.

Una hermosa jovencita irrumpió en el salón y se abalanzó sobre Justina. Giulia D'Arezzo era la única chica de la familia, y mucho más efusiva que sus hermanos. Justina se vio envuelta en un cálido

abrazo que le arrancó una carcajada.

–¡Jus! Qué contenta estoy de volver a verte. ¡No te imaginas cuánto! Acabo de llegar. El tráfico desde Roma era horrible. ¿Llego tarde para ver a Nico? ¿Ya le has acostado?

–Me temo que sí, en realidad lo ha hecho Dante. Los bebés de la edad de Nico se pasan casi todo el tiempo durmiendo, pero podemos echarle un vistazo un poco más tarde, si quieres –le ofreció Justina–. Giulia, estás preciosa.

–*Grazie*. Tú también, aunque tu vestido es mucho más largo que los que solías llevar. ¿Por qué te sonrojas? Sabes que es cierto. Y ahora, cuéntame, ¿sigues componiendo música? –preguntó la joven–. ¿Y por qué dejaste de enviarme tus discos?

La calidez del recibimiento de Giulia hizo que Justina se relajara. Tomando sorbos de agua, escuchó atentamente el parloteo de la joven y consiguió evitar el tema de la interrupción de la amistad con la hermana pequeña de Dante. No habría sido posible mantenerla, ¿verdad? Tras la ruptura del compromiso había sentido la necesidad de cortar todos los lazos con la familia D'Arezzo.

Para cuando al fin se sentaron a la mesa, se moría de hambre. Luigi se sentó a su lado y le preguntó por su carrera musical. Ella intentó cambiar de tema, pero él insistió explicando que recientemente había leído que una de sus canciones había sido número uno en Australia. Sin embargo, tal y como lo dijo, sonaba más bien como si hubiera cometido un crimen en lugar de haber hecho algo de lo cual sentirse orgullosa.

Tras el primer plato de pasta, Luigi se sirvió una copa de vino tinto y asintió aprobatoriamente cuando ella rechazó que le llenara la suya.

–Supongo que tienes la intención de volver al trabajo –observó mientras la miraba fijamente.

–Tengo que ganarme la vida –contestó Justina en el mismo tono que había empleado el hermano de Dante.

–¿No has ganado ya bastante dinero como para no tener que trabajar el resto de tu vida?

Era una pregunta que se repetía insistentemente. La gente siempre subestimaba cuánto dinero se necesitaba para vivir el resto de una vida. Justina había visto a más de uno gastarse toda su fortuna y se había jurado que eso no le pasaría a ella. Y había sido

testigo de lo que le sucedía a una mujer que no trabajara. Había visto a su madre obligada a arrimarse a hombres ricos que la desechaban en cuanto aparecía alguna chica más joven y bonita que ella.

–Tengo un fuerte sentido de la responsabilidad –contestó tentativamente–. Además, mi trabajo es muy flexible.

–Seguro que lo es –Luigi acarició el borde de la copa con un dedo–. Pero ¿qué le pasará a Nico mientras estés ocupada escribiendo tus canciones? ¿Podrás concentrarte? ¿Lo oirás con la música si llama a su mamá?

–Luigi... –intervino Dante en tono de aviso.

Justina dejó el vaso de agua en la mesa con la mano ligeramente temblorosa.

–Seguramente no. Por eso he pensado que se las tendrá que apañar él solo –contestó desafiante–. Podría instalar algo parecido a una gatera, pero en versión humana. Y siempre le dejaré un cuenco con leche, y quizás una galleta o dos. Podrá gatear hasta el plato y servirse él mismo.

Luigi se volvió hacia su hermano y soltó una parrafada en italiano, en un gesto deliberado para excluirla. Pero Justina estaba escuchando atentamente y pudo comprender algunas de las palabras. Observó la mirada de Dante, repentinamente fría, y oyó su respuesta airada, pronunciada demasiado deprisa para que pudiera comprender nada.

Obligándose a probar una comida que ya no le apetecía, se alegró de que la cena llegara a su fin y así poder cumplir la promesa hecha a Giulia de presentarle al bebé. Sin embargo, su sentimiento al entrar en el dormitorio de Nico era de profunda tristeza.

El bebé dormía en la cunita y Giulia lo contempló largo rato.

–¡Qué bonito es, Justina! –susurró casi sin aliento–. Precioso.

–Lo sé –Justina sintió un nudo en la garganta y el feroz sentido del orgullo materno fue anulado por la sensación de que aquello no estaba bien. Todo era malditamente complicado.

Sin embargo, consiguió sonreír mientras se alejaba del bebé acompañada de Giulia.

–Mañana podrás tomarlo en brazos todo el tiempo que quieras. Y puede que incluso te permita cambiarle el pañal, si te portas bien.

Giulia seguía riendo cuando regresaron al comedor, donde se

estaba sirviendo el café, y Justina aprovechó para excusarse y regresar a la suite.

Tras dar de mamar y cambiar a Nico, le devolvió a la cuna y, vestida únicamente con una bata de seda, se quedó mirando la noche estrellada. Así la encontró Dante al regresar del salón.

–¿Qué te dijo Luigi durante la cena? –preguntó Justina sin ninguna emoción y sin siquiera molestarse en darse la vuelta.

–Hablamos de muchas cosas, Justina –contestó él tras una pausa–. Tú también estabas ahí, ¿lo recuerdas?

Justina se volvió y su cuerpo reaccionó al instante al movimiento de Dante al quitarse la corbata y desabrocharse la camisa, revelando un torso bronceado y atlético. «No pierdas la concentración», se dijo a sí misma. «No permitas que tu deseo por él te nuble el juicio».

–Le oí insultarme al insinuar que era una madre negligente.

–Y yo le puse en su sitio. Le dije que eres una madre maravillosa.

–¿Eso hiciste?

–Desde luego que sí. Le dije que no había madre más devota ni amante de su hijo que tú.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Justina no quería que Dante la elogiara porque eso la distraía. Quería llegar hasta el fondo de lo que Luigi había hablado durante la cena.

–Me refería más concretamente a cuando te habló en italiano.

–No lo recuerdo.

–¿En serio? Qué extraño viniendo de un hombre con tu memoria, Dante. Quizás yo pueda ayudarte un poco. Mencionó la palabra *«matrimonio»*, que significa boda, y que me imagino resulta muy comprensible en distintos idiomas. Pero también dijo *«avoccato»* –ella frunció el ceño–. Y, si no he olvidado del todo mis clases de italiano, eso significa abogado.

–*Brava, tesoro* –asintió Dante tras un momento de silencio–. No sabía que tu italiano fuera tan bueno.

–Por favor, no intentes adularme, Dante. Tan solo explícame de qué estabais hablando.

Dante guardó silencio durante largo rato mientras se quitaba lentamente los gemelos y los dejaba sobre el tocador. Había pensado decírselo, desde luego, pero no así. No como una respuesta

defensiva ante una acalorada acusación al final de un largo día. Había pensado esperar a que ella estuviera más relajada. Después de haberle hecho el amor y cuando la tuviera acurrucada en sus brazos en uno de esos escasos momentos en que tenía la sensación de que estaba a punto de bajar la guardia.

La miró a los ojos fijamente.

–Había pensado pedirte que te casaras conmigo.

Capítulo 10

Justina dio un respingo ante lo mal que le sonaron las palabras de Dante. Sin duda era la propuesta de matrimonio más fría que habría podido imaginarse y se sentía ofendida. La primera vez que le había pedido que se casara con él había rebosado amor hacia ella, pero en esos momentos su voz era completamente diferente. Era como poner un viejo disco y descubrir que estaba cubierto de polvo y que el sonido estaba distorsionado.

–Entiendo –asintió ella con voz sorprendentemente serena–. Eso explica por qué tu hermano mencionó el matrimonio. Pero no fue lo único de lo que hablasteis, ¿verdad? Me interesa mucho saber por qué mencionasteis a los abogados. No suele ser un tema de conversación habitual para una cena, sobre todo porque os pusisteis a hablar en italiano.

Dante entornó los ojos. Justina lo conocía lo bastante bien como para saber que tendría cubiertas sus bases. Si ella no lo había comprendido, ¿no había llegado el momento de ilustrarla al respecto?

–He hablado con mi abogado –asintió él–. Por supuesto.

–Oh, claro, por supuesto –repitió ella en tono irónico–. ¿Y qué dijo tu abogado?

–Ella opina que, dada nuestra situación, casarnos sería la mejor solución.

«¿Ella?». Justina asintió. Por supuesto, Dante tenía que tener una abogada. ¡Cómo no!

–Pero si te ofrece una solución será porque considera que existe algún problema.

–*Si!* –exclamó él airadamente–. ¡Claro que hay un problema! Un enorme problema. ¿Es que no lo ves? Vivimos vidas separadas, pero compartimos un hijo. Y mientras no estemos casados no tengo ningún derecho legal sobre esa criatura.

Dante apretó los labios con determinación. ¿Qué había dicho la abogada? «El matrimonio servirá para facilitar las cosas, Dante,

porque aunque ese matrimonio no sobreviva, la ley estará de tu parte. Sin matrimonio dependerás de la buena voluntad de esa mujer para poder ver a tu hijo, y puede que ella no se sienta especialmente benevolente hacia ti».

Dante miró fijamente a Justina. Su cabello había adquirido un tono plateado bajo la luz de la luna que entraba por la ventana. Pensó en lo regio que era su aspecto con la bata de seda que se ajustaba a sus curvas. Pensó en su talento y en el amor que mostraba hacia su hijo.

–Cásate conmigo, Justina –insistió.

Hubo un largo silencio durante el que Justina lo miró fijamente a los ojos e intentó protegerse de tanta belleza. No era el momento de hacer caso al corazón. La dulzura de la voz de Dante obedecía a su carácter encantadoramente manipulador. Por el bien de su hijo debía dejarse guiar por la razón y por nada más.

–Y si acepto, ¿qué gano yo? –preguntó.

–Seguridad, por supuesto –él sonrió–. Y una familia.

Justina le devolvió la sonrisa. Ese hombre era muy listo. Muy, muy listo. Había elegido las dos cosas de las que siempre había carecido. Las dos cosas que más deseaba tener: la sensación de tener un hogar, de haber echado raíces, y la sensación de seguridad. Pero ¿cómo sentirse segura cuando no tenía más que un espejismo de familia? Tras el fracaso del matrimonio, ¿qué quedaría? Un hombre que no amaba y una mujer que sí.

Sacudió la cabeza, luchando contra la tentación de dar el salto, de aceptar, y se dijo que tendría mucho más que perder si accedía a ese sueño.

–No es bastante.

–¿Por qué no?

–Porque... –tras una pausa, el resto de las palabras surgieron como un torrente. Palabras que Justina había enterrado profundamente en algún rincón de su interior–. Porque no puedo estar casada con un hombre en quien con confío. Un hombre capaz de apartarse de la mujer con la que se suponía iba a casarse y, pocos días después, meter a otra mujer en su cama.

–¿A qué viene volver a sacar ese tema ahora? –preguntó Dante con visible hartazgo–. Pensaba que ya lo habíamos aclarado. Forma parte del pasado, Justina. Aquello se acabó.

–Pero las consecuencias siguen vivas, Dante. Amenaza cualquier futuro que podamos tener, ¿no lo comprendes?

–No, no lo comprendo. Nuestra relación había terminado –le espetó él–. Y lo sabes bien. Yo no esperaba que me abandonaras. Era lo último que deseaba en el mundo.

–Pero esa no es la cuestión, ¿verdad? La cuestión es que estabas con…ella –Justina se tapó la boca con una mano, como si sintiera náuseas, antes de deslizarla hasta el cuello–. Yo creía que era especial para ti. ¿Cómo demonios pudiste sustituirme tan rápidamente?

–¡Ella no te estaba sustituyendo! Nunca podría haberte sustituido. Nadie podría. Sé que me equivoqué. Que Dios me perdone, ahora lo sé. Pero estaba dolido, y te echaba de menos –continuó–. Te echaba muchísimo de menos.

–Pues lo demostraste de una manera muy curiosa.

–Y estaba furioso –admitió–. Más de lo que había estado jamás. Eso tuvo mucho que ver, lo admito. Estaba enfadado porque te empeñabas en ir de gira, porque anteponías tu carrera a nuestra relación. Supongo que te culpé por nuestra ruptura, y luego hice lo que ha hecho un sinfín de hombres en la misma situación. Me fui a un bar, bebí demasiado y ella…

–¡No quiero oírlo!

–¡Pues a lo mejor deberías! –los ojos negros la taladraron, quemándola–. A lo mejor deberíamos soltarlo todo para acabar con esto de una vez por todas. Ella se me acercó como suelen hacerlo las mujeres, pero yo no había mirado a ninguna otra desde que te había conocido. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Pero aquella vez fue distinto. Habíamos terminado y yo necesitaba consuelo.

–¡Para ya! –siseó ella–. ¡Querías sexo y maldita sea si no lo conseguiste! Tu mala suerte fue que regresé y te pillé.

–Cometí un error –repitió él–. Tomé lo primero que se me acercó. Era muy pronto, demasiado pronto. Y si mis motivos eran intentar olvidarte, te aseguro que no funcionó.

–Eso es muy fácil de decir ahora.

–¿Fácil? ¿A ti te parece que es fácil? –preguntó él con tanta tensión que parecía a punto de estallar en mil pedazos–. Si pudiera regresar en el tiempo, lo haría. Si pudiera cambiar lo que hice, lo

haría. Pero no puedo. Nadie puede hacerlo –Dante alzó ambas manos en un gesto de súplica–. Te pido que me perdones, Jus. Te pido que me aceptes de nuevo y que te cases conmigo, que me permitas dedicar el resto de mi vida a hacerte feliz.

El corazón de Justina se contrajo de dolor, un dolor mezclado con una tentación tan fuerte de aceptar que no sabía si podría resistirse. Porque lo que deseaba era aceptar y decirle que sí, que lo perdonaba. Quería que la abrazara y la besara. Quería creerse el sueño, creer que podían ser la pareja perfecta, la familia perfecta. Pero no era más que un sueño, ¿cómo podía ser otra cosa cuando la confianza entre ellos había sido cercenada?

Dante había asegurado que solo la deseaba a ella, pero ya le había dicho eso mismo en otra ocasión, ¿no? ¿Cómo saber que no iba a buscar un rápido consuelo la siguiente vez que tropezaran con alguna dificultad? Porque era inevitable que encontrarían algún obstáculo en el camino. Ahí fuera había millones de mujeres esperando para tentarle. Siempre había alguna mujer esperando el momento de debilidad de un hombre casado. ¿No lo había demostrado su propia madre una y otra vez?

A pesar de la magnífica declaración, de las sentidas palabras, había una cosa que Dante no había mencionado. No había mencionado la palabra «amor». Quizás debería sentirse agradecida de que no hubiera envuelto su declaración en almibaradas palabras, pero ¿qué esperanza podía haber para un matrimonio si ni siquiera se mencionaba el amor? Aunque fuera lo bastante sincera consigo misma como para admitir que se estaba enamorando nuevamente de él, no bastaría para que la relación sobreviviera. Ni siquiera la protegería de la influencia de espectaculares rubias con el deseo reflejado en sus miradas.

Así pues, y a pesar de que su corazón gritaba silenciosamente su protesta, se obligó a sí misma a mantenerse firme.

–No puedo –contestó al fin–. No puedo. Os vi y me sentí tan traicionada que no creo que pueda superarlo jamás. La confianza es casi imposible de recuperar una vez que se pierde.

–Justina...

–No, por favor, Dante. Te prometo que tendrás un acceso razonable a tu hijo, pero nada más. No me casaré contigo, pero eso no significa que no podamos ser unos buenos padres –Justina se

interrumpió, respiró hondo y consiguió sonreír–. Y no veo ningún motivo por el que no podamos seguir manteniendo una relación amistosa.

El silencio que siguió fue tan prolongado que ella empezó a pensar que no la había oído. Sin embargo, una ojeada al rostro de Dante le aseguró que no era así. Sus rasgos parecían estar esculpidos en piedra, duros y despiadados. Mientras Justina esperaba una respuesta, el silencio en la habitación se hacía cada vez más denso, y se sintió sorprendida cuando caminó hasta ella y la tomó en sus brazos. Sintió los erectos pezones clavarse contra el fuerte torso a través de la bata de seda y, de inmediato, una oleada de deseo la invadió rápidamente seguida de una ardiente ráfaga de alivio. ¡A Dante no le importaba! ¡Comprendía sus reservas!

Durante unos segundos él la miró y sus manos se deslizaron desde los negros cabellos hasta un pecho. Justina dio un respingo de anticipación.

–Y esta relación... «amistosa», de la que hablas –murmuró–, ¿no crees que será algo problemática?

–No tiene por qué serlo –contestó ella con más convicción de la que sentía.

–¿Y tienes alguna idea de cómo vamos a hacerlo?

–Podríamos... podríamos irlo viendo sobre la marcha.

–¿Eso podríamos? –la sonrisa de Dante era fría–. ¿Y qué te parece si empezamos con algo así...?

Dante deslizó una mano bajo la bata de Justina y cubrió con ella un pecho que se moría por ser acariciado. Al sentir el pulgar juguetear con el pezón, ella tragó con dificultad.

–Sí –susurró, apenas capaz de pronunciar palabra–. Sí.

–Y mientras estamos ocupados siendo unos buenos padres, y mientras tú te muestras razonable con mi acceso al niño, podemos seguir disfrutando del sexo. ¿Es eso lo que sugieres?

El tono de voz de Dante era almibarado, a pesar de que sus palabras sonaban un poco falsas.

–Sí –repitió ella–. Desde luego que sí.

–Y supongo que querrás hacerlo ahora mismo –Dante seguía acariciándole el erguido pezón.

–Sabes que sí –gimió Justina.

Dante retiró la mano con precisión casi quirúrgica. Justina no se

había dado cuenta de que tenía los ojos cerrados hasta que los abrió perpleja y vio la expresión furiosa del rostro masculino.

–¿Y de verdad pensabas que iba a aceptar un acuerdo como ese? ¿Creías que iba a consentir ser tratado como un vulgar semental? Ni lo sueñes, Justina –concluyó él furioso antes de salir del dormitorio y cerrar la puerta con un suave portazo.

Durante unos segundos, ella se quedó perpleja mirando la puerta, hasta que comprendió que estaba temblando. De modo que se metió en la cama y lo esperó. Le llevó varias horas de insomnio comprender que no iba a regresar. Y no lo hizo hasta que el pálido amanecer aclaró el cielo toscano mientras ella terminaba de atender a Nico.

Dante entró en el dormitorio vestido con la misma ropa que había llevado la noche anterior. Era evidente que acababa de abrocharse la camisa. Iba descalzo y tenía el cabello revuelto.

–¿Dónde has estado? –preguntó ella visiblemente cansada.

–¿Dónde crees tú que he estado? –él la miró con expresión gélida y furiosa a partes iguales–. Estamos en medio del campo, no hay muchas opciones. He dormido en otra habitación, Justina. Hay muchas vacías.

–¿Por qué te marchaste así? –ella tragó con dificultad mientras se obligaba a mantener la calma. No conseguiría nada con una nueva discusión airada.

–¿Me lo preguntas en serio? –Dante la miró con expresión incrédula–. ¿De verdad hace falta que me lo preguntes? Te pedí que te casaras conmigo y me rechazaste, pero tu rechazo vino acompañado de una interesante proposición –soltó una carcajada llena de amargura antes de escupir las palabras siguientes como si fueran balas disparadas por una pistola–. ¿No se te ha ocurrido que me resulte insultante ser lo bastante bueno para darte placer cuando lo desees, para ser tu semental, pero no lo bastante bueno para ser tu esposo?

Durante unos segundos, Justina sintió que su fuerza de voluntad flaqueaba. Deseaba contarle toda la verdad. Contarle que un matrimonio sin amor no era suficiente y que le aterrorizaba la idea de que volviera a partirle el corazón. Sin embargo, dicho así podría parecer un burdo intento de chantaje emocional. Dante podría sentirse acorralado y confesarle su amor solo para calmarla. ¿Y

entonces qué sucedería? ¿Algo así no acabaría tarde o temprano por volverse contra ellos?

–¿Y qué vamos a hacer? –Justina se retiró un mechón de cabello tras la oreja y lo miró con calma, desmintiendo con su expresión el dolor que sentía en el corazón.

–¿Hacer? –Dante se quitó la camisa y la colgó del respaldo de la silla–. Vamos a hacer exactamente lo que vinimos a hacer. Vamos a presentar a Nico al resto de la familia D'Arezzo y mostrarle la hospitalidad toscana. Después, regresaremos a Inglaterra.

Fin de la discusión.

Justina se vio obligada a observar a Dante mientras se desnudaba. Quiso desviar la mirada ante el escultural cuerpo bronceado que se mostraba ante ella, pero el orgullo se lo impedía. Únicamente cuando estuvo completamente desnudo, Dante levantó la vista y la miró con expresión burlona.

–Qué frustrante, ¿verdad, *tesoro*? Puedes mirar, pero no puedes tocar.

–No quiero tocarte.

–Mentirosa.

La acusación se clavó en ella como un puñal.

–Pero te diré una cosa para que no haya ningún malentendido. Esta será la última exhibición para tu deleite visual. Si no me quieres como esposo, no me tendrás de ninguna manera.

Aquella era una manera muy deprimente de comenzar el día, pero Justina se esforzó por disimularlo porque esperaban la llegada de los primos D'Arezzo y quería salvar algo de aquel viaje. Su relación con Dante quizás estuviera cayendo en picado, pero deseaba que su familia la admitiera como madre, aunque no aspiraba a gustarles realmente.

Fue consciente de la desconfianza de algunos de esos primos hacia ella poco antes del mediodía, pero también sabía que esos primos habían tenido una edad bastante impresionable la última vez que la habían visto. Seguramente les había parecido una persona distante y, a decir verdad, así se había sentido ella. Su representante no había parado de telefonear para desesperación de Dante. Un fotógrafo incluso había logrado entrar en la propiedad familiar y un furioso Luigi había amenazado con golpearlo antes de echarlo de allí.

Era un aspecto de la fama que no echaba de menos en absoluto. En esos momentos se sentía mucho más centrada, y en gran parte se lo debía a Nico. Era muy consciente de que en esos momentos sería una mejor esposa que cuando había estado en la cima, pero también sabía que, para ella, un matrimonio vacío no era una opción.

En su lugar procuró encajar lo mejor posible en la familia y, para su sorpresa, le resultó más fácil de lo que había temido. Claro que no resultaba nada difícil participar de los elogios hacia Nico o mostrarse de acuerdo con la opinión generalizada de que era el bebé más hermoso del mundo. Enseguida comprendió la importancia de ese seductor pequeñín, el primero de toda una nueva generación de D'Arezzo.

Sus mayores esfuerzos se dirigieron a Beatrix D'Arezzo, intentando dejarle claro que haría cualquier cosa por su adorado nieto. De manera que a la hora de las despedidas, la madre de Dante la estrechó en un cálido abrazo cargado de un afecto que no parecía fingido, y Justina se sintió inesperadamente emocionada y con un incómodo nudo en la garganta mientras el coche se alejaba de la residencia familiar camino del aeropuerto.

Durante el vuelo de regreso a Inglaterra se sintió decaída, y no solo por el contraste entre la calidez de la familia D'Arezzo y la frialdad de Dante. En cuanto se encontraron lejos de la familia, él dejó de comportarse con la amable solicitud con que le había obsequiado y aquello no auguraba nada bueno de cara al futuro. Iban a tener que superar sus sentimientos y pensar en el bienestar de Nico.

Justina lo miró fijamente. Dante estaba sentado frente a ella en el lujoso avión, estudiando un montón de papeles. Tenía un mechón de cabello pegado a la frente y ella sintió un irreprimible deseo de apartarlo de su rostro.

–Me parece que la visita ha ido muy bien –observó tentativamente.

Dante levantó la vista y la miró como si hubiera olvidado su presencia, un gesto que a Justina le provocó más dolor que la peor furia desatada.

–En muchos aspectos, sí, yo opino lo mismo –asintió él.

–Supongo que ahora regresarás a Nueva York...

–¿Es eso lo que te gustaría, Justina? –Dante dejó a un lado el

ordenador portátil y la miró con una extraña sonrisa en los labios.

Justina se encogió de hombros. Lo que a ella le gustaría era que dejara de mostrarse tan taciturno. Quería que las cosas volvieran a ser como antes de que las estropeara pidiéndole que se casara con él.

–Lo que yo quiera es irrelevante –contestó ella al fin–. Tan solo supuse que regresarías a tu casa.

–¿Aún no has aprendido que no es buena idea dar nada por hecho cuando tratas con un D'Arezzo? –la voz de Dante había adquirido un tono sedoso–. Da la casualidad de que no pienso regresar a Nueva York.

–¿En serio? –preguntó ella con fingida indiferencia–. ¿Por qué no?

–Porque pienso trasladarme a Londres.

–Pero tú trabajas en Nueva York –Justina pestañeó.

–Hoy en día se puede trabajar en cualquier parte. Es lo bueno de las comunicaciones modernas.

–¡Pero no tienes donde vivir! A no ser que tengas pensado quedarte indefinidamente en el Vinoly...

–Una suite de un hotel no es lugar adecuado para un bebé –contestó él–. Por eso tengo la intención de comprar una casa.

–¿Qué has dicho?

–Con jardín –continuó él–. Con un sitio en el que Nico pueda sentarse al aire libre durante los períodos de visitas.

–¿Períodos de visitas? –susurró ella.

–Así es. ¿Pensabas que ibas a poner tú las condiciones? ¿Eso creías? –Dante sonrió despectivamente mientras se soltaba el cinturón del asiento y estiraba las piernas–. Para ser alguien que siempre me ha acusado de ser un obseso del control, no lo estás haciendo nada mal tú misma, Justina.

Justina se sintió horrorizada. Al hablar en la Toscana de un acceso razonable al niño, lo había hecho desde un punto de vista hipotético. Le había parecido tan inofensivo como se cuando se reserva una cita con el dentista para dentro de un año, pero aquello...

¡Dante se mudaba a Londres e iba a comprar una casa!

La niña que llevaba dentro quería gritar. Decirle que tenía miedo. Miedo de que fuera a crear un hogar adecuado simplemente

porque sabía hacerlo y ella no. Miedo a que Nico creciera prefiriendo ir a casa de su padre.

–¿Señorita Perry?

Había estado tan perdida en sus pensamientos que no se había dado cuenta de que Dante ya no estaba con ella. Una de las preciosas azafatas de D'Arezzo se inclinaba sobre ella haciéndole una pregunta mientras Dante desaparecía en el interior de la cabina del piloto.

–¿Sí?

–El *signor* D'Arezzo ha decidido aterrizar él mismo el avión. ¿Le importaría abrocharse el cinturón?

Justina se sentía cada vez más perpleja mientras la azafata comprobaba si el cinturón de Nico estaba bien ajustado. ¿Qué demonios hacía Dante aterrizando el avión? ¡Ni siquiera sabía que supiera pilotar un avión!

Tras un impecable aterrizaje, Dante salió de la cabina.

–Supongo que habrás aprendido también a caminar sobre las aguas –observó ella irritada.

–Vaya, vaya, Justina –le reprochó él–. ¿No deberías felicitarme y luego contarle a Nico lo listo que es su papá?

Ella prefirió no contestar, y se preparó para abandonar el avión inmersa en un profundo sentimiento de frustración. Las cosas no deberían estar sucediendo así, aunque, si se paraba a reflexionar sobre ello, ¿cómo se había imaginado que sería? ¿Pensaba que Dante se esfumaría sin más, apareciendo únicamente en Navidad y para los cumpleaños con una amplia sonrisa en el rostro y cargado de regalos?

–¿Cuándo tienes pensado mudarte a Londres? –preguntó cuando al fin consiguió armarse de valor para abordar el tema.

–De inmediato –contestó Dante mientras se encogía de hombros con la actitud relajada de quien podía permitirse hacer lo que le diera la gana–. ¿Para qué esperar? Mi gente ha estado sondeando las posibilidades y voy a comprar una casa en Spitalfields, no muy lejos de la tuya. Una bonita casa georgiana en una plaza llena de vegetación, por cierto –tamborileó con el dedo sobre el portátil–. ¿Te gustaría ver algunas fotos?

–Paso, gracias –Justina se sentía mareada.

El apartamento le pareció vacío y soso después del esplendor del

palazzo toscano. Se quedó de pie en medio del salón de color avena mientras Dante le llevaba la maleta, y no pudo evitar pensar en lo guapo que estaba con ese traje oscuro. Inaccesible como el pico de una montaña helada.

–¿Dante? –ella jugueteaba con los botones de su chaqueta.

Dante se inclinó para besar nuevamente la cabecita de su durmiente bebé, nada preparado para la salvaje punzada de dolor que sentía ante la inevitable separación. Se irguió y, al mirar en las profundidades de los ojos de color ámbar, sintió otra cosa. ¿Sabía esa mujer hasta dónde lo había empujado y lo cerca que estaba de saltar?

–¿Justina? –Dante optó por un tono de neutralidad, pero que pendía de un hilo.

–¿Podemos...? –«dilo», se ordenó en silencio–. ¿Al menos podríamos seguir siendo amigos?

En esos momentos, él podría haberla zarandeado. ¿Por qué era tan malditamente cabezota? ¿Cómo no veía lo que tenía delante de ella?

–No estoy seguro de que hayamos sido amigos alguna vez –contestó él haciendo un esfuerzo para no ceder a la ira que sentía–. Al menos ahora no, dadas las circunstancias. Pero tengo esperanzas de que podamos conseguir esa relación amistosa que dijiste que deseabas.

Justina apenas consiguió reprimir un respingo. ¿Realmente había sido tan estúpida como para sugerir algo así?

¿Cómo demonios había podido desear algo que la llenaba de tan oscuros presagios?

Capítulo 11

Las cosas empezaron a torcerse desde el momento en que Justina regresó a Inglaterra. El ascensor del apartamento se estropeó y durante dos días tuvo que subir a pie las siete plantas hasta su casa. Habría sido más sencillo tragarse su orgullo y pedirle ayuda a Dante, pero estaba tan decidida a no depender de él que no le comentó nada, aunque sí tuvo que admitir que ese apartamento no era un buen lugar para criar a un bebé.

La cosa empeoró cuando se le retiró la leche, generándole una sensación de extrema culpabilidad. La matrona le explicó que a veces sucedía como consecuencia del estrés y que no se culpabilizara por ello, pero era más fácil decirlo que hacerlo. Las emociones de Justina cambiaban constantemente. Sentía que había fracasado como mujer y también como madre.

Además, echaba locamente de menos a Dante. El recuerdo de su cercanía la perseguía hasta el punto de provocarle dolor físico durante las noches en que, tumbada en la cama, se sentía inmensamente vacía por dentro. Incluso había empezado a pensar que la decisión que había tomado era equivocada.

Apenas había logrado contener las lágrimas durante la visita de la comadrona y, para no llorar, se había frotado enérgicamente los ojos con los puños cerrados. Únicamente más tarde, ante el gesto de perplejidad de Dante, que se había acercado a ver al niño, se había mirado al espejo y comprobado que el rímel se le había corrido dándole un aspecto de panda.

–¿Qué ha pasado? –preguntó él–. ¿Le sucede algo a Nico?

–No. Sí. Bueno... en cierto modo –Justina tragó con dificultad–. Yo no..., ya no tengo más leche y la matrona dice que tendré que alimentarle con biberón a partir de ahora.

–Qué lástima, Justina –durante un instante, la mirada de Dante se suavizó.

–Sí –asintió ella.

Por un momento pensó que Dante iba a tomarla en sus brazos.

¡Y cómo deseaba que lo hiciera! Quería apoyar la cabeza sobre su hombro y llorar a gritos para ahuyentar una parte de ese enorme vacío. Quería perderse en el fuerte abrazo y oírle decir que todo iba a salir bien. Quizás por fin estuviera preparada para creerle.

Sin embargo, Dante no hizo nada de eso. Se limitó a darle una palmadita en el hombro.

–Los bebés sobreviven perfectamente con leches maternizadas –le aseguró.

–¿En serio? –Justina había olvidado que el padre de su hijo se había leído todos los libros publicados sobre el tema.

–Desde luego. Además, en cierto modo, hará que todo resulte más sencillo.

–¿Más sencillo? –ella pestañeó perpleja–. ¿En qué sentido?

–Bueno, hasta ahora el hecho de que Nico dependiera enteramente de ti ha gobernado nuestra agenda, ¿verdad? Pero ahora podrá quedarse a dormir en mi casa y eso te liberará de parte de tu carga de trabajo, sobre todo ahora que mi casa está completa –él sonrió–. He instalado un cuarto de niños.

En plena situación de adaptación y cambio, y de preocupación por la alimentación del bebé, Justina se sintió vergonzosamente celosa.

–¿Estás seguro de que no me necesitas para nada? –preguntó ella–. Me refiero para el cuarto de niños.

–No gracias –contestó Dante fríamente–. Tengo un montón de ideas propias al respecto.

–Muy bien –Justina se obligó a sonreír.

Y la situación empeoró aún más.

La primera noche que Nico iba a pasar con Dante, preparó todo lo que necesitaría su bebé hasta el día siguiente mientras intentaba disipar la profunda sensación de tristeza que pesaba sobre ella como una losa, y de ahogar el creciente nerviosismo, en parte porque habían dispuesto que ella misma llevaría al bebé a casa de su padre. Había decidido arreglarse a conciencia para su primera visita a casa de Dante. Quizás se pondría el vestido de cachemir que él aún no había visto, se dejaría el cabello suelto y se calzaría un par de zapatos decentes. Debía tener un aspecto increíble. Ni siquiera se había atrevido a plantearse por qué era tan importante, porque temía estar preparándose para algo que podría terminar en un

estrepitoso fracaso.

Y de repente sonó el timbre de la puerta y, en lugar del vestido de cachemir y los espectaculares zapatos, llevaba unos vaqueros y una camiseta manchada de papilla de plátano. Al abrir la puerta se encontró con Dante, con el cabello revuelto por el viento y la corbata aflojada. Tenía un aspecto formal y a la vez descuidado, y el resultado era ridículamente sexy. En cambio, ella misma no se había sentido tan poco atractiva en su vida.

–Se suponía que iba a llevarle yo a tu casa –protestó Justina mientras se secaba el inoportuno sudor que perlaba su frente.

–Ya lo sé, pero tenía una reunión cerca de aquí y he pensado que te evitaría tener que trasladarte.

–Pero... yo quería ver el cuarto de niños.

–Ya lo verás en otra ocasión –contestó él tras una pausa.

Justina reconoció la táctica de bloqueo y la sonrisa murió en sus labios. Dante no la quería en su casa. ¿Era por su negativa a casarse con él? ¿Había forzado tanto la situación que había perdido toda posibilidad de que él regresara?

–¡Pareces tener mucha prisa por marcharte! –exclamó en un tono exageradamente alegre mientras consultaba el reloj–. ¿No hay manera de convencerte para que te quedes a tomar un café?

–No creo que sea una buena idea, ¿y tú? –Dante la miró a los ojos con calma.

–No –admitió ella–. Supongo que no lo es.

–Entonces, ¿por qué no me llevo a Nico y te dejo para que aproveches tu bien merecido descanso? –Dante enarcó las cejas–. ¿Has hecho algún plan para tu primera noche de libertad?

–Aún no lo he decidido –desde algún rincón remoto y oscuro de su interior, ella consiguió producir un simulacro de sonrisa y mintió como si barajara millones de opciones.

–Bueno, pues sea lo que sea, que te lo pases bien. Te veré mañana.

Tras su marcha el apartamento resultó tremendamente tranquilo y vacío. Justina se paseó por todas las habitaciones como si buscara algo, aunque sin saber muy bien qué. El gigantesco espejo del dormitorio le devolvió el reflejo de unos cabellos pegados a la frente. No era de extrañar que Dante no hubiera podido esperar para marcharse, aunque en el fondo sabía que no solo tenía que ver

con su aspecto, aunque parecía que la hubieran arrastrado por un seto, dos veces. Había rechazado su oferta de matrimonio y, al hacerlo, había herido irremediablemente su orgullo, quizás para siempre.

Tras ducharse se puso una bata, pero seguía siendo incapaz de hacer nada. Decidió que debía comer algo, pero en la nevera había poco más que dos yogures desnatados y media tableta de chocolate. Ya era hora de que empezara a alimentarse adecuadamente.

«Las cosas van a ser así a partir de ahora», se recordó con amargura. «Este es tu nuevo futuro y no hará más que empeorar». Había permitido que el miedo le impidiera aceptar lo que deseaba de verdad. Había tenido demasiado miedo para abrazar una nueva vida y no le quedaría más remedio que presenciar cómo Dante se construía un futuro con otra persona. Porque, tarde o temprano, conocería a alguna mujer. Una mujer que lo amaría a él como hombre y que aprendería a amar a Nico también. Una mujer a la que su adorado pequeñín algún día llamaría mamá.

–¡No! –exclamó ferozmente como si hubiera alguien más en la habitación. La sensación resultó de lo más liberadora y decidió repetirlo–. ¡No!

Con manos temblorosas entró en el dormitorio y se vistió. Después corrió a la calle y paró un taxi, anunciándole al taxista con voz temblorosa la dirección de Dante en Spitalfields.

El aire era inusualmente cálido y la hora punta del tráfico había terminado. Justina miró por la ventanilla del coche. La zona había sido recientemente remodelada y parecía estallar de vida. Muchas madres paseaban a sus bebés en los cochecitos y un colorido jardín de infancia destacaba decorado con abejitas y mariposas. A pesar de encontrarse en medio de la ciudad, parecía un barrio periférico, y mucho más adecuado para criar a un bebé que su bonito apartamento situado en un edificio en el que no conocía a un solo vecino.

Con los nervios a flor de piel, bajó del taxi frente a una casa con una impresionante puerta negra. La luz salía de la ventana del primer piso y se oía cantar a los pájaros en una plaza cercana. Con las manos aún temblorosas, pagó al taxista y pulsó el timbre de la puerta.

El sonido de pisadas le advirtió de que Dante estaba a punto de

abrir la puerta y, cuando lo hizo, percibió un fugaz gesto de sorpresa en su mirada. Y también de irritación. Y algo más, una oscura emoción que subrayaba su actitud nada acogedora. De repente se preguntó qué hacía allí, y si no debería intentar recuperar el taxi y marcharse a su casa.

–¿Qué sucede? –preguntó Dante.

–Yo... –Justina pensó en algo que decir–. ¿Te molesto?

Dante quiso contestar que sí, que le había molestado desde el instante en que la había conocido, cuando lo había mirado con esos impresionantes ojos de color ámbar y se había sentido irremediablemente perdido. Sin embargo, ya estaba harto de perseguir a Justina y un arcoíris que no existía.

–¿Qué quieres? –él la miró con expresión inquisitiva.

–¿Puedo pasar? –Justina respiró hondo.

Sin pronunciar una palabra, él sujetó la puerta y ella entró. A pesar de estar tan cerca que casi se rozaban, el lenguaje corporal de Dante era tan prohibitivo que bien podría haberse encontrado en otro planeta.

–Estaba arriba –le informó secamente.

Durante un segundo, ella pensó que quería decir que estaba en la cama, pero entonces comprendió que aquella era una de esas casas en las que el salón se encontraba en la primera planta.

La escena que la recibió fue curiosamente acogedora. Una copa de vino tinto medio vacía descansaba junto a un periódico abierto y la música de Puccini lo inundaba todo. Sobre las paredes colgaban varios enormes óleos y el elegante mobiliario tenía aspecto de ser italiano. Parecía enteramente un hogar. La clase de hogar que solo él sabía crear.

Justina sintió un irrefrenable deseo de hundirse en el mullido sofá, esperar a que Dante se uniera a ella, le sirviera una copa de vino... pero la sombría expresión del rostro masculino le indicó que nada de eso iba a suceder.

–¿Qué haces aquí? –preguntó él.

Podría haberse inventado un montón de excusas convencionales. Podría haberle dicho que solo quería comprobar que Nico estuviera bien, que quería ver su casa y cómo vivía. Todo aquello era cierto, pero ninguna de esas respuestas obedecía al verdadero motivo por el que estaba allí y, en cierto modo, sabía que debía armarse de

valor y contarle la verdad.

–He venido porque te echo de menos.

–Querrás decir que echas de menos el sexo –observó él con crueldad.

–No. Te echo de menos a ti.

–Eso me resulta muy difícil de creer.

–¡Pero es la verdad! Es verdad, Dante –insistió ella con calma.

–Lo siento –Dante sacudió la cabeza–. Por halagador que me resulte, me temo que no puedo ofrecerte la clase de relación que deseas, Justina. Ya te lo dije. No me interesa ser tu amigo con derecho a roce. Te pedí que te casaras conmigo y tú me rechazaste.

–Porque fui una ingenua. ¡Quería las estrellas! –exclamó ella–. Nunca me dijiste que me amabas, y pensé que el matrimonio sin amor no tenía ninguna posibilidad –respiró hondo–. No obstante, estoy dispuesta a reconocer que me equivoqué. Porque ahora comprendo que lo hacemos por Nico. Y si se reduce a casarme contigo o perderte, entonces decido casarme contigo mañana mismo.

Hubo una larga pausa durante la que Dante la miró fijamente a los ojos, como si buscara la verdad en sus profundidades y, de repente, supo que no había vuelta atrás. No había manera de apostar sobre seguro o cubrirse las espaldas. Si la deseaba, si la deseaba de verdad, debía mostrar el coraje suficiente para confesarle lo que no se había atrevido a admitir hasta entonces. Ni siquiera a sí mismo. Que algunas cosas nunca cambiaban y que lo fundamental jamás lo haría.

–No es solo por Nico –comenzó él lentamente–. Pensé que lo era, pero no lo es. Mi abogada me aseguró que el matrimonio era lo único que garantizaría mi presencia en su vida. Pero tras pensarlo largo y tendido, he comprendido que no podría unir mi destino a ninguna mujer si no la amaba. Solo he amado a una mujer, Justina, y esa mujer eres tú. Pensé que ese sentimiento había muerto, pero no lo ha hecho. Volvió a renacer en el momento en que alumbraste a mi bebé.

Justina fue consciente de que la música había dejado de sonar y que lo único que se oía era su propia respiración agitada. Lo miró fijamente, deseando desesperadamente poder creer en sus palabras, pero sin atreverse del todo a hacerlo.

–Entonces, ¿por qué no me lo dijiste cuando me pediste que me casara contigo?

–¿Me habrías creído? –Dante entornó los ojos–. ¿No opinabas que habíamos hablado tanto de amor en el pasado que las palabras habían sido devaluadas por nuestras acciones? Quería demostrarte que te amaba, no decírtelo. Pero ni siquiera eso funcionará si no estás preparada para perdonarme. Y no estoy seguro de que puedas hacerlo.

–Por favor, no digas nada más –Justina sintió el corazón constreñido por un gélido terror al reconocer el tono de fatalidad de la voz de Dante.

–Voy a seguir porque necesitas oírlo.

–Dante…

–Sé que tu madre tomó decisiones equivocadas. Sé que creciste convencida de que los hombres no eran de fiar. Y sé que cometí un error, un tremendo error –Dante se encogió de hombros–. Pero si no puedes aprender a perdonar, no solo a mí, también a tu madre, entonces el resto de tu vida estará ensombrecido por el pasado. ¿No lo comprendes? ¿No puedes olvidar, Jus, y liberarte?

Las últimas palabras desencadenaron un torrente de lágrimas que Justina parecía haber estado reprimiendo durante casi toda su vida. Lágrimas que nunca se había permitido derramar de niña por si el novio de turno de su madre pensaba que era una cría problemática. Desde muy pequeña había aprendido la necesidad de ser fuerte, de presentar una cara impertérrita al exterior y fingir que no le importaba. Recordó aquella interminable noche en una habitación de hotel cuando contaba ocho años. Fue la primera vez que su madre no había regresado a dormir. Había permanecido toda la noche temblando de miedo. Pero a la mañana siguiente, algo había cambiado. Había sobrevivido. Podía sobrevivir, y podía hacerlo sola. Y no vio otra opción salvo seguir así aun siendo adulta. ¿Qué otra elección tenía salvo forjar la independencia que había supuesto su única agarradera?

–Lo siento –sollozó–. Tenía miedo, Dante. Mucho miedo. Y hacía muchos años que no me sentía así. Mi carrera era lo único sólido que tenía y temía que si me dejaba ir, si me apoyaba en ti, confiaba en ti, me volvería vulnerable y todo se derrumbaría a mi alrededor –respiró hondo y se estremeció mientras se enjugaba las lágrimas de

las mejillas con el dorso de la mano–. Lo realmente estúpido fue que todo se derrumbó de todos modos.

–Jamás debería haber intentado retenerte –comenzó él lentamente–. Ahora lo comprendo. Debería haberme dado cuenta de que tu talento y tu carrera forman parte de la mujer a la que amaba, y que al intentar impedirte explorar tus posibilidades fue como si encerrara a un pájaro en una jaula. Debería haber comprendido que necesitabas expandir las alas.

–Y bien que lo hice –contestó ella con voz ronca–. Disfruté del vuelo de mi vida. Pero ya me he cansado de volar y he descubierto que necesito un hogar al que regresar. Un nido.

Dante la miró durante un minuto que pareció una hora antes de emitir un suspiro que surgió de lo más profundo de su ser. A continuación extendió los brazos.

–Pues ya lo has encontrado –le informó–. Estoy aquí.

A Justina se le paró el corazón mientras miraba a Dante, consciente de que había llegado el momento decisivo. Si daba esos pocos pasos que la separaban de él, iba a tener que dejar atrás su pasado definitivamente.

–Dante... –susurró.

–Solo una cosa más. Seguramente es lo más importante –Dante sonrió mientras todo su ser se moría por tocarla. Sin embargo, sabía que era ella la que tenía que dar el paso, él no podía tomar lo que Justina debía entregarle libremente–. Te amo. ¿Eres consciente de ello?

–¡Oh, Dante! –exclamó Justina mientras le daba un vuelco el corazón–. Mi querido, querido Dante. Te amo. He intentado no hacerlo, pero no he podido evitarlo.

–Entonces, ¿qué demonios haces ahí tan lejos? –él soltó una carcajada.

Justina avanzó casi sin darse cuenta hasta que se encontró en sus brazos y Dante le besaba el rostro y las lágrimas bañaban sus mejillas.

–Ahora me siento segura –susurró ella.

Dante apoyó el rostro contra el sedoso cabello y cerró los ojos. La dejó llorar, pues sabía que lo necesitaba. La dejó llorar hasta que no le quedaron más lágrimas, y entonces la guió suavemente hacia el cuarto de baño y le indicó dónde podía lavarse la cara. Cuando

regresó al salón, Justina encontró a Dante sentado en el sofá y ante él, sobre la mesita de café, había dos copas de vino tinto. Era exactamente la misma escena que se había imaginado al entrar en la casa.

Se acercó hasta él y se sentó en su regazo, frente a él, y luego inclinó la cabeza para besarlo. Lenta y profundamente. Lo besó con todo el amor que había estado conteniendo hasta que sintió su sonrisa contra los labios. Entonces se incorporó.

–Una cosa más.

–Pero date prisa –protestó él–. Te quiero en mi cama en menos de diez minutos.

–Es sobre todos esos hombres con los que te dije que me había acostado.

–Me esfuerzo por ser un hombre tolerante y moderno –le advirtió Dante, cuyo rostro se había ensombrecido–. Pero todo tiene un límite, *tesoro*.

Ignorando sus quejas, Justina se encogió de hombros.

–No existen. Me los inventé.

–¿Qué quieres decir con que te los inventaste?

–Exactamente eso –ella lo miró a los ojos y percibió la comprensión que empezaba a aflorar en su mirada–. Fingí que había tenido otros amantes para que creyeras que te había olvidado. Pero jamás lo superé. Me sentía incapaz de dejar de amarte o desearte. Me inventé un montón de amantes inexistentes para que pensaras que había pasado página. Pero no lo hice. Eres la única persona que ha existido para mí, Dante. Solo tú.

Lentamente, una expresión de macho satisfecho se instaló en el rostro de Dante.

–Entiendo.

–Y ahora puedes besarme –le indicó ella.

–Te he echado de menos, Justina –susurró Dante mientras le acariciaba el cabello.

–Pues has disimulado muy bien. Cuando regresamos de la Toscana parecía que yo ya no te importaba lo más mínimo.

–Porque sabía que tenía que forzarte a reaccionar. Tenía que mostrarte lo que sería la vida para ti si nos separábamos. Tenía que apartarte de mí para poder recuperarte. Fue una apuesta necesaria. Tenías que venir a mí porque me desearas, consciente de que tu

vida estaría vacía sin mí. Igual que lo estaría la mía sin ti.

Justina le tomó el rostro entre las manos y lo miró fijamente a los ojos.

–Te amo, Dante D'Arezzo –declaró–. Y voy a pasar el resto de mi vida demostrándote hasta qué punto. Pero ahora mismo, si no te importa, ¿podrías simplemente besarme?

Epílogo

Justina estaba en el jardín cuando sonó el timbre de la puerta. Había estado escribiendo una canción bajo el sol otoñal y miró a Nico, que dormía plácidamente en su cuco, antes de levantarse para comprobar quién había llegado. Quizás Dante había olvidado las llaves. Esperaba que fuera así. Aún faltaba un par de horas para la hora prevista de su regreso, pero quizás había logrado terminar antes la reunión. Cada vez lo hacía con más frecuencia. Podrían dar un paseo con el bebé por el parque, o quizás sentarse en la terraza de esa nueva cafetería.

Pero la figura que aguardaba a la entrada de la casa de Spitalfields era totalmente inesperada y Justina se quedó paralizada mientras la invadía toda clase de emociones encontradas. Sintió resignación, una ligera irritación, pero, curiosamente, lo que más sintió al contemplar el rostro de su madre fue amor.

Como de costumbre, Elaine Perry vestía un conjunto demasiado juvenil para su edad. Su estupenda figura estaba embutida en unos vaqueros que complementaba con una cazadora de cuero a juego con las botas. De sus finas muñecas colgaba una sinfonía de aros de plata y el enorme bolso era el último grito entre las modelos y famosas en general.

–Hola, Jus –saludó a su hija.

–Menuda sorpresa –Justina arrugó la nariz y preguntó secamente–: ¿Dónde está Jacques?

–Se llama Jean y él… –la mujer mayor se encogió de hombros–. Él ya es historia.

–Entiendo –su hija asimiló la información–. ¿Vas a entrar o solo pasabas por aquí?

Tras un momento de duda durante el que rebuscó en su bolso, Elaine Perry sostuvo en alto un paquete envuelto en papel brillante y estampado con ositos azules.

–Me gustaría entrar, si puedo. He comprado un regalo para el bebé –con gesto casi humilde, miró a Justina a los ojos–. Para…

Nico.

Justina tragó con dificultad. Había muchas cosas que podría haber contestado. La vieja Justina habría mencionado que creía que era demasiado joven para ser abuela, pero había aprendido a reflexionar antes de hablar. Había aprendido muchas cosas. La gente cambiaba, había dicho Dante, y tenía razón. También recordó lo que había dicho sobre perdonar. Había dicho que las personas no eran libres para seguir adelante si acumulaban los resentimientos del pasado. Admitió que lo que su madre sujetaba frente a ella, más que un juguete, era una ofrenda de paz.

–Será mejor que entres –la invitó al fin–. Sé que le va a encantar conocerte.

–¿De verdad?

Por primera vez en su vida, Justina contempló a su madre con los ojos de una adulta. Vio vulnerabilidad en su rostro y una gruesa capa de maquillaje que no conseguía ocultar las profundas arrugas. Y le dio un vuelco el corazón.

–Pues claro que sí, mamá –asintió–. Apenas tiene nueve meses, pero, en cierto modo, está programado para reconocerte porque eres de la familia.

Su madre seguía allí cuando Dante regresó un par de horas más tarde y se encontró con la sorprendente escena de las dos mujeres sentadas en el jardín mientras la más mayor sujetaba a su hijo en brazos.

–¡Has vuelto! –exclamó Justina con naturalidad.

Dante sonrió y, al mirarla a los ojos, todas sus preguntas quedaron olvidadas. ¿Cómo iba a pensar con coherencia cuando ella lo miraba así?

–Sí, *tesoro*. He vuelto a casa.

Elaine Perry se quedó a cenar. Les confesó sentirse harta. Harta de ser la amante de un hombre rico que no la valoraba. Les explicó lo duro que era luchar contra el inevitable paso de los años e intentar parecer siempre más joven. Pero fue cuando sacó el tema de la depilación a la cera de las piernas cuando Justina la cortó con un abrazo. Le preocupaba el futuro que aguardaría a alguien que solo sabía vivir de los favores de los hombres.

Unas semanas después, Justina se volvió hacia Dante en la cama y hundió los dedos en el denso cabello negro, como tanto le gustaba

hacer.

–¿Dante? –murmuró.

–¿Sí?

–He estado pensando en mi piso de Clerkenwell.

–Entiendo –Dante deslizó un dedo por el estómago de Justina y la sintió estremecerse–. ¿Vas a decirme que has pensado ponerlo a nombre de tu madre?

–¿Ahora resulta que sabes leer el pensamiento?

–Era lo más lógico –él sonrió–. Ella necesita un lugar en el que vivir y que no lleve aparejada la compañía impuesta de un hombre. Además, no es un lugar al que vayamos a mudarnos como familia, ¿verdad?

Ella sacudió la cabeza, encantada con las palabras que acababa de oír: «como familia».

–No –contestó antes de reflexionar–. Y hablando del tema de la propiedad...

–¿No te gusta esta casa?

–Sí, pero...

–¿Pero qué?

–No es precisamente el lugar que habría elegido para vivir. Además, no lo elegimos juntos. En realidad, fue un lugar elegido durante esa horrible etapa que preferiría olvidar. Quiero decir que si tú...

–La venderemos –la interrumpió él–. O la alquilaremos. Elegí esta casa porque quería vivir cerca de ti, pero ahora que estamos juntos ya no importa dónde vivamos. Si tú eres feliz, yo soy feliz.

–¡Oh, Dante! –susurró ella–. Te amo tanto...

–Lo sé. Y lo mejor de todo es que yo siento exactamente lo mismo por ti –Dante sonrió con ternura y la abrazó–. Dime, ¿te ilusiona nuestra boda?

¿Ilusionarle? ¡Se moría de ganas! Iba a celebrarse en el *palazzo* de la Toscana y Dante había reservado un mes entero para la luna de miel.

Justina sospechaba que su futuro esposo tenía la intención de terminar viviendo en Italia de manera permanente, y estaba dispuesta a confesarle que la idea no le disgustaba del todo. Incluso había retomado las clases de italiano en previsión de que llegara ese momento. Y lo bueno de su trabajo era que podía realizarlo

prácticamente en cualquier lugar.

En realidad, en esos momentos, estaba terminando de escribir una canción que aún no le había mostrado, a pesar de que estaba casi segura de que era lo mejor que había compuesto jamás. Se titulaba *Eternamente*, y era un tributo al hombre al que siempre amaría.

Eternamente.